LA HISTORIA ESCONDIDA DEL URUGUAY

MITOS, VERDADES Y DUDAS DE NUESTRA HISTORIA

LEONARDO BORGES

B

Leonardo Borges

La historia escondida del Uruguay

Mitos, verdades y dudas de nuestra historia

Ediciones B

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleeruy

@megustaleeruy

Penguin Random House Grupo Editorial

Decía Bernardo de Chartres que somos como enanos a los hombros de gigantes. Podemos ver más, y más lejos que ellos, no por alguna distinción física nuestra, sino porque somos levantados por su gran altura.

Juan de Salisbury, Metalogicon, 1159 (III, 4)

LAS ENTRAÑAS DEL MONSTRUO

> No hay sobre la Tierra quien se le parezca, animal hecho exento de temor. Menosprecia toda cosa alta; es rey sobre todos los soberbios.
>
> ***JOB 41***

¿Quién escoge qué hechos son los que delimitan la historia de un país y cuáles no? ¿Qué mano invisible dibuja la línea de tiempo de una nación? ¿Por qué caprichosamente de una nación? ¿Qué contubernio de intelectuales sugiere los personajes que deben formar parte del relato oficial y los que deben conformarse con el anonimato? ¿Qué patota de hagiógrafos construye con sus palabras el panteón oficial del Uruguay? En definitiva, ¿cómo se construye una historia nacional?

«… la memoria no registra, sino que construye»[1] define con certeza Pierre Vilar, y nos abre un abanico de posibilidades sobre esa misma creación de nuestra historia nacional y sobre sus postulados. Más o menos este libro, a los tumbos, tomará ese derrotero. Cómo se construye la memoria colectiva en una nación, quién la construye y, sobre todo, para qué la construye (o qué intereses median en esa construcción).

Vilar intenta definir el trabajo del historiador: «El historiador es un físico, no un experto. Busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, no en la cerilla del fumador»[2]. En este libro en

particular, el nudo gordiano no será ni la fuerza expansiva de los gases ni la cerilla del fumador, sino por el contrario, la razón por la cual la historia vernácula oficial y oficiosa no busca ni los gases ni el cigarrillo, sino justificar la explosión que ha creado artificialmente. Paul Ricoeur sostiene a este respecto que:

> El recurso al relato se convierte así en trampa, cuando poderes superiores toman la dirección de la configuración de esta trama e imponen un relato canónico mediante la intimidación o la seducción, el miedo o el halago. Se utiliza aquí una forma ladina de olvido, que proviene de desposeer a los actores sociales de su poder originario de narrarse a sí mismos.[3]

En la historia nacional ese discurso canónico fue confeccionado ex profeso y con una intención. He ahí una de las razones de este libro.

Esa misma historia nacional (o, más proféticamente, historia patria) no es únicamente una historia política (eminentemente providencial) de gesta —más o menos gloriosa o endiosada— o profética creación de una nación; no es únicamente una sucesión de personajes y su importancia manifiesta en la construcción de un estado y más tarde (mucho más tarde) de una nación. No es tampoco un cúmulo de mitos colocados uno sobre otro en una pila interminable, la gesta artiguista, los treinta y tres orientales, los partidos políticos, la política de fusión, la modernización, el batllismo, el neobatllismo, los años sesenta. La historia de un pueblo se basa en la memoria colectiva, pero sobre todo en los olvidos colectivos, y esos quizás sean un poco más explicativos, pues llenan los huecos dejados por esas ominosas desmemorias. Memoria y olvido son dos caras de una misma moneda, pues cuando una se logra vislumbrar en toda su intensidad, la otra se esconde detrás, oscura y olvidada.

En el Territorio Oriental del Uruguay son los Artigas y los partidos políticos, justamente, los que han delimitado las fronteras de lo nacional, lo heroico y la construcción de la nación uruguaya. De esta forma, los hechos y los personajes han estado en el siglo XIX y en el XX —por lo menos hasta los años sesenta— construidos a imagen y

semejanza de una concepción bipartidista santificada por los eruditos que, con el correr de los años, fue volviéndose cada vez más vacía. La irrupción de la izquierda en el relato relativizó algunas cuestiones más cercanas a los años álgidos de las crisis económicas, sociales y finalmente políticas de la crisis del modelo neobatllista. Pero la izquierda intelectual —también constructora de legitimidad histórica — utilizó ese pasado partidario y se mimetizó en él hasta volverlo prácticamente suyo. De forma más coloquial, en el relato de la izquierda del siglo XIX esta toma partido por lo que históricamente fueron las posturas y los héroes blancos, mientras que al iniciarse el siglo XX vira hacia el batllismo y sus reivindicaciones históricas —y, por qué no, hacia el neobatllismo también. Existe también una mitificación de lo que coloquialmente conocemos como historia reciente, repleta de mitos y héroes, en definitiva, atiborrada de épica.

José Artigas entra en otra categoría de análisis. En pocas palabras, los historiadores de izquierda hicieron de Artigas una figura providencialmente de *izquierda*, pero de la misma forma que todos los actores políticos y sus secuaces históricos e intelectuales lo hacen. Artigas se ha convertido en un «as en la manga» de todos los grupos políticos y sociales, de las instituciones (incluso de los militares en plena dictadura) y hasta de los grupos guerrilleros en su momento.

Por tanto, la historia de este territorio ha sido escrita en una especie de dualidad mal comprendida, en muchos casos entre blancos y colorados, como si no existiesen otros factores, económicos, sociales y culturales, que marquen los cambios y las continuidades. Y, al mismo tiempo, y por condición anacrónica, las concepciones históricas generan concepciones morales que se enquistan en el relato. La elección de los hechos y hasta de los personajes ha sido preestablecida en un relato, en una línea de tiempo caprichosa por parte de los padres fundadores de la Historia uruguaya, aquellos blancos y colorados. La izquierda, por su parte, cuando se zambulle en el siglo XIX y principios del XX, toma esos mismos conceptos y en un juego político-histórico se sublima en ellos. La izquierda misma también genera sus propios mitos y lectura del pasado a partir de una necesaria épica entre los años sesenta, setenta y ochenta. O sea que debemos deconstruir la historia

no solo del siglo XIX y principios del XX, sino también el relato edulcorado de algunos aspectos mucho más cercanos que, también por condición natural, generan un deber ser, una serie de condiciones morales que nublan ese análisis. Ni que hablar de las influencias políticas en estas concepciones.

¿Qué pasaría si intentáramos cambiar esa concepción y miráramos hacia personajes olvidados o hacia hechos ignorados en la historia vernácula? ¿Qué sucedería si deconstruyéramos la línea de tiempo tradicional y dinamitáramos la misma esencia de la historia vernácula? ¿Qué sucedería si buceáramos, casi de forma lúdica, por momentos de nuestra historia que hemos olvidado por improcedentes o porque el relato oficial los ha pretendido sepultar? Con seguridad, otra historia sería posible.

La historia no es en ningún caso objetiva, aunque intenta ser imparcial —como lo proclamaba Marc Bloch—, aunque los historiadores al trazar la línea de tiempo que forma su relato escogen algunos hechos y algunos personajes para su desarrollo, otros no. Hasta quien confecciona una fría y explicativa línea de tiempo, despegada de opiniones o análisis, comete ese error esencial, pues escoge algunas fechas y no otras. Todo lo dicho hasta el momento no es en ningún caso una originalidad, cualquier lector atento debe haber llegado a esa conclusión alguna vez, pero igualmente la historia sigue transitando esos derroteros en mayor o menor medida. A pesar de los avances, las nuevas miradas, las escuelas y hasta nuevos documentos, nuestra historia sigue madurando un tumor centenario.

1 Pierre Vilar: *Iniciación al vocabulario histórico*, Barcelona: Crítica, 1999, p. 29.

2 Ibídem, p. 23. Vilar entra en debate con Raymond Aron cambiando uno de sus postulados,«El historiador es un experto, no un físico. No busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, sino en la cerilla del fumador».

3 Paul Ricoeur: *La memoria, la historia, el olvido*, Ciudad de México: Fondo de

Cultura Económica, 2000, p. 572.

NUESTRA HISTORIA ESTÁ ENFERMA

> Es más fácil, es más cómodo, es a veces también más provechoso seguir la corriente y el impulso de las pasiones dominantes, que contrariarlas y ponérseles de frente para combatirlas con energía. Se repite lo que otros ya dijeron; y con material ajeno, en el estilo altisonante que suele ser patrimonio de algunas cabezas huecas, se fabrica un libro declamatorio cuyo editor es fácil encontrar, y la bullanga sigue y el papel impreso aumenta, sin que dé un paso la verdad histórica.[4]
>
> **Luis Melián Lafinur**

Nuestra historia está enferma y su enfermedad es grave. Más allá de que la mayoría de los eruditos tiene un diagnóstico y hasta quizás una cura, sigue enferma. Reproduciendo y reproduciendo eternamente los mismos síntomas. Enferma y estancada, estaqueada como un cuero secándose al sol que nunca termina de secar. La Historia (con *h* mayúscula) y su contracara, el relato (donde se vuelca la historia al pueblo), han sido infectados y parece no existir un remedio. Nuestra historia está enferma y el diagnóstico es «Historia oficial».

Más allá de concepciones nuevas o novedosas, temas removedores o el planteamiento de preguntas o temas problema, la historia nacional está constantemente permeada por un discurso, por una concepción, por una persistente historia oficial que va minando las corrientes y las lleva hacia su territorio, les dobla la mano, genera los cuestionamientos desde su estrado. Si la historiografía (coloquialmente la historia de la historia) trae implícitas dos dimensiones, la historia (como devenir de hechos) y la Historia (como los relatos sobre ese devenir), la segunda y la elección de la primera están contaminadas por una historia oficial que nos marca la agenda de los hechos. Y las alternativas a la historia oficial, las luchas con ese monstruo colosal, ese Leviatán por parte de pensadores e historiadores a lo largo de toda la Historia, no son más que respuestas a esa historia oficial, por tanto y por contraposición justa, también están marcadas por esta.

El libro de Carlos Real de Azúa *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*[5] debe ser quizás el empuje más grande para abrir los ojos, una obra maravillosa, aclamada casi unánimemente por la crítica historiográfica, pero sepultada por la historia oficial. Luchó oportunamente con el Leviatán, pero este lo fagocitó y lo trasmutó en una excepcional pieza historiográfica casi de museo. Real de Azúa sostenía de manera frontal:

> ¿Qué curso de pensamiento historiográfico y político hubo de recorrerse para arribar a este estado, abrumadoramente mayoritario, de dictámenes? Retrazar el trayecto cumplido no es tarea sencilla aunque pueda reconocerse que la tesis independentista clásica —si así cabe llamarla abreviadamente— constituye desde Ramírez, Zorrilla de San Martín y Bauzá hasta Blanco Acevedo y Pivel Devoto la línea dominante de nuestra historiografía tradicional.[6]

He aquí el quid de la cuestión, el nudo gordiano de la historia vernácula, los dictámenes. Esos dictámenes configuran y prefiguran la historia oficial, la enfermedad que se expande en ese cuerpo y, a la postre, el parto del monstruo. Una metamorfosis completa.

Guillermo Vázquez Franco, por su parte, en *La historia y sus mitos*

(libro fundamental trenzado en buena ley al anterior de Real de Azúa) declara:

> Esta historia tiene, también, su Historia. Grosso modo podríamos ubicar el principio de esta promoción nacionalista (chauvinista) a escala uruguaya, más o menos en la época del Militarismo (Zorrilla de San Martín pronuncia su engolada Leyenda Patria en mayo de 1879 inaugurando el monumento y por ahí andan Ramírez, Maeso, Magariños Cervantes, de Pena, Ordoñana, Carlos Honoré, Pablo de María, Roxlo, Herrera y Espinosa, Remigio Castellanos, Muñoz y Anaya, Chucarro, Joaquín de Salterain, Mendilharsu, Ángel Floro Costa, Velazco, Fregeiro, etc., etc., elaborando, algunos, una historia de medida y diciéndonos todos, cómo tenemos que pensar, coincidiendo —años más, años menos— con la iniciación comercial del puerto de Buenos Aires.[7]

Vázquez Franco se autodefine como un oriental, negador confeso de las tesis separatistas y, por tanto, cree que esa historia de medida (oficial o ese Leviatán, decimos nosotros) es hija de una orfandad, de una fractura que dejó —palabras más, palabras menos— huérfanos a los habitantes de este lado del río.

La enfermedad, empero, quizás se haya iniciado y hasta incubado en el duelo de la independencia, pero es claro que mutó, se camufló y fue tomando todo el cuerpo (el resto de la historia) hasta hacer metástasis en el presente. Son mitos el artiguismo, la independencia, los partidos políticos, pero también lo es el batllismo o el saravismo. La enfermedad no es privativa del siglo XIX o los inicios del XX, sino que también llega a nuestros días y no es solo monopolio de los partidos fundacionales, la izquierda también ha generado sus mitos, ha tomados algunos y ha creado los suyos propios. Mucho tiene que ver en estos síntomas claramente el paciente cero, los inicios.

Elizabeth Jelin define con firmeza el proceso análogo a todas las historias nacionales latinoamericanas:

> En los procesos de formación del Estado —en América Latina a lo largo del siglo XDC, por ejemplo— una de las operaciones simbólicas centrales fue la elaboración del «gran relato» de la nación. Una versión de la historia que, junto con los símbolos patrios, monumentos y panteones de héroes nacionales, pudiera servir como nodo central de identificación y de anclaje de la identidad nacional.[8]

Ana Ribeiro define que la Nación (así, con mayúscula) se convirtió en el centro temático de los historiadores entre 1880 y 1940. «Nación y Estado inseparables, a su vez, en compleja madeja, de los partidos políticos»[9]. Allí descansan los sostenes, los pies del monstruo que va construyendo una historia oficial inquebrantable. Estado, nación y partidos políticos. Esa triada, con la nación en primer lugar, es la que ha minado y contaminado la historiografía en todas sus épocas. Es nuestra santa trinidad que define al monstruo que habita en nuestra academia y se desparrama hacia el relato. Un Estado que nace muchísimo antes que la nación, un Estado solidificado en las turbulentas aguas de las guerras de las élites, en las balcanizaciones agitadas desde la metrópoli, sostenido en una negociación justamente entre las élites, de un lado y del otro de este territorio de marca y la metrópoli. Un Estado que nace a la vida con más preguntas que respuestas. Una independencia que va a contrapelo de lo que las revoluciones buscaban. Como bien definió Tulio Halperin Donghi: «La victoria criolla tiene aquí un resultado paradójico, la revolución destruyó lo que debía ser el premio de los vencedores»[10]. Este Estado nace en medio de las negociaciones, desembarazado de gloria o épica. Justamente nuestros historiadores lo llenarán de simbolismo, de épica, de gesta homérica. Nace así el Leviatán.

Bernardo Prudencio Berro, tal vez el hombre más brillante del siglo XIX, agudo observador de la realidad, lo denunció ya en 1859.

> Toda independencia se apoya en una nacionalidad. ¿Cuál es pues nuestra nacionalidad? Nuestra nacionalidad fue una dádiva; no nació por sí misma, por obra nuestra. Fue una declaración, no un hecho, ¿y se puede dar una

> nacionalidad? […] Nuestro modo de ser político es una nacionalidad declarada y reconocida, pero que aún se está formando. Por el valor de esa declaración tenemos el derecho antes del hecho, el efecto antes de la causa […] Somos independientes y soberanos ante la ley de las naciones. ¿Teníamos o tenemos las condiciones que constituyen el ser independientes? No. ¿Teníamos o tenemos un gobierno con los atributos necesarios a un gobierno de comunidad política? Tampoco. Este es, aun, nuestro estado fundamental: una independencia declarada, no consolidada…

Un Estado que se sostenía sobre la base de una constitución extremadamente liberal, hija de su tiempo, pero sostenida en una élite inquebrantable. Una nación necesariamente prefigurada por la historiografía desde los tiempos de los charrúas, en una línea histórica extremadamente romántica que sería jactanciosa, si no fuera una afrenta a esas culturas. El concepto tan popular de «garra charrúa», que se utiliza hasta nuestros días en relación con una supuesta condición del uruguayo por sobre el resto, nació en 1935 relacionado con el fútbol. En la Copa América que se llevaba a cabo en Lima, Perú, los uruguayos y los argentinos se enfrentaron en la final. Los orientales se encontraban cansados, según todas las fuentes, y eran inferiores futbolísticamente, pero sacaron adelante un partido muy complejo.

Del 6 al 27 de enero de 1935 se llevó a cabo la Copa América de Perú, en medio de un ambiente bastante enrarecido por la enemistad manifiesta entre Uruguay y Argentina. Los albicelestes habían denunciado presiones, amenazas y hasta agresiones en la final de la primera Copa Mundial de 1930, justamente ganada por los celestes por 4 a 2 en el estadio Centenario. Argentina y Uruguay habían roto relaciones y desde 1929 no se había disputado ninguna Copa América. Aquel día se jugaba mucho más que un simple partido. La Federación Peruana de Fútbol logró convencer a las selecciones rioplatenses, con el pretexto de que aquel año se

conmemoraban cuatrocientos años de la fundación de la ciudad de Lima.

Los uruguayos debieron vestir la casaca alternativa, roja y blanca, mientras que los argentinos la blanca. Simbólicamente no se volvían a enfrentar las dos camisetas nuevamente.

Uruguay poseía todavía la base que saliera campeona en 1930, con José Nazassi en la línea final.

Argentina y Uruguay llegaban invictos a la final, pero los albicelestes —ahora de blanco— tenían mejor estado físico y, según las fuentes, jugaban mejor que los uruguayos.

La final se llevó a cabo el 27 de enero. Aquel campeonato guarda muchas curiosidades y recuerdos. Por primera vez los uruguayos cobraron por jugar, 150 pesos, 2 pesos de viáticos por día y otros 5 pesos para gastos generales. El premio si salían campeones era de 90 pesos. Se permitieron los cambios de jugadores. Pero lo más trascendente es el nacimiento del concepto, caprichoso y formado en la visión halagüeña del pasado, de garra charrúa, que según los especialistas se produce en este partido, en el que Uruguay tenía todas las de perder y salió victorioso.

Era claro que en aquellos años Uruguay ganaba prácticamente todo. Pero es un concepto que nace de una concepción historiográfica, una búsqueda del ídolo de los orígenes en una historia nacional eminentemente providencial con visos evidentemente románticos. La corriente que sostiene la continuidad, en una especie de historia providencial, entre los primeros charrúas (sindicados de forma caprichosa como los habitantes de esta banda, mientras que se movían en un cuadrante muchísimo más grande que este territorio y no eran los más numerosos de este lado del río) y el Uruguay satisfecho de su condición europea y su sitial de «Suiza de América». En 1925, a cien años de los episodios de la Cruzada libertadora y menos de diez años antes de la supuesta entronización del pueblo charrúa, se editó el *Libro*

del Centenario, impulsado por el Ministerio de Instrucción Pública y editado por Capurro y Cía. En su interior, la muestra más acabada de la visión europeizante de nuestro pueblo:

> Puebla el Uruguay la raza blanca, en su totalidad de origen europeo. La raza indígena que habitaba esa región de América cuando el descubrimiento y la conquista ya no existe, siendo el único país del continente que no cuenta en toda la extensión de su territorio con tribus de indios, ni en estado salvaje, ni en estado de domesticidad.[11]

El mismo pueblo que, tras la Copa Mundial de 1930, comenzó a acuñar el término *garra charrúa* como una síntesis de nuestra idiosincrasia. Pero, como escribió con maestría Daniel Vidart:

> La garra futbolera, entre nosotros, es fuerza sacada de la flaqueza, poder masculino que brota de la «pierna fuerte», ansia de triunfar desencadenada por el «vamo' arriba» del contragolpe, vergüenza deportiva hecha coraje, ánimo que no se entrega y pelea sin cesar en las circunstancias más adversas. Pero esta garra, amanecida en los campitos de los barrios montevideanos, solo era charrúa en cuanto que mito activo, que nostalgiosa metáfora.[12]

Por otra parte, menciona acertadamente Gustavo San Román esa dualidad, marcándola a través de un libro de texto de secundaria que data de 1958, pero que se utilizó por muchísimos años.

> Las sublevaciones y malones de las últimas guerras charrúas obligaron al presidente a salir a campaña por varios meses y a dejar el gobierno en manos de sus ministros. […] En esas luchas contra los indios —que fueron vencidos y abandonaron para siempre el territorio nacional—, perdió la vida Bernabé Rivera, hermano del presidente, quien se había destacado por su valor en las luchas de la independencia.

Esta sentencia aparece en el libro de uso escolar de M. Schurmann

Pacheco y María Luisa Coolighan Sanguinetti[13].

Podemos ir tomando como referencia las últimas investigaciones al respecto, con herramientas de la antropología y de la etnohistoria, para llegar a la conclusión de que los charrúas no eran ni por asomo las tribus indígenas más numerosas o «representativas» (concepto vidrioso y relacionado con intentos de justificaciones) del territorio oriental. Desde los trabajos de Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte, hasta los actuales trabajos de Diego Bracco y José López Mazz, se demostró que los charrúas estaban asentados en la zona de Santa Fe, la Mesopotamia argentina, la provincia de Buenos Aires y, en mucha menor medida, en el actual departamento de Colonia. En 1536 lucharon contra Pedro de Mendoza en la fallida primera fundación de Buenos Aires, según las crónicas de Ulrico Schmidel. Ulrico partió hacia el Río de la Plata junto con el primer adelantado, Don Pedro de Mendoza, en 1535 y en estas tierras describió —no exento de enormes errores— a los habitantes, entre ellos los charrúas. En el capítulo VI los observa en San Gabriel y los describe:

> Allí nos encontramos con un pueblo de indios llamados charrúas que constaba como de unos 2.000 hombres y no comía más que pescado y carne. Estos, al llegar nosotros, habían abandonado el pueblo huyendo con mujeres e hijos, de suerte que no pudimos dar con ellos. Los indios de esta nación andan desnudos, mientras que sus mujeres se tapan los genitales con un paño de algodón que les cubre desde el ombligo hasta la rodilla.

En el capítulo XI los coloca sitiando Buenos Aires, del otro lado del río:

> Por este tiempo los indios con fuerza y gran poder nos atacaron a nosotros y a nuestro asentamiento de Buen Ayre en número de hasta 23.000 hombres. Constaban de cuatro naciones llamadas queradíes, guaraníes, charrúas y chanás-timbús.[14]

Los investigadores Diego Bracco[15] y José López Mazz[16] han demostrado en su libro *Los minuanos* del año 2010 que fueron los

minuanos justamente (o *minuanes*), que los jesuitas llamaban *guenoas* («… los minuanes eran identificados en la zona misionera como guenoas…»[17]), los que habitaban esta zona en mayor número. Es cierto que un gran número de charrúas se instala en estas tierras durante el siglo XVIII, perseguidos sistemáticamente en Argentina, pero también es cierto que tras la expulsión de los jesuitas en 1767 una cantidad considerable de guaraníes pasó de las extintas misiones a la Banda Oriental. La influencia de los guaraníes en nuestra cultura se puede ver a simple vista en los nombres de muchísimos accidentes geográficos y hasta en alguna de nuestras divisiones administrativas[18].

Por lo tanto —y no es un dato menor— toda la oda romántica hacia los charrúas, y sobre todo a la garra, queda solo en una triste fanfarria mentirosa y desalineada. Los charrúas no fueron los amos de estas tierras (claramente nadie lo fue, más allá de delirios chauvinistas), ni tampoco los corajudos guerreros héroes que la frenética y esquizofrénica historia oficial ha querido mostrar. Esquizofrénica en el sentido amplio, por el cual toma lo que necesita mitificar y desprecia el resto. Toma lo que necesita, lo fagocita y devuelve un cascarón vacío.

Por otra parte, Nación y Estado fueron santificados por los partidos políticos; de alguna forma y tras una accidentada trama, en la que desde el punto de vista histórico los partidos políticos se llevaron por delante al Estado y desconocieron la nación, se configuró en el discurso un empate técnico. Los tres lograron confluir en un discurso oficial amable con tirios y troyanos. O sea, a la interna de los partidos encontramos enconos y diferencias, pero en la larga duración sostienen un mismo discurso.

De esta forma, y como marca Ana Ribeiro acertadamente:

> Contar la historia de los partidos se convirtió en sinónimo de contar la Historia del país, ya en 1920 con el *Proceso histórico del Uruguay*, de Alberto Zum Felde; pero lo fue sobre todo a partir de *La Historia de los partidos políticos en el Uruguay*, de J. E. Pivel Devoto (1942).[19]

Pídanle a un joven estudiante de bachillerato o en sus primeros años universitarios que periodice la historia del país y este, sin mayores argumentos, lo hará basado en los partidos y sus avatares. Primeras presidencias, Guerra Grande, política de fusión y de pactos, dictadura de Flores, Gobierno de Lorenzo Batlle, crisis premilitarismo, militarismo, civilismo, batllismo, terrismo, neobatllismo, y así seguiríamos. Y problematizará a partir de las dicotomías a través de las que entendemos nuestra historia, en esencia políticas, caudillos y doctores, cursistas y oristas (enfrentamiento de índole económico, pero en esencia de bandos políticos), candomberos y principistas, blancos y colorados, batllistas y el resto, entre otras. Todas maridadas con los partidos.

Esta triada ha marcado y marca la agenda del discurso de la historia oficial que trasciende el Estado. El revisionismo se impuso, la Escuela de los Annales, la larga duración y las estructuras, la Nueva Historia, y todo aquello que fue gestándose no pudo desembarazarse del monstruo.

La Escuela de los Annales es una corriente historiográfica nacida en Francia a partir de 1929, aproximadamente. Surge a partir de la revista *Annales d´historie economique et sociale,* liderada por Marc Bloch y Lucien Febvre, quienes serán los representantes iniciáticos de cuatro generaciones de dicha escuela. Deja de lado definitivamente lo político y su éxtasis y se enfoca en los procesos, los cambios y las continuidades y, sobre todo, el diálogo entre todas las ciencias sociales. Si Bloch y Febvre representan la primera generación y sus pasos iniciales, Fernand Braudel es quien encarna la segunda. Su tendencia al estructuralismo —evidenciado en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* y ampliado con *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*— se une con la gran apertura al resto de las ciencias sociales. La tercera generación se articula a través de los trabajos de Jaques Le Goff y Pierre Nora, consolidando lo que se denominó como Nueva Historia. La importancia de las mentalidades, si bien había comenzado antes, se desarrolla con intensidad en esta generación. La cuarta y última generación —solo los estertores del inicio— es dirigida por Roger

Chartier.

Esta corriente historiográfica tiene una influencia suprema en el mundo occidental y sobre todo en América Latina, abriendo camino a un enorme caudal de nuevas visiones, nuevos temas y sobre todo nuevas concepciones historiográficas. Nuestro país no fue ajeno a este fenómeno y aparecieron aquí y allá historiadores inspirados en esta escuela. Igualmente, la historia oficial y su discurso fueron más fuertes, en muchos casos, que las nuevas miradas.

La dictadura lo sublimó y las generaciones posteriores, odiándolo profundamente, quisieron borrarlo, pero de una forma inadecuada, ignorándolo. De esa forma estudiaron el siglo XX, se zambulleron en él para no tocar las vísceras del monstruo, y terminaron en el mismo sitio, pero en el siglo XX.

4 Luis Melian Lafinur: «Dificultades para estudiar· y escribir la Historia Nacional» en *Revista Histórica*, t. 39, p. 533, en *Cuadernos de Marcha*, «Orientales y argentinos», Ed. Marcha, n.° 19, noviembre 1968, p. 66.
5 Carlos Real de Azúa: *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Ed. Arca, Instituto Nacional del Libro, Nuevo Mundo, 1991.
6 Ibídem, p. 53.
7 Guillermo Vázquez Franco: *La Historia y sus mitos*, Montevideo: Cal y Canto, 1994, p. 7-8.
8 Elizabeth Jelin: *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI, 2002, p. 40.
9 Ana Ribeiro: *Historiografía nacional (188-1940)*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 1994, p. 15.
10 Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza, 2000, p. 143.
11 *El libro del centenario del Uruguay 1825-1925*, Montevideo: Capurro & Cía, 1925, p. 553.
12 Daniel Vidart: «La garra charrúa» (1993), en *La trama de la identidad nacional. Tomo I: Indios, negros, gauchos*, Montevideo: Banda Oriental, 1997, p. 47.
13 Gustavo San Román: «La garra charrúa: fútbol, indios e identidad en el Uruguay contemporáneo», en *Bulletin Hispanique*, tomo 107, n.° 2, 2005, pp.

633-655.

14 Ulrico Schmidl: *Viaje al Río de la Plata, 1534-1554*. Notas bibliográficas y biográficas por Bartolomé Mitre. Prólogo, traducción y anotaciones por Samuel A. Lafone Quevedo. Buenos Aires: Cabaut y Cía. Editores, 1903. En www.cervantesvirtual.com

15 Diego Bracco: *Con las armas en la mano*, Montevideo: Planeta, 2014. / *Charrúas, Guenoas y Guaraníes*, Montevideo: Linardi y Risso, 2004.

16 Diego Bracco y José López Mázz: *Minuanos: Apuntes y notas para la historia y la arqueología del territorio Guenoa-Minuano (indígenas de Uruguay, Argentina y Brasil)*, Montevideo: Linardi y Risso, 2010.

17 Óscar Padrón Favbre: *Los charrúas minuanes en su etapa final*, Durazno: Tierra Adentro, 2005, p. 15.

18 Algunos pocos ejemplos muy claros en accidentes, flora y fauna: Tacuarembó, Daymán, Queguay, Arapey, Aceguá, Yí, Yacaré-Cururú, Batoví, sarandí, ñandubay, guazubirá, ñandú, timbó, mangangá, patí, surubí, biguá, saguaipé, etc.

19 Ana Ribeiro: «De las independencias a los estados republicanos (1810-50)», *Revista de la Asociación de Escribanos del Uruguay*, tomo 97, ene-jun 2011, p. 16.

LEVIATÁN

Al parecer de cuanto ha ocurrido en el mundo, de cuanto ocurre, este paisito de dos millones y medio de habitantes que es el Uruguay no tiene noción ni conciencia. Sigue aferrado a sus mitos. Sigue con los ojos vueltos hacia el fugaz pasado venturoso que, por milagrosa conjunción de la realidad interna y los factores externos, le tocó vivir. Es la nuestra una mentalidad insular. Insularidad en el tiempo. Todo lo demás pasa por los aires y por los mares. No nos toca… La verdad es nuestro ayer. Nos hemos quedado encerrados en nuestra cáscara, a la vera del camino, espectadores inmóviles, nostálgicos y temerosos, de las luchas y sufrimientos de los otros. El reloj se ha detenido. Para vivir nos basta con repetir nuestros exorcismos y

> cumplir nuestros ritos. Salvadas las formas, los hechos no cuentan. Cuando el hipopótamo aparece, decretamos, como el personaje de Ardao, que ese animal no existe. Negar los hechos, ignorarlos, adulterarlos […] es una característica nacional. A los orientales nos gusta engañarnos, formar nuestros vagos y mediocres deseos por realidades, despreciar los hechos cuando ellos nos perturban nuestra tranquilidad.
>
> **Carlos Quijano, *Marcha*, 1965**

> El Uruguay no es hijo de la frontera sino del mar, y el mar era inglés. Este necesitaba una ciudad hanseática: «Montevideo y su territorio».
>
> **Alberto Methol Ferré**

La historia del Uruguay, o más ampliamente del territorio que hoy congrega a la población que se siente parte de una nación denominada uruguaya, ha estado marcada por un decreto perverso denominado «historia oficial». Orden perversa que llevamos en nuestros hombros desde la configuración de una nacionalidad, en un territorio y con determinadas características que la hacen —como condición esencial

de una nacionalidad— especial. Qué es una historia oficial y por qué cargamos con esa mochila, con esos anteojos que nos hacen ver la realidad —pasado y presente, es indistinto— de una forma tan definitiva. ¿Cuándo se inició y por qué debemos analizarlo, antes de emprender el viaje hacia una historia completa de este territorio, de estas configuraciones sociales, de esta cultura particular?

Historia oficial se puede definir —a grandes rasgos— como un producto en constante construcción, pero siempre con los mismos materiales. Esa es la condición *sine qua non* de la historia oficial, y en el caso de la historia nacional uruguaya y todos sus tentáculos es fácilmente detectable. La historia oficial es romántica, pero sus cultores pueden creer no serlo, la historia oficial es positivista, pero tal vez sus promotores creen fervientemente ser representantes de la Nueva Historia. La historia oficial no está definida por una escuela historiográfica —aunque la mayoría de sus problemas nacen de algunas de ellas—, sino que las utiliza todas para sublimarse. O sea, uno puede analizar una época a través de un estudio de caso, un pueblo o un corte temporal particular, pero subyace encaramado detrás el mito —más fuerte que el mármol o el bronce—, haciendo de esa nueva perspectiva nada más que un capítulo del panegírico de la historia más oficial que nunca. La historia oficial se define a través del o los protagonistas de la historia, el devenir de los hechos, las relaciones, las causas y las consecuencias, pero sobre todo se delimita por una definición política (no esencialmente partidaria) detrás de los postulados. Cabe destacar que esa historia oficial no es producto de un contubernio malicioso, sino más bien de las necesidades presentes y su relación con el poder. Los historiadores que fueron construyendo ladrillo sobre ladrillo la historia oficial fueron dando respuesta a determinadas necesidades de aquel presente.

De todas maneras, este síndrome, este Leviatán, enquista y contamina cualquier tipo de análisis, convirtiéndolo en innecesario.

Juan E. Pivel Devoto (1910-1997) ha sido uno de los mayores constructores de historia oficial en nuestro territorio, una historia explicativa y condescendiente con nuestra condición de uruguayos en

el contexto latinoamericano. La historia positivista al mejor estilo alemán, esa búsqueda del ídolo de los orígenes y sobre todo la concepción providencial —nacida de las entrañas del Romanticismo— fueron configurando al Uruguay y a los uruguayos. No medimos en ningún caso la connivencia de Pivel Devoto con el poder, ya sea este económico o esencialmente político, sino la necesidad de una nación de configurarse con tal. Detrás de Pivel encontramos a quien ha sido indicado como su antecesor, Francisco Bauzá (1849-1899). Describe Tomás Sansón:

> La oligarquía gobernante recurrió al concurso de los historiadores —entre otros intelectuales— para crear una constelación mitológica que contribuyera a afirmar la viabilidad del Estado uruguayo. Francisco Bauzá en la *Historia de la Dominación española en Uruguay* creó uno de los primeros relatos creíbles de los orígenes de la nación.[20]

De este mismo modo, Bauzá fue configurando la denominada «tesis independentista clásica», que justamente fue replicada por los historiadores continuadores de Bauzá. Paralelamente se fueron generando nuevos mitos en la historia nacional durante el siglo XIX que alimentaban a la bestia, al Leviatán necesario para la construcción de la nación uruguaya.

Detrás de Bauzá, como en fila, se colocaban, construyendo y a la vez apuntalando esa «historia oficial», Pablo Blanco Acevedo, Eduardo Acevedo y obviamente Pivel Devoto. Estos van a ir generando un discurso de Estado, oficial, en todos los casos «encrático»[21] —tomando un concepto de Roland Barthes—, o sea, un discurso dentro del poder o a la sombra de este.

> Partimos de un concepto que es el fundamental: el espíritu localista del núcleo urbano principal (Montevideo) determina la nacionalidad cuyo germen vive y se desarrolla durante toda la época colonial… Si la contienda por la exclusividad de puertos planteada en

> el Río de la Plata a fines del siglo XVIII fue motivo de las hondas divergencias que alejaron a los pueblos de Montevideo y Buenos Aires, la ocupación británica en los comienzos del siglo XIX representó un conjunto de hechos que afirmó todavía esa separación. La lucha de puertos y las invasiones inglesas… producirían en definitiva, para los habitantes de las campañas y ciudades de los dos territorios (Montevideo y Buenos Aires), un concepto recíproco de integrar nacionalidades distintas.
>
> Pablo BLANCO ACEVEDO

He aquí una de las concepciones más arbitrarias de nuestra historiografía, pero al mismo tiempo necesaria en su tiempo y contexto. La idea de que nuestra nacionalidad estaba prefigurada desde los inicios, desde la aparición de estas tierras en los documentos escritos. El providencialismo típico de aquellos tiempos.

Simplificando, que es lo que quizás nos sale de la mejor forma, podríamos decir que nuestro Leviatán, nuestra historia oficial encrática y enquistada en las entrañas del imaginario colectivo, encontró muchas veces un contendiente capaz de hacerlo sangrar. Más allá o más acá en el tiempo, muchos historiadores han puesto en jaque a esa historia oficial y oficiosa, y hasta se generó una tesis alternativa con respecto a los orígenes y a la tan mentada y compleja independencia del Uruguay. Por un lado, la clásica tesis cuasi conductista (utilizando un concepto psicológico) ya denominada como «clásica» y, por otro, las tesis denominadas por los estudiosos como «unionistas» o «disidentes».

Capítulo aparte representa el «historiador maldito», Francisco Berra y su desplante al artiguismo. Plantado fuertemente en medio de la leyenda negra y del culto artiguista, en tiempos en los que la disciplina histórica configuraba y digitaba la historia oficial, obviamente a

imagen y semejanza de un mito bien narrado, Berra patea el tablero con su *Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay* y pone en posición defensiva al *establishment*. Dejemos claro —por si es necesario — que las aseveraciones de Berra se sostienen en las mismas raquíticas bases que las de los demás padres de la historiografía nacional. Y ese raquitismo obviamente no se debía a una falta de conocimiento ni maestría, sino a falta real de documentación suficiente —y suficientemente ordenada— y, por supuesto, postulados epistemológicos arcaicos. Pero, en el caso de Berra, este quiebra esa historia oficial sostenido no sobre bases historiográficas modernas o nuevos hallazgos documentales, sino sobre una actitud conservadora (de las lecturas anteriores, de la leyenda negra porteña, de la historia mitrista) pero al mismo tiempo removedora de los cimientos del discurso del poder.

> Había, pues, dos civilizaciones en el Río de la Plata: una avanzada, con la que nos aproximábamos a la europea; otra bárbara y salvaje, exclusivamente americana. El pueblo y el ejército de Artigas no correspondían a la primera: pertenecían á la segunda [...] fue el representante de la barbarie indígena, el caudillo de la clase inculta de los campos.
>
> Francisco BERRA
>
> Es clara la alusión a la dicotomía sarmientina entre barbarie y civilización, pero también es cierto que este tipo de discursos fue configurando el antiartiguismo por fuera de esa leyenda porteña nacida del Libelo de Cavia. Berra destroza sin saberlo el discurso oficial.

El libro de Berra precipitó debates, peleas y hasta la censura de su obra, que entró al *index*[22], de donde todavía no ha podido salir.

En un oficio fechado el 13 de setiembre de 1883, el Poder Ejecutivo

prohibió literalmente el libro de Berra para los alumnos. Consideró que su ataque a Artigas era perjudicial para lo que consideró como «tradición»: «que venera el pueblo y que se perpetuará con el tiempo a pesar de cualquier obstáculo». De esta forma concluye:

> Considerando pues, completamente inconveniente y perjudicial la adopción de ese libro en las escuelas públicas, este Ministerio, con el Acuerdo del señor Presidente de la República, ordena a la Dirección General disponga lo conveniente para que la enseñanza de la historia patria permanezca ajena a toda influencia antinacional, es decir, que no se dé, ni por referencia, con arreglo al citado bosquejo, el que debe desaparecer del recinto en que se educa a la niñez, porque más que un derecho, es un deber de toda nacionalidad no discutir su independencia, sino acatarla y dignificarla.[23]

Tremendamente cristalino en sus aseveraciones sobre las que se sostiene esa historia oficial, esa historia patria romántica e inclaudicable.

La tercera edición del libro de Berra generó una furibunda respuesta de una parte fundamental de la *inteligentia* vernácula, Carlos María Ramírez. En 1882 apareció el *Juicio crítico del Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay por el Dr. Francisco A. Berra*[24] y allí nació el debate, acallado esencialmente por el discurso encrático. Aunque Berra no tardó en contraatacar y antes de fin de año de aquel 1882 publicó *Estudios históricos acerca de la República Oriental del Uruguay. Defensa documentada del Bosquejo histórico, contra el Juicio Crítico que le ha dedicado el Doctor Don Carlos María Ramírez*.

La discusión claramente estaba definida en términos cuasi morales, en los que los ataques (muchas veces infundados) de Berra eran interpretados por Ramírez como una afrenta no solo a la memoria de Artigas, sino a las entrañas de la patria. Lo declara fielmente ya en diciembre de 1884 en pleno debate contra un diario porteño, *Sud-América*, justamente en defensa del caudillo:

> He sufrido como el que más la influencia de la leyenda hostil a la memoria del General Artigas. —Así lo declaraba en 1881, en mi juicio Crítico del Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay, cuando ya empezaba a emanciparme de esa influencia.[25]

El sentimiento nacional va más allá y contamina el análisis histórico del período o el personaje. Es altamente comprensible y hasta compartible en aquel contexto y obviamente en un país que estaba desesperadamente en busca de una identidad y de diferenciarse de la vieja capital del virreinato como provincia secesionista. Pero más allá llegó el poder etático en busca de unanimidad y armonía discursiva. Por aquellos años gobernaba el Gral. Máximo Santos un Uruguay en proceso de modernización y sobre todo de configuración de su nacionalidad. El 13 de setiembre de 1883 el ministro de Fomento, Dr. Carlos De Castro, emitió un oficio al director nacional de Enseñanza. Por aquellos días, y a cuatro años del fallecimiento de José Pedro Varela, era su hermano Jacobo quien detentaba aquel cargo y fue él quien llevó adelante la prohibición de consulta y/o divulgación del material de Berra, como ya lo hemos citado. En pocas palabras, fue prohibido. Más allá de lo muchas veces desencajado de su discurso, este generaba conflicto al discurso políticamente correcto. Un hombre capaz de decir «inmorales, sanguinarios o ladrones, déspotas, anarquistas e ignorantes, como Otorgués, Blasito, Andresito, Verdún y otros muchos que figuraron en orden más o menos secundario» obviamente generaba un pequeño cisma, y mucho más si venía de las entrañas de la intelectualidad vernácula, o sea, de un igual. Tanto Ramírez como Berra habían sido fundadores de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular (SAEP) el 18 de setiembre de 1868 y Berra fue presidente de esta en cuatro oportunidades, entre 1878 y 1887. Leviatán engulle a los que osan pararse frente a su inmensidad, tengan estos razón o no.

La historia santificada de Bauzá será el mascarón de proa de la construcción del ser uruguayo, en definitiva, de la creación de los mitos y los hitos fundacionales y, sobre todo, de la concatenación caprichosa de los hechos. Bauzá sostenía, por ejemplo, que al

momento de llegar a estas tierras los conquistadores se encontraron con tres «naciones organizadas» «… con elementos propios, carácter independiente y límite fijo: el Imperio de los Incas (Perú), el Reino de Lautaro (Chile) y la República Charrúa (Uruguay)». Una afirmación carente de forma excepcional de sostenes documentales o siquiera fácticos. Una entera muestra de convicción política y una necesidad, comprendida desde este presente, de generar una nación donde nación no había.

> La nacionalidad uruguaya está prefigurada desde los orígenes de nuestra formación social. [...] El Virreinato no pasó de ser una denominación teórica. Esa es la «patria grande» que nunca existió. [...] Esa unidad territorial de la Capitanía, Gobernación o Provincia, que prefiguran la nación, la buscaron tanto Montevideo como Artigas, por distintos caminos y bajo signos opuestos. [...] La cruzada de 1825 reanudó la lucha por la independencia. [...] Los vínculos con las Provincias Unidas ya no existían. Razones circunstanciales de orden político, militar y económico pudieron impulsar a los dirigentes de 1825 a proclamar la unidad...
>
> Juan E. Pivel Devoto, *La independencia nacional*, Biblioteca Artigas, 1975. Colección «Clásicos Uruguayos», vol. 145.

Tanto en el tono como en el contenido de las palabras de Pivel se deja traslucir la necesidad de construir un relato afín a la hipótesis clásica de la independencia. Carlos Real de Azúa fue uno de sus mayores enemigos y desnudó en varios de sus trabajos el sinsentido de la teoría, que él mismo bautizó.

20 *Estudios Paraguayos*, revista de la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, vol. 29 y 30, n.° 1 y 2, Asunción, 2011-2012, p. 11

21 ansón utiliza este concepto cuando se refiere a la «tesis independentista clásica». *Estudio Paraguayos*, revista de la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, vol. 29 y 30, n.° 1 y 2, Asunción, 2011-2012, p. 11

22 El *Index Librorum Prohibitorum* fue una lista de libros prohibidos creada por la Iglesia católica, promulgada en el *Concilio di Trento* por el Papa Pío IV el 24 de marzo de 1564. En nuestro Uruguay hay libros prohibidos al mejor estilo del Index católico.

23 Vázquez Franco Guillermo: *Francisco Berra, la historia prohibida*, Montevideo: Mandinga Editor, 2001, p. 279.

24 Carlos María Ramírez: *Juicio crítico del 'Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay' por el Dr. Francisco A. Berra*, en Colección de Clásicos Uruguayos, Montevideo, 1978, vol. 152.

25 Carlos María Ramírez: *Artigas*, Clásicos Uruguayos, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1953, vol. 1, p. 4.

LOS BUENOS, LOS MALOS Y LOS FEOS

> Muere siendo un héroe o vive
> lo suficiente para convertirte
> en un villano.
>
> **Harvey DENT, *Batman, El Caballero de la noche***

> Construir un conjunto de
> héroes implica opacar la
> acción de otros.
>
> **Elizabeth JELIN**

La historia nacional está plagada, consciente o inconscientemente, de buenos y malos, en una especie de cuento mítico de hadas y demonios, en una conveniente novela, en una película cuyo fin último es el principio de la historia. Villanos y héroes abundan en nuestra historia, hombres y hombres (ya hablaremos de la historia patriarcal) que alimentan la grandeza dan de comer sin saberlo al Leviatán. La escuela es a todas luces el sitio predilecto para la consecución de estos mitos. Allí, los textos configuran el escenario en el que los incautos héroes y los perversos villanos representan el guion a la perfección. Los españoles y los porteños se llevan por lejos la cucarda de enemigos sanguinarios, traidores y rastreros, en definitiva, el otro.

Solo es cuestión de tomar uno de los libros que más ha impactado en la formación de los niños uruguayos, la *Historia Patria* de Hermano Damasceno, el célebre HD. Allí encontramos una historia maniquea, en la que la referencia por ejemplo a Manuel de Sarratea es como «el intrigante Sarratea». Pero si buscamos un poco podemos incluso encontrar en la actualidad títulos de libros extremadamente mesiánicos, sin ingresar en sus contenidos.

En la ciencia o disciplina histórica —dependiendo la escuela— más académica, catalogar o tipificar a los personajes con rótulos tales como «villano» o incluso «antihéroe» podría acelerar el proceso de desacreditar cualquier libro o artículo. Mas no sucede lo mismo si les colocamos la cucarda impune y arbitraria de «héroe» (o en el mejor de los casos «prócer»). Estallarán riñas de gallos intelectuales, sobre quién o cuál debe colgarse esa medalla, pero, en general, el término no es el quid de la cuestión.

La historia está plagada de héroes pétreos, magnánimos, homéricos, y hasta con tiempo para dudas existenciales, que finalmente son parte de su grandeza. Nuestra América Latina, nacida en el más exquisito (y peligroso) de los romanticismos, posee fechas de nacimiento, blasones, himnos, madres (la madre patria) y, por supuesto, una dotación especial de héroes, una especie de Liga de la Justicia autóctona.

Todos aquellos personajes hacen las veces de padres de las nacientes y orgullosas naciones americanas. Nuestros libertadores de América, los padres libertarios de una América tomada, que se libera y rinde orgulloso homenaje a sus «mejores» hombres. José de San Martín y su homérico cruce de la cordillera; Simón Bolívar y su lucha romántica contra el opresor, el tirano, aunque a la hora de las decisiones proyectó una especie de confederación con esos mismos tiranos; Francisco Miranda, un verdadero héroe de dos mundos, quien luchó previamente en la Revolución francesa; José de Sucre o Bernardo de O ´Higgins y, por supuesto, nuestro Aquiles vernáculo, José Gervasio Artigas y su revolución popular.

A pesar de estos relatos, a pesar de estas afirmaciones, a pesar de una especie de historia providencial que late en el corazón de la

historiografía latinoamericana, los héroes libertadores de América (salvo algunas excepciones) no lucharon por los países que los alaban. De hecho, muchos de ellos levantaron sus espadas por lo que en aquellos años era una realidad tangible y comprensible para todos, la unión virreinal. Ya sea el sueño de la Gran Colombia de Bolívar o las Provincias Unidas del Río de la Plata de José Artigas y los centralistas. Las balcanizaciones posteriores que generaron nuestros Estados nacionales no son más que eso, balcanizaciones nacidas de luchas intestinas, de intereses encontrados, de oligarquías comarcales, todo eso aderezado por la intervención del Imperio inglés, que se encontraba en un proceso exponencial denominado Revolución industrial. No es absoluta, pero sí podemos trazar una línea entre los intereses de Inglaterra fuera de fronteras, el comercio, las influencias políticas y la balcanización de América Latina —no es más que aquella vieja premisa «divide y reinarás».

Pero si existen los héroes, deberían existir por justa contraposición lógica los villanos y hasta los antihéroes. Por un lado, aquellos que le dan sentido al héroe en su lucha, refractando su grandeza en su maldad. Qué sería de José Artigas en el Ayuí sin el «intrigante» Manuel de Sarratea para la Historia oficial. Por otro lado, aquellos que luchando por una causa que creen justa juegan un papel complejo en el que los valores y la ética quedan de lado, haciendo su justicia desde la violencia. Mucho sabe nuestro siglo XIX de estas violencias y de «justas razones». Como justa contraparte siempre en una historia eminentemente maniquea encontramos a los villanos. Colman una historia dual, de buenos y malos en una especie de ficción histórica. Los indígenas aparecen como los primeros grandes villanos de la historia, no solamente por el episodio de Juan Díaz de Solís, sino también como la contraparte bárbara tendiente a civilizar.

Por otra parte, la acepción arcaica de antihéroe tiene que ver con un personaje heroico desde sus razones, en general compartidas, pero infeliz e inoperante. Quién no recuerda la plétora de antihéroes masivos y su lucha enternecedora contra el crimen. Y nuestra Historia doméstica posee una dotación especial de antihéroes, que son vistos de diferentes formas dependiendo el discurso. Cuánta sangre derramada

en los inicios de la historia nacional y cuántos pretendidos antihéroes, asesinando, quintando, degollando de parado. De 1830 a 1904 fueron 71 los levantamientos perpetrados por unos u otros, y en medio de estos las atrocidades más bárbaras. Solo recordemos la hecatombe de Quinteros en 1858 (y sus cientos de muertos quintados, entre ellos el Gral. César Díaz) o la venganza de Paysandú en 1864 (con cientos de muertos del otro lado y el Gral. Leandro Gómez). O el patético episodio de Máximo Pérez, caudillo mercedario que asesinó con su caterva a más de mil personas por un error en la lectura. En 1868, tras el asesinato del general Venancio Flores, un mensaje telegráfico del presidente Pedro Varela decía: «Mataron a nuestro querido general D. Venancio Flores; reúna la gente y véngase». Su secretario leyó: «Mataron a nuestro querido general D. Venancio Flores; reúna la gente y vénguese».

Por tanto, si la historia ha aceptado a los héroes con beneplácito, casi como una necesidad didáctica, social y hasta vital para crear nacionalidad, ¿por qué los villanos y los antihéroes no podrían ser catalogados?

«Pues porque la subjetividad se apoderaría de la disciplina», responderá un lector atento. Pero acaso la historia no pierde eso mismo al catalogar al héroe, e incluso darle todo el crédito en los procesos revolucionarios o las luchas por tal o cual razón. Artigas es el ejemplo del héroe máximo para la historia oficial. Orador, estadista, guerrero, general, todo se proyecta en su persona. Es una de las patologías de las historias nacionales, tomar un personaje y colocarlo como actor casi único del relato. Una historia providencial, en la que desde el principio conocemos el destino inminente del relato, y de esta forma apuntalamos la idea de que la providencia hizo libres a los orientales. Nada más lejano de la historia como disciplina. Este es uno de los conflictos con los que debe lidiar el historiador, un néctar exquisito, una ambrosía que nos explica todo, al caro precio de la mentira.

Tal vez y solo tal vez, un héroe para unos mute en villano para otros, en una especie de coexistencia esquizofrénica. ¿Acaso el «titán»

anglosajón George Washington no es acusado de masacrar indígenas en Norteamérica y considerado «villano» por algunas tribus?

Y quizás, dejando claro estas prerrogativas, sea más fácil catalogar y narrar aquellas historias. Posiblemente actos magnánimos y proezas duerman en la misma cama, con matanzas y actos más dignos de un antihéroe; y tal vez todo esto no sea más que una parte de la naturaleza de aquellos hombres y mujeres, en definitiva, humanos, con todo lo que ello encuadra. A lo largo de la Historia, estos personajes han mutado en las concepciones que cada sociedad histórica posee de ellos. La mayoría —y no es un exceso— ha pasado por el proceso de héroes, antihéroes y villanos. La historiografía nos muestra hasta qué punto las concepciones cambian, los direccionamientos políticos varían y los personajes van mutando. Un héroe es su propio tiempo o algunos años después, puede ser visto como un antihéroe en varios lustros y finalmente como un villano. El proceso puede ser en todo caso diferente. Este es el ejemplo estereotípico de José Artigas, el principal adalid de la nacionalidad uruguaya, sin ser él mismo uruguayo. El proceso en general es de depreciación en las concepciones, en el caso de Artigas es diametralmente opuesto. Pasa de enemigo público a prócer de un orgulloso país que lo coloca en el fin último de sus contiendas. La historia vernácula, tan afín a la polarización partidaria de sus interpretaciones, caratula entonces a los personajes con cucardas tales como héroes o villanos de forma cotidiana. Este proceso también contamina en la mayoría de los casos el análisis de esos tiempos. Pues entonces héroes, antihéroes y villanos son caras de un mismo personaje, dependiendo de la óptica y el tiempo histórico que lo analicen. Se suman, además, las diferentes concepciones regionales. Unitarios y federales, monárquicos y separatistas, y sobre todo blancos y colorados van también a contaminar las concepciones de los diferentes héroes-villanos de nuestra historia doméstica. Venancio Flores es a todas luces el héroe unitario de las luchas intestinas argentinas, y colocado en un lugar de poder por el presidente Bartolomé Mitre, otro personaje a todas luces discutido. Flores es desde el otro estrado sindicado como un villano, o quizás un antihéroe. Por otra parte, la relación de los partidos argentinos y los uruguayos ha también generado descalabros en el

panteón de héroes y villanos. Juan Manuel de Rosas, un personaje crucificado a finales del siglo XIX y principios del XX, ve un resurgir como héroe del antiimperialismo en tiempos de Juan Domingo Perón. Un proceso análogo sucede con Mariano Moreno, a grandes rasgos.

Más allá se llega con los héroes partidarios de uno y otro bando. Manuel Oribe se convierte de repente en el peor de los degolladores, o Rivera en insensible traidor y «genocida» de un pueblo.

Ya sea el Goyo Suárez o Timoteo Aparicio, José Batlle y Ordóñez o Aparicio Saravia, las concepciones mutan con respecto al punto de observación, la ideología, el tiempo histórico y los discursos historiográficos. Sangre, muerte, amor y odio desfilan en las historias heroicas y no tanto de nuestros adalides o villanos. El entretejido es complejo y variado en la mayoría de los casos.

Se le suman entonces a las vidas, terribles o mundanas, azarosas o labriegas, las visiones de esas vidas por los contemporáneos y por los discursos históricos. ¿Cuál de todas estas caras será la verdadera? Tal vez todas o ninguna.

No es embustero ni farsante aquel que deja claras las reglas antes de comenzar a jugar. Héroes, antihéroes y villanos de nuestra historia marchan, nos cuentan sus historias, exponen sus verdades y desnudan sus miserias, y son tal vez y solo tal vez al mismo tiempo: héroes, antihéroes y villanos.

¿POR QUÉ UNA HISTORIA DEL URUGUAY?

> La gran nación argentina, de que sois parte, tiene gran interés en que seáis libres, y el Congreso que rige sus destinos no trepidará en asegurar los vuestros.
>
> **Juan Antonio LAVALLEJA**

¿Por qué escribir una historia del Uruguay? ¿Por qué colocar al Estado nacional en el cual coexistimos como protagonista de una historia? ¿Acaso los Estados deben ser protagonistas de una historia? ¿Acaso las naciones lo son? Desde el inicio de nuestra historia, una Historia del Uruguay, estamos decretando la relación entre los sucesos acaecidos, incluso antes de que estos territorios estuvieran poblados por europeos, los prefiguramos, les damos sentido y los colocamos en un relato veraz. Es evidente que la historia del Uruguay como tal no está relacionada esencialmente con episodios tan lejanos y ajenos.

En 1841, un santafesino escribe un libro que desde el título es excepcionalmente explicativo, *Historia del territorio oriental del Uruguay*. Juan Manuel de la Sota en los primordios de la historiografía nacional aporta en narrativa, y según Juan Antonio Oddone, «nuevos elementos para la construcción del género»[26]. Pero más allá de que uno pueda inferir del título del libro de De la Sota una historia despojada de providencialismo, pues en su título no encontramos una

configuración nacional (Uruguay), su historia empero es una historia del Uruguay y está al servicio de la «organización nacional». Claramente De la Sota escribe en medio de la Guerra Grande y con el afán de influir con su trabajo a esa organización nacional. Es meridianamente claro en la introducción:

> […] mis deseos y mis esperamos serán bien satisfechos si el esfuerzo de mis trabajos correspondiese a la necesidad con que el país reclama ventilar sus deudas con los limítrofes, e hiciese ver el modo como gradualmente se preparaba su Nación libre e independiente.[27]

Cuando emprendemos el viaje para hacer una historia del Uruguay, debemos saber que vamos a hacer una ecuación cuyo resultado está escrito en el pizarrón, a la vista de todos. Tenemos la ecuación y el resultado, nuestro trabajo es el de desarrollarla. De la Sota tuvo el complejo trabajo de desarrollar una ecuación cuyo resultado estaba a medio camino o parcialmente resuelto, pero igualmente el sentido es similar. Por qué una historia del Uruguay y no una historia de la región o de Sudamérica, de Latinoamérica, de América y el Caribe o, por qué no, del mundo entero. Todo es una cuestión de las preguntas que hacemos, es una cuestión de las interrogantes, de las ecuaciones que pretendemos resolver. Una historia de una nación es mucho menos que un intento de comprender, es un intento de justificar en la mayoría de los casos. De explicar la grandeza o las características que creemos especiales de nuestra nación. En pocas palabras, conocemos el resultado de la ecuación y solo tenemos diferentes desarrollos.

Si para algo sirve la historia es para comprender el presente y ocasionalmente el pasado, pues la disciplina de Herodoto y Tucídides es una especie de cuaderno de doble entrada. Comprende el pasado por el presente y el presente por el pasado, en una retroalimentación que define a la ciencia histórica. En el caso de los Estados nacionales, y particularmente del Uruguay, la comprensión del pasado o del presente se convirtió durante lustros en un intento desesperado de apuntalar un discurso, una posición política, una historia fratricida teñida de sangre. En pocas palabras, los partidos políticos tradicionales

fundacionales han contaminado la historia en intentos desesperados por llevar agua para su molino y, de la misma forma, el partido tradicional no fundacional más popular, camuflado en un pretendido revisionismo (sincero en los primeros tiempos), se terminó por mimetizar con el resto de los agoreros de los mitos. Mitificó de la misma forma y colocó en un pasado heroico y doliente el *ethos* perdido. De este modo, hacer una historia del Uruguay sin caer en estos mitos es prácticamente una utopía, pues las entrañas mismas de la historiografía descansan en los mitos más explicativos.

Artigas quizás es el ejemplo más acabado de un mito amable que todos alimentamos, pues es parte de nuestro ser nacional, y cualquier intento de desestabilización de esa torre de naipes que nos define puede generar la persecución del portador de esas noticias. Por ende, la historia vernácula nacional no es más que intentos de apuntalar una idea presente, una idea esencialmente política partidaria, y eso quizás no sea el problema sino el desafío. Nuevos tiempos corren y nuevos vientos atraviesan el escenario político, y de esa forma este es el momento de dinamitar. Tomemos un martillo y hagamos historia a martillazos.

La historia del Uruguay es de por sí y para sí toda una declaración epistemológica. La historia de un pueblo —sostenido sobre una nación — es a todas luces una concepción romántica, aunque los positivistas alemanes buscaban en los documentos los orígenes de sus pueblos. La configuración del Uruguay es pues la configuración de una comunidad presente que se desarrolla y reconvierte al son de esa memoria y viceversa. Podemos analizar los avatares de la creación de un estado denominado Uruguay por allá por 1830, desde una perspectiva legal.

Los historiadores han investigado y se han preguntado sobre la historia del Uruguay en diferentes instancias, con diferentes herramientas, bajo diferentes ideologías y sobre todo en diferentes presentes. En definitiva «toda historia es historia contemporánea», como referenciaba Benedetto Croce, por lo tanto, cada época pregunta cosas diferentes al pasado y por ende consigue disímiles respuestas. Cada escuela histórica está asentada sobre una pila de preconceptos y vivencias, de

contenidos políticos y de conflictos que la llevan a exhortar al pasado de una forma particular.

Carlos Real de Azúa encontraba cuatro grandes escuelas o corrientes en nuestra historiografía, una tradicional, una transicional, una esencialmente revisionista y la nueva historia. Otros historiadores complejizarán esta periodización o encontrarán detalles, pero más allá de los avances (muchos de ellos escondidos detrás de las infranqueables paredes de la academia), de las nuevas miradas, los nuevos temas, la historia oficial sigue siendo la del Uruguay, la de la ecuación con resultado visto.

Uno de los más preclaros pensadores del Uruguay fue sin dudas Alberto Methol Ferré (1929-2009). Un historiador que partía de la problematización como método y que encaró el estudio de la ecuación como un problema. Si acaso fue Luis Alberto de Herrera el primer gran revisionista de la historia nacional, Methol Ferré fue quien llevó esa revisión a un sitial superior. Partiendo de supuestos nacionalistas y al mismo tiempo americanistas, aderezados significativamente por el peronismo, Methol analiza la viabilidad del Uruguay. Su paradigmática obra *El Uruguay como problema* (1967), sumada a sus consideraciones *A dónde va el Uruguay. Reflexiones a través de un nuevo ruralismo* (1958), representa una reflexión —hija de su tiempo— sobre la historia del Uruguay.

Apelando a la patria grande, al país latinoamericano y al Uruguay como nexo en este proceso, y sobre todo al abrazo de nuestra historia —toda nuestra historia— sin exclusiones, autores argentinos transitaban caminos análogos en muchos aspectos, entre ellos Jorge Abelardo Ramos (1921-1994) o Arturo Jauretche (1901-1974). Justamente Jauretche prologó la edición de 1971 de *El Uruguay como problema* y declaraba:

> Señala Methol Ferré cómo la falsa historia contribuyó a crear la ficción de la «insularidad» uruguaya que produjo por consecuencia, en el país, una conciencia política eminentemente abstracta. Fue una historia «de puertas cerradas» que mostraba el país como creado

> exclusivamente por «una causalidad interna», cosa que conocemos perfectamente aquí, pues se llama revisionismo incluso a la elemental tentativa de vincular los hechos con el movimiento contemporáneo del resto de la historia del mundo y en particular de nuestra América, que es lo que no quiere hacer la historia oficial.

Esa historia oficial ya desnudada por muchos autores en aquellos años, pero magistralmente apaleada por Methol. Carlos Quijano era muy duro contra los mitos fundacionales amables que los uruguayos hacemos nuestros:

> Al parecer de cuanto ha ocurrido en el mundo, de cuanto ocurre, este paisito de dos millones y medio de habitantes que es el Uruguay no tiene noción ni conciencia. Sigue aferrado a sus mitos. Sigue con los ojos vueltos hacia el fugaz pasado venturoso que, por milagrosa conjunción de la realidad interna y los factores externos, le tocó vivir. Es la nuestra una mentalidad insular. Insularidad en el tiempo. Todo lo demás pasa por los aires y por los mares. No nos toca… La verdad es nuestro ayer. Nos hemos quedado encerrados en nuestra cáscara, a la vera del camino, espectadores inmóviles, nostálgicos y temerosos, de las luchas y sufrimientos de los otros. El reloj se ha detenido. […] A los orientales nos gusta engañarnos, formar nuestros vagos y mediocres deseos por realidades, despreciar los hechos cuando ellos nos perturban nuestra tranquilidad.[28]

Las preguntas de Methol seguramente perturbaban esa tranquilidad:

> ¿Qué significa entonces el Uruguay como Estado Tapón? ¿Qué tapona y para qué? ¿Al variar los contextos históricos varía su significado? ¿Acaso ha dejado de ser Estado Tapón? ¿Acaso sus funciones son otras? ¿Qué es entonces para nosotros «política internacional»? ¿Hasta qué punto nuestra política nacional, interna, se hace también política internacional? O viceversa. Es en este sentido que entendemos la pregunta primordial sobre el Uruguay en

> Latinoamérica y en el mundo. Es, además, la pregunta que condiciona todas las preguntas.

Más allá o más acá, hacer una historia del Uruguay sigue siendo un ensayo fallido en muchos casos. El caso de la revisión profunda, que pone en jaque la misma existencia del país o su viabilidad, es un aporte de enorme centralidad histórica pero no deja de ser una prueba del nueve al resultado de la ecuación. En definitiva, las nuevas perspectivas terminan siendo engullidas por el Leviatán, en tanto duermen el sueño de la intelectualidad y no saben cómo imponerse en los medios, en la opinión pública, o sea, en el pueblo.

26 Juan Antonio Oddone: *La historiografía uruguaya en el siglo XIX. Apuntes para su estudio*, p. 9. En www.autoresdeluruguay.uy
27 Juan Manuel De la Sota: *Historia del territorio oriental del Uruguay*, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1965. Introducción.
28 Carlos Quijano: *Marcha*, 1965.

¿QUÉ ES EL URUGUAY?

> Muchos de nuestros conciudadanos ignoran que le falta a la república una fe de bautismo en regla. […] ella no existe. Según el tratado de 1828, somos libres por acuerdo gracioso de los vecinos. Algo así como un ensayo, sometido al juicio posterior de los tutores. Solución provisoria —no en vano denominase preliminar al tratado— falta la sanción definitiva de aquel nacimiento.
>
> **Luis Alberto DE HERRERA, 1912**

Uruguay es esencialmente, y como todo Estado nacional, una configuración presente. Cada palabra que escribimos en pos de la comprensión del pasado será inevitablemente una excusa para apuntalar el presente. Por tanto, escribir, diagramar y pensar una historia nacional es esencialmente un acto político. La historia no es un producto insípido, incoloro e inodoro, no es jamás inocua, sino cruelmente sincera. No existe una historia del Uruguay que no configure un acto político, un intento de explicar un presente plagado de conflictos, de problemas, pero también de apuntalar en muchas

ocasiones la profética idea de una nación.

Todos los libros de historia del Uruguay son libros que creen en la idea de que existe una nacionalidad uruguaya, en general maridada con lo oriental. Por tanto, intentarán de cualquier forma encontrar el hilo conductor, ese hilo rojo que conecta a los charrúas con los jugadores de fútbol que representan la hidalguía contemporánea, la lucha de puertos con el origen de la nacionalidad uruguaya, el profético éxodo del pueblo oriental con el génesis del sentimiento oriental y así sucesivamente.

Uruguay es un vocablo extraño, guaraní de nacimiento como *Uruay*, podríamos definirlo como «río de los pájaros Urú», interpretado románticamente por Juan Zorrilla de San Martín como río de los pájaros pintados. El nombre de nuestro país ha sido un persistente anatema en algunos eruditos, es en esencia una ubicación, una especie de GPS bautismal. Estos hombres y mujeres viven al oriente de un río llamado Uruguay, ellos no son de ninguna manera el Uruguay. Este detalle ha acompañado a los habitantes de estas tierras desde los inicios de la conquista.

Banda Oriental fue una de las denominaciones de estas tierras desde los inicios, de la misma forma que Banda de los charrúas o Banda norte del Río de la Plata. La otra orilla fue denominada bajo la misma lógica como Banda Occidental. *Argentina* es también un vocablo muy antiguo —para todos los que explotaron con aquellas palabras de Cristina Fernández[29]— que data del siglo XVI, aproximadamente, basado en el latinismo *argentum*, «tierra de plata». Volviendo a la Banda Oriental y sus alcances, es interesante la postura del investigador Javier Ricca[30] sobre al oriente de qué río nominaba nuestro nombre. Sería para este autor el río Paraná en aquellos tiempos coloniales y no el Uruguay:

> Hoy podríamos afirmar que la grafía oriental relativa a los habitantes de nuestro territorio se construye en base a la referencia del río Uruguay. Pero esto no fue siempre así, ya que los primeros tiempos de la colonia los orientales fueron quienes habitaban al este del río Paraná.[31]

Así que, en un principio, los habitantes de estas tierras poco pobladas y de «ningún provecho» eran orientales del río Paraná y no del Uruguay, como se cree. A pesar de esto, la nomenclatura —según consigna Ricca— fue cambiando con el correr del tiempo por la necesidad de la administración colonial de restringir las denominaciones. Ricca consigna que la colonización iniciática de los territorios del sur fue vertebrada a través del río Paraná, lo que explica por qué ese río se convirtió en la referencia primigenia. La historia oficial entra en contradicción con esta afirmación, en tanto la región oriental no configuraba una realidad diferenciada del resto sino un territorio de marca, una frontera amplia de encuentros. La tesis de la orientalidad como una territorialidad diferente que devino con el tiempo en una nación diferente cae en mil pedazos.

«Manuel de Sarratea… designado general en jefe del Ejército y capitán general de la Banda Oriental del Paraná. Artigas no desconoció la autoridad de Sarratea…»[32]. Este documento data de 1812. Ricca suma dos documentos más, pero firmados por Artigas, uno a José de San Martín: «Excelentísimo señor: Los pueblos de la Banda Oriental del Paraná están alarmados por la seguridad de sus intereses… yo estoy dispuesto a defenderlo…tengo el honor de saludar a vuestra excelencia con mi más afectuosa consideración»[33] (José Artigas. Cuartel General de Santa María. 27 de diciembre de 1819). Y el otro a un tal Juan Bustos en 1820: «El Congreso de Viena ha anulado los tratos secretos en que se apoyaba el Rey Don Juan para legitimar la ocupación de las provincias existente de esta Banda Oriental del Paraná…»[34]. Más allá de los documentos coloniales o estas perlitas del artiguismo, es claro que la configuración de la región oriental —ya no del Uruguay sino del Paraná— nos debería hacer rever las concepciones historiográficas clásicas inmediatamente. Ricca culmina sosteniendo:

> En primera instancia, José Artigas fue el jefe de los orientales del río Uruguay, luego fue nombrado general de los pueblos orientales del río Paraná, es decir, que fue el jefe de todos los orientales. ¿De qué orientales? De los de las provincias orientales de Entre Ríos, Corrientes, nuestra Banda Oriental y los pueblos misioneros.[35]

Si nos definimos a partir del término *orientales* y sublimamos esa condición, deberíamos comprender entonces que la región que nos define es más amplia. La historia pues, debería cambiar.

Con respecto al Estado Oriental del Uruguay —como realidad diferente y sobre todo diferenciada de las Provincias Unidas o del Imperio del Brasil—, este surgió de una negociación, de un arreglo beneficioso sobre todo para el Imperio inglés. Se hablará en su momento profusamente de ese parto. Pero más allá del larguísimo alumbramiento, de esa nueva entidad, de ese nuevo Estado, es muy significativo que ese país naciera sin los más mínimos límites, salvo el río Uruguay, límite natural. La constitución de 1830 definía en su primer artículo al Uruguay como «… la asociación política de todos los ciudadanos comprendidos en los nueve departamentos actuales del territorio». Era claro cuáles eran los nueve departamentos —Montevideo, Canelones, Santo Domingo de Soriano, Durazno, Paysandú (todo el litoral norte del río Negro), Maldonado (Rocha y Lavalleja), Colonia, San José (Flores y Florida) y Cerro Largo (Treinta y Tres)—, pero nunca quedarán claros los límites de los mismos. Y ese problema será una persistente maldición y definirá en parte al Estado Oriental del Uruguay a lo largo de su historia, así como tendrá una relación importante con sus avatares políticos. Pensemos que recién en 1851 podemos consignar límites con Brasil, aunque estos no serán del agrado de la retórica de la historia oficial en muchos aspectos. El Tratado de Límites firmado el 12 de octubre de 1851, después de la Guerra Grande (1839-1851), consagró en los papeles una realidad que estaba dada desde mucho tiempo atrás. El país logrará tener límites después de 21 años de jurada la Constitución. A partir de aquí los límites serán los siguientes:

> Art. 2.º (se reconoce como base la línea limítrofe que fuera acordada en la mencionada Acta). Por el Este el Océano, por el Sur el Río de la Plata, por el Oeste el Uruguay, por el Norte el río Cuareim hasta la cuchilla de Santa Ana, que divide el río de Santa María, y por esta parte el arroyo Tacuarembó Grande, siguiendo a las puntas del Yaguarón que entra en la Laguna Merím y pasa por el puntal de San

> Miguel a tomar el Chuy que entra en el Océano.

De este modo mil leguas cuadradas de aquel territorio de la vieja Banda quedaban en manos brasileñas. Sumado a esto, el artículo 4.° daba la exclusiva navegación de la laguna Merín y el río Yaguarón a los norteños.

> Art 4.º se refiere a la posesión exclusiva por parte del Brasil de la Laguna Merim y del río Yaguarón, así como a la cesión por parte de Uruguay de media legua de terreno en una de las márgenes de la desembocadura del Cebollatí y del Tacuarí. Firmantes: Andrés Lamas, Honorio Hermeto Carneiro y Antonio Paulino Limpo de Abreu (12/10/1851).

Esa persistente maldición de los límites seguirá golpeteando y atravesando de forma transversal la historia de este territorio. Los conflictos sucesivos con la Argentina, tanto en el río Uruguay como en el Río de la Plata, van a irse zanjando lentamente hasta llegar a 1973 con el Tratado del Río de la Plata, pero van a tener muchos otros episodios. Quizás todos puedan ser representados por el episodio de Timoteo Domínguez y la isla que lleva su nombre. Domínguez fue mandatado en 1852 por el presidente interino por aquellas estaciones, Bernardo Berro (en un brevísimo interinato), para devolver a la Marina argentina la isla de Martín García. El 17 de marzo hizo lo propio entregando la isla, pero al momento de arriar el pabellón nacional se negó a hacerlo al grito de «La bandera de la patria ni se entrega ni se arría»[36], por lo que con un hacha cortó el mástil y se lo llevó así a Colonia. La historia de estas tierras está representada en muchos casos por la anécdota de Domínguez.

Más allá de las idas y vueltas, más allá de algunos desplantes (como el de Juan Domingo Perón a Luis Batlle Berres, el 27 de febrero de 1948 en la playa de la Agraciada), o de las tensiones que se han generado y se generan, el Uruguay no termina de estar de espaldas a su historia. Los límites son una maldición, porque la independencia lo fue. El patriotismo de Domínguez se da de bruces con la realidad, Martín García no es uruguaya. Pero mirando siempre con la perspectiva nacional padeceremos eternamente el anatema persistente de los

límites. Creemos en muchos casos que tenemos el derecho absoluto de determinadas cosas que nos son históricamente ajenas, más allá de la historia oficial, perentoriamente patriotera. Seguimos eternamente vivando y aplaudiendo a un fantasmal Domínguez, talando el mástil y gritando eslóganes, pero devolviendo territorios.

Podemos sumarle el límite contestado —la zona del Rincón de Artigas — que aparece en los mapas uruguayos, que sigue tan vigente como antes.

Es más —y no es un detalle menor—, Uruguay nace al mundo innominado, sin nombre. Es la Constitución de 1830 —los constituyentes— la que lo nomina como Estado Oriental del Uruguay. De esta forma, el bautismo del país estuvo relacionado con un hecho jurídico, en el que los constituyentes le dieron nombre al nuevo país.

> Nosotros, los representantes nombrados por los pueblos situados en la parte oriental del Río Uruguay, que, en conformidad con la Convención preliminar de paz, celebrada entre la República Argentina y el imperio del Brasil, el 27 de agosto del año próximo pasado de 1828, debemos componer un estado libre e independiente, según nuestro saber, y lo que nos dicta nuestra intima conciencia, acordamos, establecemos y sancionamos la presente constitución.

Seguidamente bautizan al novel estado por su ubicación, después de haber pasado una serie de etapas en las que muchos nombres estuvieron encima de la mesa. Desfilaron nombres como Estado de Solís (un proyecto de Manuel Errazquin), Estado del caudaloso Plata, Estado del Nord Argentino y hasta Estado de Montevideo. Pero finalmente se impuso el GPS.

A lo largo de los años, desde 1828 hasta nuestros días, el Uruguay ha transitado por una enorme gama de etapas y avatares, relacionado inexorablemente con sus vecinos y sobre todo negando su perspectiva regional. Uruguay construye su historia para construirse a sí mismo, más allá de que los uruguayos como nacionalidad existen y con fuerza,

y son actualmente una realidad. Una realidad nacida en el siglo XX, hija de otros preceptos, hija además del crisol generado por aquellos orientales y estos inmigrantes, condimentados en los primeros años del autonominado batllismo. La caprichosa —en muchos casos— línea de tiempo directa entre aquellos orientales y estos uruguayos es una creación ficticia, una modelo para armar sostenido sobre bases extremadamente románticas.

En definitiva, ¿qué es Uruguay? Una realidad político-administrativa sostenida sobre algunas débiles bases, pero sobre todo sobre algunas falacias que el tiempo ha enraizado.

Uruguay es lo que se define, pero también la mano que lo define.

29 «¡Artigas quiso ser argentino y no lo dejamos, carajo!». Cristina Fernández, 2013, Paraná, Entre Ríos.
30 Javier Ricca: «Banda oriental del río Paraná», en *Las instrucciones del año XIII*, separata de la revista *Caras y Caretas*, n.° 606, mayo 2013, p. 4 a 10.
31 Ibídem, p. 4.
32 Lucía Sala de Touron: *José Gervasio Artigas. Obra Selecta,* Fundación Biblioteca Ayacucho, 2000, p. 35.
33 Norberto Galasso: *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, Colihue, 2000, p. 310.
34 *Boletín Histórico*, n.º 80-83,1950, p. 79.
35 Javier Ricca: «Banda oriental del río Paraná», en *Las instrucciones del año XIII*, separata de la revista *Caras y Caretas*, n.° 606, mayo 2013, p. 10.
36 Lincoln Maiztegui Casas: *Orientales*, Montevideo: Planeta, 2007, p. 259.

MEMORIAS DEL OLVIDO

Cerrar de vez en cuando las puertas y ventanas de la conciencia; no ser molestados por el ruido y la lucha con que nuestro mundo subterráneo de órganos serviciales trabaja oponiendo y conciliando dichos órganos; un poco de silencio, un poco de tabula rasa de la conciencia, a fin de que de nuevo haya sitio para lo nuevo... —esta es la utilidad de la activa, como hemos dicho, capacidad de olvido, una guardiana de la puerta, por así decirlo, una mantenedora del orden anímico, de la tranquilidad, de la etiqueta: con lo cual resulta visible en seguida que sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna jovialidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ningún presente.

Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*

El epígrafe con el que se abre este capítulo evidentemente está maridado con la historia y la capacidad de recordar, pero sobre todo de olvidar, como causa primera de la historia misma. Es decir, de la priorización, el subrayado, en definitiva, la memoria. Nadie puede (ni debe) recordar todo, ya nos dejó sobre aviso Jorge Luis Borges con su maravilloso cuento «Funes el memorioso». Para Nietzsche como para Borges olvidar es parte de recordar, pues como bien marca el gran filósofo alemán, «sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna jovialidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ningún presente», en definitiva, no existiría la historia.

El «Evangelio de San Juan», en el último párrafo, versículo 25 declara: «Y hay también muchas otras cosas que Jesús hizo, que si se escribieran en detalle, pienso que ni aun el mundo mismo podría contener los libros que se escribirían»[37]. Quitándole el halo sagrado que puede tener para algún lector esta cita, es en esencia una muestra de que debemos elegir, escoger y sobre todo olvidar. Borges lo define con meridiana claridad cuando nos cuenta la historia de Funes:

> Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos.

Paul Ricoeur caminando el mismo sendero desecha «el espectro de una memoria que no olvide nada; incluso la consideramos monstruosa»[38].

Por lo tanto, memoria y olvido son dos caras de una misma moneda, en la que la construcción de la identidad está marcada por lo que recordamos, pero también por lo que olvidamos. La pregunta es qué olvidamos y por qué. Qué intereses duermen detrás de esos olvidos o de esos recuerdos recurrentes que nos hacen felices, quizás al caro precio de la mentira.

Los mitos al revés o los «mitos malditos»[39], como lo define con

elegancia Guillermo Vázquez Franco en su removedor libro *La Historia y sus mitos*. Vázquez Franco inicia su viaje haciendo una disquisición importante entre los «mitos eximios» y los que él denomina «malditos». Obviamente dentro de los eximios están los postulados de la historia oficial, los mitos determinantes, la espina dorsal de nuestra identidad: Artigas en primer lugar («cabeza de serie») y todos los mitos accesorios del caudillo (Instrucciones de 1813, Reglamento de tierras, Congreso de Abril, entre otros), el 25 de agosto (la independencia), los treinta y tres orientales, Constitución de 1830, entre una larga lista (revolución, federación, constitución…). Dentro de los malditos, los ominosos olvidos de nuestros programas de estudio, Vázquez es contundente:

> Entre los mitos malditos es fácil ubicar el Congreso Cisplatino, algo así como la inoportuna voz de la conciencia; el Congreso de Capilla Maciel, un mito al revés; la pérfida oligarquía (oriental pero preferentemente porteña); el egoísta unitarismo y los aviesos planes monárquicos, el Pacto de Pilar, Ramírez y su infaltable traición; el libelo de Cavia; la leyenda negra; Berra en el índex y otros que seguramente escapan a esta lista que no pretende ser un inventario completo.[40]

La función de estos —para el autor— es la de resaltar a los otros. Estos mitos al revés, estos olvidos selectivos no solo son craneados intentos de torcer la historia a sabiendas, sino también muchos de ellos representan trozos de la historia que no entran en el discurso, en la línea de tiempo enquistada en las entrañas de esa memoria colectiva estancada. Por lo tanto, son olvidados por necesidad, porque no cumplen con los requerimientos de los dictámenes (como sostenía Real de Azúa) y solo son llevados a la papelera de reciclaje de la memoria. Allí donde descansan los hechos que queremos olvidar o aquellos que nos avergüenzan (pienso en la Guerra de la Triple Alianza) o nos obligan a repensarnos. Algunos pocos ejemplos serán suficientes en esta instancia preliminar.

¿Acaso Montevideo no fue fundada por portugueses? Parecería que hemos sepultado en general ese hecho, tras una pila de mitos

halagüeños, con Bruno Mauricio de Zabala como protagonista casi único. Fueron justamente los portugueses quienes iniciaron la fundación de la ciudad, intentado primerear a los españoles de la misma forma que ya lo habían hecho en enero de 1680, fundando Nova Santísima Colonia do Sacramento.

El mismo Zabala cuenta en su diario cómo Pedro Gronardo, práctico del Río de la Plata, le anoticiaba sobre la llegada lusitana.

> […] el Día primero de diciembre del año 1723 me dio noticia el Capitán Pedro Gronardo Practico del Río de la Plata, de que habiendo llegado a la ensenada de Montevideo con motivo de conducir un Navío del Asiento de Negros que volvía a Inglaterra, había hallado en ellas uno de Guerra de 50 cañones Portugués, con otros tres más chicos, mandados por D. Manuel de Noroña, y en tierra diez y ocho toldos hasta 300 hombres, que se fortificaban y que le habían dicho venían á apoderarse, y establecerse en aquel puerto…

Tras estas terribles noticias, Zabala decidió recuperar la plaza y se preparó para atacarlos en la bahía. Al llegar solo quedaba una esquela que decía «á vista de los Aparatos con que intentaba atacarle se retiraba abandonando el puesto…». Aquello fue el 20 de enero de 1724 y fue el inicio del mitificado proceso fundacional de San Felipe y Santiago de Montevideo. Hubo también tiempo para un enfrentamiento entre las dos potencias de la península ibérica, hijo de la incomunicación de aquellos tiempos y que culminó con una dulce resolución. El día 24 de febrero de 1724, llegó a la bahía un barco portugués bautizado como la *Santa Catalina*, de treinta y dos cañones y ciento treinta hombres. Llegaba —obviamente ignorando la huida lusitana— a engrosar la guarnición portuguesa. Breve fue la contienda y extraña la reconciliación. Después del apresamiento de cinco soldados portugueses, estos fueron liberados ante un oficial lusitano que obsequió a Zabala tarros de dulce. A su vez, este entregó comestibles al oficial.

¿Acaso no ocultamos los primeros estallidos revolucionarios de este

lado del río justamente porque no estuvo Artigas en ellos?

Cuando estalló la revolución el 25 de mayo de 1810, declarando la Junta Grande, el Gobierno de Montevideo, que ya había tenido problemas con Buenos Aires en más de una ocasión, se niega a reconocerla y jura fidelidad al Consejo de Regencia, instaurado en España. Bastión españolista, siempre listo a dar batalla. En sintonía con los hechos, el Consejo de Regencia designa a Francisco Xavier de Elío como virrey de las Provincias del Río de la Plata, por Real Orden, fechada el 10 de agosto de 1810. Llegaba temprano a la mañana, en el navío *Ifigenia*, el 12 de enero de 1811, el novel virrey a Montevideo, pues no podía hacerlo a la capital que lo había rechazado. Presto Elío declara rebelde y revolucionario al «… tiránico gobierno de Buenos Aires». No quedó más remedio que declararle la guerra a los «… traidores y rebeldes a su Rey y a la Patria». El bando data del 12 de febrero de 1811, tres días antes de la deserción de José Artigas en Colonia. Elío se vuelve más autoritario, pues debe enfrentar también angustias económicas del erario público. De este modo, aumenta los impuestos tanto a los vecinos como a las actividades comerciales. Aprieta pero no ahorca… aunque sofoca a la paisanada. Los obliga a alojar a las tropas y, por si fuera poco, mantenerlas mientras pernoctaran allí. Las protestas no tardaron. En este mismo año, Montevideo se divide en dos partidos bien definidos. Por un lado, el partido conservador, representado por el capitán de fragatas José María de Salazar, del cuerpo de marines. Integrado por barraqueros y acopiadores, como los Magariños, Vilardebó, Batlle y Carreó y otros. Eran realistas hasta la médula. El otro bando, el partido revolucionario, que tiene como estandarte al jefe del cuerpo de voluntarios del Río de la Plata, Prudencio Murguiondo, y a Juan Balbín, integrado por un núcleo de abogados criollos, clérigos, saladeristas, así por ejemplo Nicolás de Herrera, José Lucas Obes, José Manuel Pérez Castellano, José Ortiz, Fray Benito Lamas, hombres de negocios como Juan Trápani o Antonio Pereira, además de algunos militares criollos como el mismo Balbín, entre otros. Detrás de los conjurados estaba nada menos que Pedro Feliciano Sainz de Cavia, escribano del Cabildo y más adelante creador del paradigmático Libelo de Cavia, base de la leyenda negra antiartiguista. Estos hombres eran

juntistas, réplica natural de la Junta de Mayo, instaurada en Buenos Aires. El primer enfrentamiento se da el 11 de julio de 1810, entre estos partidos de Montevideo que chocan entre sí en batalla. La rebelión esperó agazapada en la Ciudadela, pero la derrota fue rápida. El saldo final del enfrentamiento fue el triunfo de los conservadores de Salazar, la acusación a Murguiondo de «conato de motín» y simpatía con el movimiento juntista y la expulsión inmediata de los revolucionarios de la plaza. Dos datos interesantes, por un lado, Artigas no está ni por asomo en este levantamiento (de hecho era un disciplinado soldado español) y, por otro, muchos de los nombres que despuntan en este connato de motín serán grandes enemigos de Artigas y por ende enemigos de la historia oficial.

El siguiente episodio tampoco tiene a Artigas como protagonista. Ante esta realidad, el 28 de febrero de 1811 la campaña se levanta contra la autoridad española, este levantamiento dista trece días del ofrecimiento de José Artigas a la Junta de Buenos Aires de «llevar el estandarte de la libertad hasta los mismos muros de Montevideo». O sea, no está. Esto sucedía a principios de 1811 y, de aquí en adelante, la revolución comenzaría a gestarse en estas márgenes del Plata. Hacendados, aparceros, arrendatarios, paisanos, peones, curas patriotas, los temidos «hombres sueltos», negros y hasta indios formaban este conjunto de hombres. «No eran los paisanos sueltos, los solos que se movían: vecinos establecidos, poseedores de buena suerte y de todas las comodidades eran los que se convertían repentinamente en soldados, abandonándolo todo», dirá el caudillo orgulloso de estos hombres. La palabra *guerra* nunca había sido empleada en Montevideo, que a esa fecha tenía poco más de ochenta años de creada y solo conocía operaciones policiales contra los indios y unos combates breves levemente cruentos cuando las invasiones inglesas. Los paisanos, habitantes de un territorio casi desierto y bárbaro, reaccionaron sin miedo, se diría con alegría, y de pronto atacaron a las autoridades nombradas por los mandones de Montevideo en las poblaciones del interior.

El llamado Grito de Asencio fue una prueba que puso de manifiesto la anarquía de nuestra campaña. Las autoridades del Imperio español no

llegaban a tener poder policial, los gobernadores de pueblos y villas estaban indefensos. Un grupo encabezado por Pedro Viera y Venancio Benavidez, que no llegaba a cincuenta paisanos, se organizó frente a Capilla Nueva (Mercedes) y tomó el poblado sin disparar un tiro. De ahí salió Benavidez con sus paisanos y en un paseo tomó Soriano, el Colla y San José, sin que hubiera muertos o heridos, aunque hubo robos y otros desórdenes a cargo de los sublevados. Todo sucedió, pero quedó sepultado bajo la entronización del artiguismo.

¿Acaso no forma parte del ostracismo histórico uno de los episodios más revulsivos de la revolución: villa Purificación? ¿Acaso Purificación no fue una cárcel donde se mandaba a los enemigos de la revolución? Donde se fusiló a un par y se condenó a trabajos forzados a otros. De hecho la villa era un campo de prisioneros.

¿Acaso no colocamos a José Artigas como un héroe nacional cuando fue quizás el más radical referente de la unión? O, ¿acaso no negamos casi de forma enfermiza las raíces de Artigas?

¿El artiguismo fue derrotado? Parecería que no, pues en términos generales la historia oficial pasa de la Revolución oriental a la Cruzada libertadora, olvidando por algún decreto de mármol los tiempos de la cisplatina.

¿Acaso no pertenecimos justamente a Portugal y a Brasil tras el Grito de Ipiranga? Parecería que en ninguna escuela o liceo del país se han enterado. Tras la derrota artiguista en manos de los portugueses capitaneados por Carlos Federico Lecor, el territorio de la Banda Oriental pasó a llamarse Provincia Cisplatina y a formar orgullosa parte del Reino de Portugal, Brasil y Algarve. Se izaba en las plazas una bandera de color verde y blanco y se juraba lealtad al rey Juan VI, el padre de Pedro, quien tras el Grito de Ipiranga el 7 de setiembre de 1822 será el soberano de estas tierras. Nada menos que los orientales decidieron en un congreso unirse a este Imperio y las razones que esgrimieron fueron de gran pragmatismo. Un detalle no menor es que quienes formaron parte del Congreso Cisplatino —según la mayoría de los historiadores— estaban digitados por Lecor, el jefe lusitano. Parecería un detalle menor, dado que esos mismos historiadores

aceptan como altamente válidos los congresos artiguistas, sobre todo el Congreso de las Tres Cruces, que claramente estaba formado por hacendados. Pero en estos menesteres es casi imposible discutir, dado que todo lo realizado por Artigas está esencialmente santificado (volveremos sobre ese punto más adelante). De este modo el Congreso Cisplatino de 1821 es tomado como nulo o quitado por la fuerza. En este sentido es que la declaración de las tres leyes fundamentales de 1825 lo establece:

> Declara írritos, nulos, disueltos y de ningún valor para siempre, todos los actos de incorporación, reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados á los pueblos de la Provincia Oriental, por la violencia de la fuerza unida á la perfidia de los intrusos poderes de Portugal y el Brasil que la han tiranizado, hollado y usurpado sus inalienables derechos, y sujetándole al yugo de un absoluto despotismo desde el año de 1817 hasta el presente de 1825.

Más allá de esta declaración, evidentemente en búsqueda de la desanexión de esa corona y la unión a las Provincias Unidas, el Congreso Cisplatino desnuda un ominoso olvido en la historia patria. El día que los orientales quisimos ser norteños. Asistieron a aquel congreso entre el 15 y el 31 de julio personajes connotados, relacionados con el artiguismo muchos de ellos. Se eligieron 18 representantes, por ejemplo, Dámaso Antonio Larrañaga, Fructuoso Rivera, Tomás García de Zúñiga, Juan José Durán, Alejandro Chucarro, Jerónimo Pio Bianchi, entre muchos otros. Lo abrió el presidente, Juan José Durán, planteando la disyuntiva:

> Si según el presente estado de las circunstancias del país, convendría la incorporación de esta provincia a la monarquía portuguesa y sobre qué bases o condiciones; o si, por el contrario, le serpia más ventajosa constituirse independiente o unirse a cualquier otro gobierno, evacuando el territorio las tropas de Su Majestad Fidelísima.

Los tres oradores fueron contundentes y opinaron lo mismo:

> Hacer de esta Provincia un Estado es una cosa que parece imposible en lo político por falta de medios para sostener su independencia y gobernarse en orden y sosiego; por consiguiente, debía formar parte de otro Estado. Descartados Buenos Aires, el Entre Ríos y España por diversas razones, no queda otro recurso que la incorporación a la monarquía portuguesa bajo una Constitución liberal, lo que libraría a la Provincia de la anarquía. [Jerónimo Pio Bianchi]

Francisco Llambí opinó algo similar: «Nuestro país está en poder de las tropas portuguesas, nosotros no podemos ni tenemos medios para evitarlo». ¿Acaso Dámaso Antonio Larrañaga también votó en favor de unirse al Imperio de Portugal, Brasil y Algarve? Larrañaga, primer naturalista de estas tierras, fundador de la primera biblioteca pública en 1816, secretario de Artigas, opina de forma similar a la de sus compañeros. Tal vez cansado de tanta revolución decide transar con los portugueses:

> El dulce nombre de la Patria debe enternecernos; pero el patriota no es aquel que invoca su nombre sino el que aspira a librarla de los males que la amenazan. Hemos visto invocado este sagrado nombre por diferentes facciones que han destruido y aniquilado al país; después de diez años de revolución estamos muy distantes del punto céntrico de que hemos salido. A nosotros nos toca ahora conservar los restos de ese aniquilamiento casi general; si lo consiguiésemos, seremos unos verdaderos patriotas.

Melancolía y realismo en las palabras del presbítero que finalmente votaba la anexión. Igualmente, la historiografía clásica los tipifica como entreguistas (en contraposición a los patriotas) en ese maniqueísmo providencial romántico. Al olvido se le suma la subjetivación malintencionada.

Un detalle menor pero altamente simbólico sucedió tras la final anexión de la Provincia Cisplatina. Se cuenta que Lecor, en medio de las festividades por la anexión —el 5 de agosto—, ató cintas celestes

en los vestidos de las damas, lo que fue imitado por el resto de los invitados. A partir de ahí el color celeste aparecerá en la enseña provincial que anexará la escarapela celeste a los demás blasones lusitanos. No existe empero una relación directa —que podamos probar— entre el celeste de nuestra camiseta y este episodio, pero sirve para reflexionar.

¿Acaso la Provincia Cisplatina no le entregó medio Uruguay a Portugal en el Tratado de la Farola a cambio de un faro? Aquel documento lo firmó nada menos que Juan Francisco Giró, quien fue presidente en 1851 tras la Guerra Grande y justamente sindicado por un extranjero como el presidente más pobre del mundo. Más atrás también se encontraba, en conversaciones secretas con Lecor, nada menos que Lucas Obes.

Por este tratado, firmado el 30 de enero de 1819, Portugal se comprometía a construir un faro en la Isla de Flores y mantenerlo, mientras que a cambio se le otorgaban nuevos límites a Portugal: «Una legua al SE del Fuerte de Santa Teresa, en la margen occidental de la laguna Merín y siguiendo en dirección NO hasta la desembocadura del Arapey en el río Uruguay». O sea que se entregaba un territorio similar a la mitad del actual Uruguay. Lecor impuso su parecer —la necesidad de un faro— dados dos naufragios de dos sumacas que tuvieron como desenlace más de cincuenta muertos, la *Juana* y la *Piñao*. Más allá de que este tratado no fue ratificado, es parte fundamental de una atmósfera mental de aquella provincia que parece sepultada en el olvido, como una especie de Edad Media entre el artiguismo y la Cruzada libertadora.

¿Acaso no escondemos las tres leyes fundamentales y solo apuntalamos la primera? Cada 25 de agosto —por ley— es un feriado bautizado como Declaratoria de la Independencia. Una falacia simpática, si no fuera porque ha calado tan hondo en nuestra memoria colectiva que ya ni siquiera nos lo preguntamos. Y más allá de que la academia en su persistente mesianismo direccione sus debates hacia los regionalismos y otras formas de territorialismo, la memoria colectiva sigue alimentando mitos redituables.

Gran parte de la historiografía clásica (sobre todo en clave blanca) tiene como punto de inflexión la primera ley de aquel 25 de agosto. Recordemos que fueron tres y que cada una era una parte de un todo, no funcionan separadas sino en conjunción. La de independencia rompe las uniones con Portugal y Brasil —declarando «írritos, nulos y disueltos» esos lazos. La de unión —«… en plenitud de sus derechos»— une a la Provincia Oriental del Río de la Plata con las demás provincias «de ese nombre». En pocas y meridianamente claras palabras, «… su voto general, constante, solemne y decidido es y debe ser por la unión con las demás Provincias Argentinas, á que siempre perteneció por los vínculos más sagrado que el mundo conoce». Y la de pabellón, declarando un pabellón que en todo caso sería un provincial, hasta que «… se enarbole el reconocido por el de las Unidas del Río de la Plata, a que pertenece». Es clara la intención de generar un mito fundacional altamente amable, necesario quizás en otros tiempos, pero absolutamente innecesario para estos.

¿Acaso la creación del Uruguay no está íntimamente ligada a un arreglo entre Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera un mes antes de la jura, denominado «La transacción de los Generales»? ¿Qué desnuda este arreglo más que la debilidad de un territorio abandonado al mal humor de los caudillos?

Tras la Convención Preliminar de Paz nacía un nuevo Estado, bajo la supervisión de la monarquía brasileña y el Gobierno de las Provincias Unidas y santificado por Su Majestad Británica. Todavía innombrado, el nuevo Estado se organizó entre 1828 y 1830, hasta que se juró la primera Constitución el 18 de julio.

En este ambiente es que los dos caudillos principales de aquellos tiempos se jugaban el destino de este nuevo país. José Rondeau fue el primer gobernador provisorio en el interregno 1828-1830, pero rápidamente debió renunciar y se colocó a Juan Antonio Lavalleja en su lugar. Esto generó la ira de Rivera, quien supuestamente apoyaba a Rondeau. Los riveristas y los lavallejistas en pie de guerra en un país aún no establecido. Debían negociar. Ambos caudillos se cartearon varias veces, en busca de un acercamiento. Lavalleja escribía desde su

quinta a don Frutos, lo invitaba a su estancia y con esperanza creía que «… allí nos compondremos los dos, en el concepto que no necesitamos de nadie, nadie absolutamente, porque mi querido, no necesito ser Doctor para saber lo que es la Patria». Eran dos caudillos, dos compadres y debían arreglarse frente a frente.

El día señalado era el 14 de junio al mediodía. Prestos se encontraban Lavalleja y sus hombres, esperando a Rivera. Pasaba el tiempo y en el horizonte no se veía más que tierra y silencio. Seguían corriendo las horas, Lavalleja miraba a sus hombres y se acomodaba el pañuelo. De tanto en tanto se ponía el sombrero y atinaba a salir al galope, porque Juan Antonio era hombre de sangre, de temperamento recio; pero cavilaba… era demasiado lo que estaba en juego. Seguían pasando los minutos y la ira del gobernador provisorio se vislumbraba en sus ojos, nadie le mencionaba la tardanza, no querían hacerlo enfurecer. Luis Godefroy, uno de los suyos, le hablaba rápido, como queriendo hacerlo olvidar de la espera. Cuando cayó el sol, estalló don Juan Antonio, pensó, montó y arrancó sin decir nada. Cuando estaba a cuatro cuadras, un galope sostenido llenó de polvo el horizonte y apareció don Frutos. Le gritó a su compadre, pero ya era tarde, Lavalleja estaba muy molesto y siguió la marcha. La reunión quedó para el otro día, pero Lavalleja no concurriría, arguyendo sentirse enfermo. Finalmente, el 18 de junio el gobernador firmó la Convención en Montevideo.

Por tanto, ambos caudillos lograron transar el primer pacto entre jefes de tantos que habrá, abría un nuevo capítulo y desnudaba las flaquezas del nonato país: la lucha entre caudillos y las camarillas que los rodean, las alineaciones naturales detrás de cada bando, la necesidad de moverse en el entorno regional y las caras intervenciones extranjeras. Esas flaquezas nos perseguirán durante un largo puñado de años. Un pacto entre caudillos, marca registrada en el futuro del país, tantas veces imperioso para la continuidad soberana. Una transacción de los generales, exactamente un mes antes de la jura, el 18 de junio de 1830.

¿Acaso no es importante que Luis Lamas fue presidente del Uruguay por un período menor a dos meses, al mismo tiempo que Manuel

Bustamante también lo era? ¿Qué marcó aquel episodio de descontrol institucional?

¿Dónde estaban los pobres durante la modernización? O más ampliamente, ¿dónde estaban los pobres en toda la historia del Uruguay? ¿Qué papel le cabe a Latorre en nuestra historia?

¿Acaso no es importante cómo se desató la madeja de los herreristas en 1898 tras la muerte del presidente Idiarte Borda? ¿Acaso la bala que mató a Idiarte Borda aquel 25 de agosto de 1897 estaba defectuosa y por eso Arredondo terminó purgando tan solo cinco años de prisión por un magnicidio? ¿Estuvo Batlle detrás de ese asesinato? ¿Estuvo detrás del intento de magnicidio a Máximo Santos? ¿Ajustició premeditadamente en un duelo a Washington Beltrán? ¿Quién era en realidad José Batlle y Ordóñez? ¿Acaso la masonería no ha jugado un papel fundamental en infinidad de tramas en la historia nacional?

Esto y mucho más forma parte del entramado de nuestra historia, una historia completa y compleja en la que vamos encontrando los recónditos rincones del ser uruguayo, su formación y su éxtasis. Mitos que engullimos y que en definitiva nos fagocitan a nosotros mismos, a esa historia popular que pulula en las esquinas, los boliches y las escuelas. Fagocita la capacidad de razonar y reflexionar, convirtiéndonos en una especie de zombi que defiende con uñas y dientes esa romántica, edulcorada y morigerada línea de tiempo de su país y ataca —sin remordimiento— a quien intente un discurso alterno.

37 Juan, 21:25.

38 Paul Ricoeur: *La memoria, la historia, el olvido*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2000,p. 532.

39 Guillermo Vázquez Franco: *La Historia y sus mitos*, Montevideo: Cal y Canto, 1988.

40 Ibídem, p. 11.

EL PADRE NUESTRO ARTIGAS

> Los dos, usted y yo, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras y las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores como Artigas, a quienes hemos enterrado históricamente.
>
> **Bartolomé Mitre a Vicente Fidel López**

Pasemos al caso de José Artigas, paradigmático y quizás uno de los más enraizados en la historia oficial. La historia oficial marca la agenda de temas y la línea de tiempo, sobre todo la santificación de algunas figuras y, en el caso de Artigas, la elevación al nivel de deidad. Parecería un exceso el término anteriormente utilizado, pero si nos llevamos por el himno oficial de nuestro caudillo, allí encontraremos la definición que no nos deja mentir.

El camino historiográfico de la figura de Artigas es paradigmático dentro de la construcción del discurso oficial. El caudillo pasó en cuestión de pocos años de bandolero, contrabandista, montaraz y anárquico a padre orgulloso de un pequeño país. Observándolo en perspectiva es esencialmente una forma siniestra de torcer la realidad, los hechos y las interpretaciones para que uno de los caudillos más regionales de la revolución hispanoamericana aparezca por arte de magia (la magia de las palabras) como el adalid de una nación y de un

país que nunca soñó. El derrotero del personaje (recordemos y tengamos bien a cuenta que las críticas son al discurso, a las interpretaciones, no al personaje) dentro de la historiografía ha sido harto estudiado. Pivel Devoto ha marcado el pasaje (que él mismo sublimará) como «de la leyenda negra al culto artiguista», y cómo esta figura ha pasado por un proceso de enemigo a padre de un joven y orgulloso país.

El derrotero del caudillo oriental podemos ordenarlo (con las limitaciones naturales a los compartimentos) en cuatro momentos —más o menos claros— a lo largo de la historiografía vernácula, siempre subiéndonos a los hombros de otros pensadores. En primera instancia la leyenda negra, en la que los conflictos intestinos todavía nublaban la memoria del viejo caudillo oriental.

Existen, empero, de aquella leyenda negra persistente durante muchos años algunas continuidades urticantes que supimos —a fuerza de los mitos— silenciar efectivamente. Pensemos en el himno nacional de nuestro país, elevado por ley a símbolo patrio. La letra del himno, compuesta por Francisco Acuña de Figueroa, no hace mención en ninguna parte al Uruguay o a los uruguayos. El poema de Acuña de Figueroa fue decretado como himno el 8 de julio de 1833 y hasta modificado por el autor en 1845. El Uruguay ya existía, aunque a la luz de los acontecimientos no era más que una palabra ampulosa en los labios de algún doctor. Blancos y colorados luchaban ya la guerra más larga en este territorio, la Guerra Grande (1839-1851). Pero lo más interesante es la alusión directa al jefe de los orientales que deja patente el poeta en una estrofa, de esas que no cantamos. Recordemos que legalmente solo se interpreta una estrofa del largo poema. La octava estrofa deja clara la opinión del autor sobre el jefe de los orientales, que todavía estaba con vida envejeciendo en Paraguay.

> Si á los pueblos un bárbaro agita,
> Removiendo su extinto furor,
> Fratricida discordia evitemos,
> ¡Diez mil tumbas recuerdan su horror!
> Tempestades el Cielo fulmina,

Maldiciones desciendan sobre él,
Y los libres adoren triunfante
de las leyes el rico joyel

¿Quién era aquel «bárbaro» al que desea que «maldiciones desciendan sobre él»? Una prueba irrefutable de que el Uruguay no es más que un error de cálculo en la ecuación del artiguismo. Recordemos que Acuña de Figueroa se encontraba dentro de Montevideo cuando las fuerzas artiguistas sitiaron la ciudad. Nacido en Montevideo en 1791, Acuña estudió en el mismo convento que Artigas —Convento de San Bernardino— y culminó sus estudios en Buenos Aires. Cuando estalla la revolución a partir de 1811, Acuña se mantuvo siempre fiel a los gobiernos coloniales. Ante la caída de Montevideo Acuña de Figueroa parte hacia Río de Janeiro, donde fue ungido como diplomático ante España. Recién volvió tras la caída de la ciudad ante los portugueses —en plena decadencia del artiguismo—, consiguiendo el cargo que su padre supo tener (tesorero del Estado). Pero el suceso que marca cierto protagonismo en aquellos tiempos y más aún una postura política con respecto al fenómeno del artiguismo es el *Diario Histórico del Sitio de Montevideo*[41]. El libro se inicia en octubre de 1812 y se prolonga hasta junio de 1814, narrando en verso los avatares del sitio de los artiguistas a la ciudad. Para el poeta «los otros» eran aquellos que blandían espadas fuera de la ciudad y la sitiaban, aunque el autor hace alardes de imparcial dentro de la misma. En su edición de 1890, en el contexto de la publicación de las obras completas de Acuña de Figueroa, se agrega una introducción escrita por el poeta en 1844, a treinta años del libro:

> A los Lectores del Diario histórico del sitio de Montevideo. Esta obra, escrita en presencia y en la actualidad misma de los sucesos, en forma de crónica, es más que poética histórica.

Más adelante sostiene:

> Así en mi libro los del bando patriota, y los del realista, tienen interesantes memorias, personales o de familia y

> más imparcial mi desgreñada musa, que las Deidades del Olimpo de la Guerra Troyana, se colocó en una posición independiente, para repartir coronas a cada mérito, a cada acción esforzada de unos y otros campeones…[42]

Así se inicia la edición revisada del *Diario* de Acuña, pero las palabras son cristalinas al inicio de los versos en el exordio preliminar:

> Revolución infausta, impía guerra,
> Aborto del error y el patriotismo.
> Que entre pueblos hermanos difundiste
> De implacable venganza el incentivo.
> Ya en mi infelice Patria, terroroso
> Tu furor estalló…Se oyen los gritos
> De venganza, y los ayes que entre horrores
> Forman de tu armonía el eco digno…[43]

Pero más allá de los avatares de este representante del patriciado uruguayo, como lo configurara Carlos Real de Azúa[44] (aparece en la tercera generación del mismo), más allá de su filiación antiartiguista militante, hace las veces de poeta de la patria e interpretamos su himno antiartiguista con amor de patria. Si repasamos su vida, son claras su filiación y sus intenciones. Apoyó desde el primer momento la causa realista, primero a Francisco Xavier de Elío y luego a Gaspar de Vigodet. Tras la caída de Montevideo en manos de los revolucionarios parte hacia la corte portuguesa en Río de Janeiro donde se desempeñó en varias funciones, algunas de ellas en España. Vuelve recién tras la caída de la ciudad en manos lusitanas y con el artiguismo en sus últimos estertores, de rodillas, ya casi vencido. De esta forma se acopla a la Provincia Cisplatina y su condición de masón no hizo más que facilitarle la existencia en aquel Montevideo proportugués. Debemos admitir que no es para nada un juicio de valor al derrotero de vida del poeta, sino más bien una crítica a la historia acomodaticia —excesivamente romántica— que lo colocó en el panteón de los héroes poetas del Uruguay. Si hay algo que la historia no debería hacer es juzgar, mas la historiografía puede analizar y

justamente aprovechar los problemas de la historia para echárselos en cara de vez en cuando. Pero más allá de las filiaciones políticas del poeta, los uruguayos seguimos entonando el himno que tanto denigra al supuesto héroe indiscutible de la nación. Quizás Acuña de Figueroa sonríe socarronamente cada vez que entonamos las estrofas del himno nacional, pues escondió allí su crítica inalterable al fenómeno liderado por el caudillo de Montevideo.

Todos estos datos no son menores, dado que marcan la impronta de la época, en la que justamente el artiguismo era quitado de la historia por improcedente. Pensemos que este mismo poeta —que reniega contra el artiguismo— fue quien escribió un poema fúnebre, de recuerdo y evocación para Bernabé Rivera. Tras la muerte de Bernabé en manos de un grupo de indígenas —la mayoría sobrevivientes de la matanza de Salsipuedes—, su cadáver fue encontrado con signos de tortura y violencia. El episodio de Yacaré Cururú selló la suerte del sobrino del presidente, quien había sido enviado a terminar con los indígenas en una «operación de limpieza». Aquello sucedió en junio de 1832, cuando el cacique Polidoro debió decidir sobre su suerte tras las matanzas que Bernabé había llevado a cabo. Fue torturado y hasta se le quitaron los tendones, que fueron utilizados para tensar los arcos, mientras observaba la ceremonia de sangre. Eran muchas las cuentas que tenía que pagar según los indios. Pero más allá de estas historias, muchas de ellas sostenidas más sobre memorias de segunda o tercera mano, aquel personaje representa un episodio que la historiografía nacional ha ido relegando a un sitio de olvido. Más allá de que en 1956 las autoridades renombraron al pueblo de Yacaré como Bernabé Rivera, justamente por el sitio en que murió el oficial uruguayo. Bernabé representa un héroe para una historiografía arcaica y demodé, pero que ha alimentado altamente el sentir popular en muchas ocasiones. El episodio de Salsipuedes y todo lo que trae emparentado ha sido llevado —al igual que Bernabé— a la dimensión del olvido, justamente para no generar ese conflicto. En tiempos de leyenda negra, Francisco Acuña de Figueroa criticaba ferozmente a Artigas y endiosaba a Bernabé Rivera escribiéndole un poema mortuorio, una especie de réquiem:

Admirado el oído extranjero
Tus hazañas también escuchó,
Y de un polo hasta el otro del mundo
¡Bernabé! ¡Bernabé!—resonó.
¡Bernabé! Ya tu brazo terrible
De la Estigia las aguas pasó.
Ya no existe tu brazo invencible,
Solo llanto nos queda y dolor.

Bernabé era el héroe y José Artigas el bárbaro anárquico que la historiografía argentina pregonaba. Ese es el efecto de esa leyenda negra que, tras muchos años de campear sobre nuestros pensadores, dejó paso a una leyenda diametralmente opuesta.

Una leyenda dorada (o de bronce) siguió a partir de fines del siglo XIX y principios del XX, en la que el romanticismo secuestró para siempre al personaje. A mediados del siglo XX encontramos una serie de historiadores que comienzan a analizar más críticamente al personaje, pero aunque matizan muchísimos aspectos, siguen alimentándose de aquella idea suprema del héroe infausto. Pivel Devoto lo comprende a su manera y lo bautiza como el culto artiguista[45]. Ese culto será tan poderoso, sus tentáculos llegarán tan lejos que hoy en día sigue fundamentando muchos de los análisis sobre el personaje. Reflexiona José Pedro Barrán:

> Tómese un texto escolar, desde el inefable utilizado durante la dictadura hasta el muy bien estructurado de Alfredo Traversoni, léase otro nivel universitario, como el magnífico *Ciclo artiguista* de W. Reyes Abadie, Bruschera y Melogno; compáreseles con alguna obra de investigación, la de Eugenio Petit Muñoz, por ejemplo, y se hallará una coincidencia sorprendente: La Revolución oriental es Artigas. En algunos de esos libros se llega incluso a asignar mayor número de páginas a los antecedentes familiares y la juventud del héroe, que a la consideración del período en que fuimos Provincia Cisplatina, cuando se gestó la otra

> Revolución, la de 1825, al fin y al cabo, triunfante, la modeladora política del Uruguay actual.[46]

«La revolución es Artigas» es la mejor definición para delimitar el síndrome de nuestra historia vernácula. Para el grueso de la historiografía Artigas es un héroe extremadamente polifuncional, caudillo, líder, capitán, guerrero, orador, pensador (estadista), valiente y magnánimo, «conductor y conducido», prácticamente el creador de su tiempo, hasta una figura semimesiánica. Este síndrome corresponde a la leyenda dorada y es tremendamente actual. Nuevamente Barrán:

> Artigas dicta personalmente o está detrás de los que delinean el ideario político de la Revolución en el Congreso de Abril, es el primer republicano del Río de la Plata y tal vez de Hispanoamérica toda; el fundador del federalismo y creador de esa patria grande latinoamericana luego traicionada por las oligarquías criollas y los imperios de turno que comienzan con el portugués y el británico, quien propone un Estado respetuoso de los derechos individuales y alerta él, un militar, ante los desmanes de su clase. ¿Acaso ser ese Coronel por rango y General por su pueblo no proviene el «Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana», y la Instrucción más definitoria todavía: «El despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos»?[47]

Y cuando los hechos no cuadran con su protagonismo, la historiografía inventa un nexo, un hilo conductor entre el episodio y el héroe. En el Grito de Asencio o Admirable Alarma (como el mismo Artigas lo bautizó) no encontramos por ningún lado al prócer. En el primer episodio revolucionario en la campaña, en la génesis no encontramos al caudillo. Pues una porción de la historiografía patria ha encontrado la manera de emparentarlo al movimiento, pues en ese connato de motín había un oficial blandengue que estuvo a las órdenes de Artigas. Este síndrome sería gracioso si no fuera trágico.

Este síndrome nace relacionado con el romanticismo como escuela

historiográfica justamente en estos tiempos. Thomas Carlyle, uno de los padres de la historiografía romántica, daba prioridad a los héroes y sobre todo al héroe como divinidad. Para Carlyle la primera forma de heroísmo en la historia de la humanidad es justamente la divinidad. Si bien menciona como ejemplo al mundo escandinavo y a Odín como la deidad a analizar, Carlyle tipifica ese tipo de héroe como divinidad como la primera forma de heroísmo. En este sentido rompe a los ojos en el medio de un país laico desde 1919 que la figura de nuestro máximo héroe aparezca relacionada con la religión y sobre todo presentada como una deidad.

> El Padre nuestro Artigas
> Señor de nuestra tierra
> Que como un sol llevaba
> La libertad en pos.
> Hoy es para los pueblos
> el verbo de la gloria
> para la historia un genio
> para la Patria un Dios.

Así comienza el himno a Artigas escrito por Ovidio Fernández Ríos (batllista, fue redactor del diario *El Día* y hasta director de la biblioteca Rodó) y con música del violinista mercedario Enrique Santos Retalli. El 25 de agosto de 1910 fue presentada esta obra, este himno a un prócer que se encontraba en construcción por aquellas estaciones. Una obra repleta de mesianismo y excesiva condescendencia que claramente atenta contra la laicidad de la educación vareliana, en pañales todavía por aquellos años. Hija legítima del Romanticismo del siglo XIX.

Reina Reyes sostiene que «laicidad es libertad, libertad despojada de las intenciones agresivas que frecuentemente desnaturalizan el sentido del término». Más allá de la disquisición en la que ingresa Reyes entre laicidad y laicismo, es claro que el caso de Artigas es paradigmático, pues este se convierte en un producto ideológico-discusivo. Artigas no es Artigas, sino un producto que se escogió.

Debemos esperar a los años sesenta para que emerja una leyenda roja, en la que la izquierda comienza a hacer algo que la derecha había hecho desde el primer momento: amortizar al héroe. Los años sesenta son los años del Artigas popular, del Artigas que entrega tierras, del Artigas que se relaciona con su pueblo de forma horizontal, en definitiva, el caudillo aparece como un héroe social. De ahí en más se comienza a estudiar una faceta distinta del héroe y esto es fundamental para comprenderlo en todas sus aristas. El Reglamento de tierras pasó a ser el documento paradigmático, la villa de Purificación el sitio revolucionario y Artigas fue sublimado por una nueva fuerza política. Los historiadores marxistas estudiaron el problema de la tierra y se toparon con él.

No es casualidad que el 26 de marzo de 1971 —en la explanada municipal—, en la primera manifestación de masas del recién nacido Frente Amplio, el general Líber Seregni apeló una y otra vez al caudillo. Directamente sostiene que el Frente Amplio es heredero de la tradición artiguista y agrega:

> Es por esto que el Frente Amplio no es una simple suma de partidos y de grupos; es la nueva conciencia que levantará un nuevo Uruguay. Aquí está el pueblo, que no ha perdido la fe ni en sí mismo ni en el destino del país. Nunca se abrió un cauce tan ancho para la unidad popular como en estos momentos. Nunca, salvo con Artigas. También junto a él el pueblo oriental se unió, para enfrentar a la oligarquía y al imperialismo de la época. Y hoy volvemos a lo mismo. Por eso el pueblo, por eso el Frente Amplio es el legítimo heredero de la tradición artiguista y toma sus banderas y su ideario.

El cierre del discurso, ante la ovación general, ha quedado en la memoria de muchos uruguayos:

> Padre Artigas: aquí está otra vez tu pueblo; te invoca con emoción, y con devoción y bajo tu primer bandera, rodeando tu estatua, este pueblo te dice otra vez, como en la patria vieja, padre Artigas guíanos!

Tras el advenimiento de la dictadura en los años setenta y más allá aparece una leyenda verde, relacionada íntimamente con el proceso cívico militar. La dictadura se legitimó en dos personajes, José Artigas y el coronel Lorenzo Latorre. La elevación de Artigas en nuestra historiografía no es un capricho y se explica a través de la relación entre la historia y el poder. La historia oficial argentina, golpeada en los últimos años por un revisionismo militante pero no profundo en sus temas, ha colocado a Artigas en el sitio que Domingo Faustino Sarmiento le había dado. Bartolomé Mitre, constructor del discurso oficial del otro lado del río (junto a Vicente Fidel López), coloca a Artigas en ese sitio pertrechado de aversión y clasismo.

> El Doctor Berra las pinta, llevando por séquito inseparable, el saqueo, la violación y el degüello, lo mismo en la Banda Oriental que en Río Grande, en Misiones, en Entre Ríos, en Corrientes y en Santa Fe. La devastación y la muerte eran sus únicos impulsos, sus únicos propósitos, si nos atenemos a los espantables relatos del Bosquejo. ¿Es tan perversa la naturaleza humana? ¿Tanta fue la barbarie de esa revolución que al fin quedó triunfante sobre la sociabilidad argentina?

Sarmiento en estado puro.[48]

Corría el año de 1874 y el presidente de la República Argentina era nada menos que Domingo Faustino Sarmiento. En un viaje hacia Concordia por el río Uruguay pidió que lo llevaran hasta la meseta de Artigas, y allí pronunció un discurso contra el caudillismo en el seno mismo de los viejos dominios de Artigas. Hacía casi veinticuatro años que se había apagado la llama del caudillo. Aquellas palabras fueron pronunciadas el 29 de marzo.

> No está lejos de aquí la meseta de Artigas, que como la caja de Pandora lanzó sobre los países que desde allí se descubren la hidra de la montonera y del desquicio universal. Ante el panorama magnífico que la vista abraza, el patriarca de los caudillos del degüello y de la barbarie dejóse fascinar por el genio del mal que le decía: os daré

todos estos países que véis, si me adoráis.

Es justamente ese el cristal a través del que se mirará al fenómeno artiguista en la vecina orilla y así es como será incluido en la historia y en el discurso oficial porteño. Tomemos a Vicente Fidel López, el otro generador de mitos esencialmente románticos de la historia argentina.

Artigas, según Vicente Fidel López, «bandido fuera de la ley común de las gentes, que barbarizó la guerra». López toma las características arquetípicas del gaucho esbozadas por Sarmiento en el *Facundo*[49]. Dentro de la descripción pretendidamente antropológica que hace Sarmiento retrata cuatro tipos, el rastreador, el baqueano, el gaucho malo y el cantor. Su *Facundo* condensa claramente las características de gaucho malo, pero, aunque lo emparenta con la barbarie (no puede escapar a esa tipificación), Artigas es definido como un gaucho baqueano. En el caso de López, lo tipifica de gaucho malo y lo construye desde esa perspectiva en su *Manual de la Historia Argentina*, publicado en 1896.[50]

> Fue Artigas en sus principios un muchacho indómito y vicioso de Montevideo, nacido en una familia decente y honesta, aunque de poca fortuna, que huyó muy pronto del hogar: y que vagando por la selvática y solitaria campaña en compañía de malas gentes y de vagos, á favor de un genio astuto y pérfido, de cierta iniciación primaria en letras y experiencia, logró superar entre sus compañeros habituales y hacerse jefe o caudillo de los contrabandistas que merodeaban y defraudaban al fisco colonial entre las fronteras portuguesas y campos uruguayos de la Banda Oriental, de Entrerríos y Corrientes, donde pronto adquirió un nombre temible por las fechorías y felonías de todo género con que lo repetían por esas soledades. El primer impulso de este famoso matrero fue el de campear con los realistas contra “los porteños”. A eso lo inducían los odios contrarios en su vida de contrabandista contra la Capital de donde procedían naturalmente las órdenes y las partidas policiales del fisco que lo perseguían. Le pareció además

> que haciéndose realista, en un momento en que los realistas necesitaban caudillo de esas campañas que ellos no podían dominar con sustropas, lograría hacerse necesario y obrar á su antojo como jefe supremo de las soledades donde tenía su reino. Pero como era hombre de desorden y padrino de facinerosos, muy pronto tuvo un conflicto con el brigadier español Muesas, á causa de un robo de artículos de plata que uno de sus capitanejas había perpetrado en el campamento que el dicho brigadier tenía cerca de la Colonia. Artigas se insolentó, hizo fugar al delincuente, y sabiendo que el brigadier Muesas había dado orden de prenderlo, tomó caballos con otros muchos de los suyos, y se fugó, presentándose en Buenos Aires como patriota, y pidiendo servicio en las tropas que la Junta se disponía á mandar en apoyo del comandante Benavidez.
>
> (Vicente Fidel López, *Manual de Historia Argentina*, Lección 4)

En Uruguay esta línea argumental obviamente fue rebatida, aunque no prontamente. O sea, Artigas fue un bárbaro montaraz durante muchísimos años en que la leyenda negra dirigió la historia o la protohistoria nacional. Es a partir de fines del siglo XIX que nace la apologética actual, en la necesidad de un héroe nacional, de un prócer que lograra estar por encima de las luchas fratricidas acostumbradas en el país a lo largo de todo el siglo XIX (y parte del XX). Durante el siglo XIX, el Uruguay estuvo al borde de la extinción gracias a las luchas intestinas por el poder, en las que durante setenta y cuatro años, una vida más o menos, se desarrollaron setenta y un levantamientos, revoluciones, rebeliones, alzamientos. De 1830 a 1904 el Uruguay era una tierra signada por la violencia partidaria. En ese contexto bicolor, en el que blancos y colorados luchaban, se creyó necesario generar una figura por fuera de esa contienda que unificara a una población dividida por las ideas y/o el sentimiento, hija de una fragmentación amortizada por la sangre. «Si la política supone conflicto y discordia, esta sociedad, como muchas, armó los conflictos

en torno a los partidos y encontró en Artigas una zona de concordia y acuerdo, trabajosamente construida a lo largo de varias décadas»[51]. Como bien define José Rilla, esa zona de concordia se encuentra en los confines de la crítica histórica, es más bien un concepto político necesario en aquel contexto. ¿Fueron acaso Artigas y el artiguismo utilizados con fines políticos? ¿Esa construcción ha perdido forma a lo largo de tantos años y hoy en día no es más que interpretación de la interpretación?

Al Artigas lejano e intrascendente maridado con la historiografía argentina naciente, en el último cuarto del siglo XIX y principalmente el siglo XX, se le contrasta un Artigas héroe. Al mejor estilo épico, un pétreo héroe homérico que se desarrolla a lo largo de la primera mitad del siglo XX, que se amalgama con una nación en construcción. Vale decir que era inevitable en aquellos momentos, era parte de una necesidad en medio de la construcción de una nación y de un discurso histórico que lo sostuviera. La función pedagógica de aquella historia no es discutible. Sería como condenar a Juan Manuel Blanes haber pintado esas hermosas pinturas didácticas, con cuestionable valía histórica. Pero claramente de la misma forma que los pintores actuales no pintan como Blanes, los historiadores actuales no analizan e investigan como Bauzá. Han cambiado paradigmas y han aparecido a lo largo de la historia diferentes escuelas historiográficas, pero allí se enquistó el mito (entre muchos otros). Los pintores actuales no pintan como Blanes (estilo), pero tampoco tocan los mismos tópicos de Blanes; los historiadores, si bien no están sostenidos en las mismas escuelas que los padres de la historia oficial, repiten los mitos, ensalzan los hechos, santifican personajes de la misma forma.

La política partidaria además se ha adueñado poco a poco del héroe. Se han legitimado en él una y otra vez —blancos, colorados, la izquierda, indigenistas— y hasta los militares golpistas lo tomaron como referente.

Tanto la leyenda roja como la leyenda verde tienen como fin principal la legitimación, la justificación a través de la historia. Si por un lado encontramos un Artigas social en libros como *La Revolución Agraria*

Artiguista de los marxistas Lucía Sala, Nelson de la Torre y Julio Rodríguez, encontramos un Artigas militar y heroico en los libros publicados en las entrañas de la fuerza militar e incluso en textos de Fernando Assunção.

Triste destino del caudillo legitimar una dictadura. En 1975 apareció un folleto denominado «Artigas y la seguridad nacional». En el «año de la orientalidad», según los militares, apareció este folleto de legitimación. Y versaba en su primera página: «El orden y la seguridad fueron preocupaciones obsesivas del fundador de la nacionalidad oriental. Las fuerzas armadas de la República Oriental del Uruguay han adoptado el ideario de Artigas como doctrina de seguridad»[52]. En su interior encontramos frases sueltas de Artigas, relacionadas forzosamente con la «seguridad nacional». Por ejemplo, aparece una carta de Artigas al gobernador de Corrientes, fechada el 3 de agosto de 1815: «Es preciso cortar de raíz el germen del desorden, para que los habitantes gocen de sosiego». Es increíblemente aterradora la interpretación de esa frase, «cortar de raíz», que hacen los militares. De esta forma la leyenda negra, la leyenda de bronce, la leyenda roja y la leyenda verde configuran las visiones del caudillo, sinceras pero enquistadas en un constante deber ser.

41 Francisco Acuña de Figueroa: *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812, 13 14*, serie: Obras Completas, Ed. Vázquez Cores, Dorbeleche y Reyes, 1890, tomo I y II.

42 Francisco Acuña de Figueroa: *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812, 13 14*, serie: Obras Completas, Ed. Vázquez Cores, Dorbeleche y Reyes, 1890, p. 3.

43 Francisco Acuña de Figueroa: *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812, 13 14*, serie: Obras Completas, Ed. Vázquez Cores, Dorbeleche y Reyes, 1890, p. 15.

44 Carlos Real de Azúa: El Patriciado Uruguayo, Montevideo: Editorial Asir, 1961.

45 J. E. Pivel Devoto: «De la leyenda negra al culto artiguista», publicado por *Marcha*, 1950-1951.

46 *BRECHA*, año I, n.° 35, 20 de junio de 1986, p. 11, en Barrán: *Las Brechas de la Historia*, Tomo I, Montevideo: Brecha, 1996.

47 Ibídem.

48 Domingo Faustino Sarmiento: *Conflictos y armonías de las razas en América*, Tomo I, Buenos Aires: S. Ostwald editor, 1883, p. 161.

49 Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo (o civilización y barbarie en las pampas)*

50 Vicente Fidel López: *Manual de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1896.

51 José Rilla: *La actualidad del pasado*, Montevideo: Sudamericana, 2008, p. 225.

52 Ministerio de Defensa Nacional: *Artigas y la seguridad nacional*, Montevideo: Impresora Colombino, 1975.

LOS SÍMBOLOS PATRIOS Y LA EXTREMA SOLEMNIDAD

> Los escritores uruguayos que han estudiado los sucesos de aquellos primordios nacionales han padecido en general, de un error de criterio muy explicable, al juzgar de las ideas de los hombres de entonces según los conceptos propios de la época posterior en que han escrito.
>
> **Alberto Zum Felde**

A lo largo de su historia, el Territorio Oriental del Uruguay ha transitado por diferentes etapas, avatares políticos variados hasta la formación y conformación del Uruguay como una realidad que intenta desesperadamente ser diferente al resto de las regiones. Ese proceso nos ha dejado una variedad interesante de blasones, de banderas que nos hablan de la inestabilidad política de estas tierras en otros tiempos. ¿Cuántas banderas flamearon en los mástiles de estas tierras? ¿Cuántos poderes sucesivos fueron estableciendo sus blasones y poder? ¿Qué identidad tiene este conjunto de personas que comparten país en la actualidad? ¿Se puede crear mágicamente la identidad? ¿Cuántas banderas recordamos? Y ¿cuáles olvidamos?

El 11 de julio de 1830, tan solo siete días antes de la jura de la primera Constitución, el recién nacido Estado Oriental del Uruguay ostentaba su bandera definitiva. Esa bandera flameará orgullosa en la Jura de la Constitución, en el improvisado tablado colocado para la ocasión frente al Cabildo de Montevideo, donde se reunieron los entusiastas vecinos y respondieron con grito fuerte al juramento leído por José Ellauri, «sí, juro». Nótese el edulcorado romanticismo.

Ese día flameaban tres banderas más a los lados del tablado, la del Reino Unido, la de las Provincias Unidas y la del Imperio de Brasil. Ese era justamente uno de los inocentes cuestionamientos del niño que imaginó Roy Berocay en su maravilloso libro *El país de las cercanías*. El nacimiento del Uruguay era pues un principio, pero también un final, el fin del sueño regional, de una unidad natural y duradera hasta el momento. Ninguno de aquellos revolucionarios luchaba por secesiones ni rupturas, sino por el destino y la forma de la unidad (siempre de la unidad), algunos en clave federal (o confederal) como lo hará José Artigas, otros en clave centralista (unitaria poco después), como lo llevó a cabo Buenos Aires. Pero la unidad no era discutida en aquellos tiempos. La unión no era un proyecto político temerario ni moderno, más bien era todo lo contrario, una concepción conocida, antigua y natural. Por tanto, la balcanización de estas tierras, como las demás, terminará por tener un sabor de boca amargo para la posteridad, no obviamente para todos los protagonistas. Pero los padres putativos del Uruguay no eran —en casi ningún caso— representantes de la Revolución oriental, estaban fundando en definitiva un nuevo estado. Un estado de bachilleres, proyecto momentáneo y acomodaticio de gran parte del patriciado uruguayo (como lo denominó Carlos Real de Azúa en su libro homónimo[53]), estado secesionista, nacido del proceso de balcanización agitado por los intereses ingleses en la región.

Las revoluciones con que se inició el siglo XIX veían mutar los proyectos iniciáticos de la unión a la fragmentación, y la Banda Oriental —reconvertida en el orgulloso Estado Oriental del Uruguay y de espaldas al artiguismo— seguía esta misma lógica. Bajo este signo, los orientales forzosamente uruguayos juraban su constitución con tres banderas monitoreando sus pasos, custodiando su libertad, la del

Imperio del Brasil y la de las Provincias Unidas del Río de la Plata, hacedores (según consta en actas) de la independencia o la secesión (a través de la Convención Preliminar de Paz), y la del Reino Unido, garante de lujo de esta transacción. Por lo tanto, aquella bandera que flameaba ese 18 de julio no era la primera que flameó en ese mástil. Una historia escondía detrás. Es extraño que un territorio que pasó por tantos poderes sucesivos, por tantas manos, que izó tantas banderas en sus mástiles, tenga una historia tan heroica y gloriosa y una génesis extremadamente romántica. Quizás sea de orden repasar velozmente las banderas que los orientales vieron flamear en los mástiles de los cuarteles.

Bandera blanca de los Borbones

Esa no fue, obviamente, en ningún caso nuestra primera bandera, ni tampoco aquel (Estado Oriental del Uruguay) fue nuestro único nombre. Detrás de la historia del Uruguay existe una compleja trama que nos conduce indefectiblemente hacia la Revolución oriental, iniciada el 28 de febrero de 1811 en los campos de Asencio. Tras la ruptura colonial, nuestro nombre propio de Banda Oriental del río Uruguay (mucho antes Paraná) pasó al de Provincia Oriental, formando parte de la Unión Argentina. Los inicios de la revolución (que fue en todo caso regional y nunca nacional) fueron complejos y confusos.

Al principio, una «máscara» escondía mayores empresas, la denominada por algunos historiadores «máscara de Fernando VII». O sea que los revolucionarios al inicio de la rebelión no luchaban por la independencia *per se*, sino por la autonomía del Reino de Indias. Tras las invasiones de Napoleón Bonaparte a España y Portugal y las denominadas Abdicaciones de Bayona (en las que Carlos IV fue obligado a abdicar en nombre de su hijo Fernando VII y este a su vez lo hizo en favor de Napoleón Bonaparte), España quedó a merced de Napoleón (dominada por su hermano José) y su Imperio. En el Reino ibérico se gestó inmediatamente la resistencia, tanto en las calles como en los órganos de gobierno. Se declaró a Fernando VII legítimo rey y se comenzaron a establecer las juntas locales, que tiempo después

desembocarían en la Junta Suprema Central. Bajo este signo y alumbrados por la misma lógica los americanos exigieron sus propias juntas, en definitiva, estaban poniendo en práctica la retroversión de la soberanía que los peninsulares habían adoptado. Por esta razón los «patriotas» americanos luchaban en defensa de los derechos de Fernando VII «el deseado» y no por la independencia en una primera instancia. Por lo tanto, la primera bandera que ostentaron los ejércitos artiguistas no fue la tricolor (relacionada indefectiblemente con la Revolución francesa (1789), país que paradójicamente ocupaba España de la mano de Bonaparte), sino la bandera blanca de los Borbones. En la Batalla de las Piedras (18 de mayo de 1811), flameaba orgullosa la bandera de la Casa de los Borbones, pues la lucha no era todavía entre independentistas y monárquicos, dado que ambos bandos luchaban en nombre del rey.

Rojo color de la República

Las banderas artiguistas fueron en realidad nuestros primeros blasones propiamente vernáculos, a pesar de que estaban basadas en diseños revolucionarios franceses. Más allá de esto, la secuencia de banderas enarboladas por Artigas estaba basada en la de Manuel Belgrano, pero con el agregado del rojo para diferenciarse. Artigas lo declara en un documento del 1 de marzo de 1815:

> […] yo he ordenado en todos los pueblos libres de aquella opresión, que se levante una igual a la de mi Ctel. Gral., blanca en medio, azul en los dos extremos, y en medio de estos unos listones colorados signo de la distinción de nuestra grandeza, de nuestra decisión por la República, y de la sangre derramada para sostener nuestra libertad e independencia…

Las banderas artiguistas seguirán el mismo patrón de colores, pero cambiarán los diseños, despuntando entre todas las banderas de la Unión de los Pueblos Libres la que actualmente ostenta la provincia de Entre Ríos y la bandera de Fernando de Otorgués, izada por primera vez el 26 de marzo de 1815. Esta última es para algunos eruditos la

primera bandera propiamente de estas tierras. Es justamente esa la que Artigas utiliza para otorgar a los corsarios, que utilizarán hasta después de la derrota del caudillo y su ostracismo final. El Reglamento de los corsarios artiguistas en el artículo 9 declara: «El Gobierno declara por "buena presa" cualesquiera buque que reconocido por alguno de nuestros corsarios y enarbolando el Pabellón de la Provincia…»[54]. Esa bandera —pabellón se denomina a una bandera en una embarcación— andará navegando por el Caribe.

Verde Cisplatina

Tras los nueve agitados años de revolución, que culminaron la derrota artiguista y el final ostracismo del prócer, los portugueses invadieron y estos territorios pasaron a denominarse Provincia Cisplatina. Después del Congreso Cisplatino en 1821, en el que la provincia pasó a formar parte del Imperio, la bandera que flameó en los cuarteles fue la verde y blanca, diseño basado en el Imperio de Portugal, Brasil y Algarve. Colores y simbología portuguesa, con un emblema central formado por una esfera armilar superpuesta a la Orden de la Cruz de Cristo. Por lejos la bandera más extraña a nuestros ojos.

Treinta y tres

Tras la lucha revolucionaria de 1825, la Cruzada libertadora, las batallas y la intimación a la unión nuevamente con las Provincias Unidas, una vez más fuimos la Provincia Oriental, o también denominada «de Montevideo» por algunos. El blasón que viajaba en aquellos dos lanchones con los patriotas pasó a ser nuestra bandera provincial, aquella azul, blanca y punzó de los treinta y tres orientales (que no eran treinta y tres ni todos orientales).

> […] compuesto por tres franjas horizontales, celeste, blanco y punzó, por ahora, hasta tanto que, incorporados los diputados de esta provincia a la soberanía nacional, se enarbole el reconocido por el de las unidades del Río de la Plata a la que pertenece.

La bandera que izarían el 25 de agosto de 1825, día en que se promulgaron tres leyes (entre ellas la de independencia, que da nombre a la fecha pero que no la define), sería la misma, pero sin el lema.

Un nombre y diecinueve franjas

En medio de las negociaciones de paz entre las Provincias Unidas (incluida la Provincia Oriental, que a pesar de eso no estuvo en las negociaciones) y el Imperio del Brasil, con la mediación expresa de Inglaterra, nació entonces un nuevo estado como salida a la guerra. Tras la paz y el nacimiento del nuevo estado (1828), la pregunta persistente era pues cuál sería su nuevo blasón. Seguramente muchas discusiones, horas de tertulias y especulaciones pasaron, si romper con ese pasado (seguramente por improcedente) o no.

Pero finalmente el pabellón ahora más «nacional» que nunca sería uno muy diferente a los anteriores. Pues entonces, el Estado Oriental comenzó su historia con un pabellón diferente al actual. El número de franjas del primer pabellón nacional sumaba nueve de color azul celeste, según la ley del 16 de diciembre de 1828. Haciéndolo extremadamente barroco y cargado, pero obedeciendo al número de departamentos. Nueve franjas azules por los nueve departamentos (Montevideo, Maldonado, Canelones, San José, Colonia, Soriano, Paysandú, Durazno y Cerro Largo). El sol que aparecería orgulloso en su ángulo superior izquierdo sería el «Sol de Mayo», tomando la simbología de la independencia argentina.

La última bandera

Más tarde, el 11 de julio de 1830, se cambió por la actual, de nueve franjas, pero en total: «El pabellón nacional contará de cuatro listas horizontales en campo blanco, distribuidas con igualdad en su extensión, quedando en lo demás conforme al que establece la ley del 16 de octubre de 1828». De esta forma serían nueve franjas en total y el diseño del sol fue cambiado por el utilizado en el escudo, aunque el diseño de mayo fue utilizado hasta 1930 aproximadamente.

Tantas banderas —podríamos sumar la porteña que se izó entre 1814 y 1815—, tantos poderes sucesivos y tan poca reflexión de nuestra propia historia. Tantas banderas y hasta con sus propios cultos.

Jurar o no jurar… esa es la cuestión

Si hablamos de banderas tenemos que hacer un necesario alto en el camino, no por una bandera particular sino por un particular acto obligatorio, ilegal y sobre todo anacrónico. La jura de bandera inevitablemente es un acto que los uruguayos debemos llevar a cabo de forma obligatoria y bajo amenaza desde 1940. La jura de bandera es uno de los hechos más alineados con la historia oficial y negador de los pequeños detalles que lo terminarían por demoler. El Leviatán consume los símbolos y los trasmuta en perversos decretos. En palabras más fuertes, es uno de los más enfermizos actos ordenados. Enfermizo por la forma y por el contenido, por la fecha y sobre todo por la obligatoriedad y las consecuencias. Quien suscribe estas palabras escribió hace catorce años un ensayo denunciando este hecho. *Cual retazo, anacronismos de jurar la bandera* fue el inicio de una cierta radiografía de la historia patria. La sola discusión de algunos tópicos como este genera en una parte importante del público una especie de caza de brujas patriotera. Quien no se alinea a esa tendencia decimonónica termina hundido en una especie de ostracismo. Pero la jura de bandera no solo está alineada a esta perversa lógica, sino que desnuda otra enorme esquizofrenia nacional. El pueblo uruguayo se enorgullece y hasta se jacta de su matriz democrática y su sentir tolerante, pero acepta sin cortapisas un acto no solo excesivamente patriótico —que pocos tienen de forma obligatoria —, sino también en extremo vinculante (para los menores de edad a los que exige) y sostenido por débiles bases históricas.

Jurar la bandera uruguaya el día del nacimiento de Artigas parece a todas luces una especie de sinsentido, si no fuera una total de falta de respeto. Sumado a esto nos encontramos con una enorme cantidad de anacronismos. Es una práctica de estilo fascista en tiempos democráticos, la función básica ya no tiene sentido, pues fue creada en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, en 1940, pensada por los

legisladores para mayores de edad (no para chiquilines de primero de liceo), estaba dentro de una Ley de Instrucción Militar que ha quedado en el olvido, salvo los artículos relacionados con la jura de bandera, todo esto entre muchas otras incongruencias. Lo que tienen en común es que terminan por mostrar retazos de esa historia oficial y síntomas claros de esa enfermedad de la que venimos hablando desde los inicios de este libro. Cuando la historia oficial se convierte en ley y condiciona las conductas, es momento de repensarla.

Anacronismos e incongruencias

La jura de bandera se repite en las instituciones del país desde 1940, fecha en la que fue promulgada dentro de la Ley de Instrucción Militar. Una ley todavía vigente a pesar de que solamente se cumplen dos de sus artículos. Estoicos, han sobrevivido al paso del tiempo, y tal vez la ley en sí misma sea anacrónica y se haya convertido en un cascarón vacío, pero no dos de sus artículos. Los anacronismos y los vicios de la jura aparecen incesantemente en un país que sueña con ser tolerante, a pesar de que cuando uno toca determinadas fibras, determinados temas, como los concernientes a los símbolos patrios, un velo de alquitrán cubre al mensajero.

Uno de los anacronismos más claros de este acto comienza justamente un 19 de junio de 1764, fecha en la que nacía José Artigas, líder de la Revolución oriental (o rebelión, depende el autor). Un hecho bélico que se llevó adelante entre 1811 y 1820 y que culminó con la derrota de las fuerzas artiguistas en manos de los luso-brasileños y posterior ocupación de la banda. Primeramente, cabe destacar que la Revolución fue oriental y no uruguaya, precisamente porque el gentilicio no existía, Artigas jamás lo utilizó pues ni siquiera lo conocía (más allá de la denominación de un río). En gran parte de los documentos del archivo Artigas denominaba a estas tierras como «banda norte» o «banda oriental», pero del Río de la Plata. «No dudo que vuestra excelencia… coadyuvara a que los habitantes de la Provincia Oriental del Río de la Plata sellen su época con dignidad…», Artigas al marqués de Alegrette, fechada el 23 de noviembre de 1814[55]. Y ya hemos mencionado la referenciación de banda oriental

del Paraná que se utilizaba en tiempos coloniales.

Por lo tanto, en todos los casos hablamos de la orientalidad como un concepto de territorialidad pero también de soberanía. Ser oriental no tiene sentido sin las demás provincias del virreinato del Río de la Plata. Así lo sostenía el mismo José Artigas, quien nos habla de la independencia de una región, nunca de una nación. Concepto que todavía no estaba claro en aquellos protagonistas. La *Gaceta de Buenos Aires* en 1815 publicó una reveladora definición de nación que, en cualquier caso, nada tiene que ver con la actual definición: «Una nación no es más que la reunión de muchos pueblos y provincias sujetas a un mismo poder central».

Aquellos hombres buscaban como norte la antigua unión virreinal modificada políticamente en pro de la soberanía particular de los pueblos. Buenos Aires centralista y la otra opción, la artiguista inicialmente confederal. Se discutía el *cómo* pero nunca el *qué*.

Más que anacrónico sería hablar de la relación directa (y muchas veces estrictamente causal) entre Uruguay como realidad política independiente y las ideas artiguistas. Las tesis clásicas, como ya hemos especificado, —emborrachadas de patriotismo— tienden ese puente carente de racionalidad. Las circunstancias fueron tal vez las que fueron generando los países, las balcanizaciones caprichosas posteriores, no podríamos juzgar eso ni a sus protagonistas, pero la necesidad presente de unir dos procesos opuestos.

Otro punto sería el de la relación entre el orientalismo y el nacimiento de la nación uruguaya. Vale decir que la misma nación oriental, con los preceptos modernos que este concepto trae consigo, no existe. Las mentalidades del nuevo mundo navegan entre el derecho hispano e indiano. Sus preceptos más que individualistas (ciudadanía) son corporativos (de comunidad, cabildo y provincia). Y su concepto de nación es más un conjunto de pueblos, villas y ciudades bajo un mismo mando que un concepto abstracto unificador (con aditamentos étnicos y sobre todo históricos). Primeramente, que la nación tiene tras de sí una historia común que le da identidad, mas los pueblos son una comunidad presente. La historia de la Banda Oriental es la que

comparte con las demás partes del todo, el virreinato. De esta manera veremos a Artigas hablando constantemente de los americanos del sur.

Dentro de la unidad también hay cierta fragmentación en pequeñas unidades comunitarias, ciudades, pueblos, villas, caseríos. Pero además, en regiones más o menos compactas, como por ejemplo la Banda Oriental o Entrerríos. En una instancia, porteños y orientales son iguales, españoles americanos, platenses. A veces se diferencian, pero no por una cuestión de nacionalidades, ni por aditamentos étnicos. Ni siquiera existe el término y ni siquiera hay una preocupación por la diferenciación étnica, ni histórica.

La Argentina, no como Estado nación moderno, sino como representación del virreinato, es el norte que siguen los revolucionarios. Incluso después de Artigas (quien supo traducirlo en su pensar), en los orientales yacía aquella concepción. Leonardo Olivera, Eugenio Garzón, F. J. Muñoz, entre otros, se llamaban a sí mismos como «argentinos», sin desmedro de su orientalidad. ¿Cómo explicar entonces la proclama de Fructuoso Rivera?, «… la Gran Nación Argentina de que sois parte». O el título con que se proclamaron Lavalleja y Rivera en 1825, «Jefes de las tropas de la Patria en la Banda Oriental». ¿Cuál es entonces esa patria?, ¿las provincias del Plata? Pero ni el concepto que manejan de patria puede ser tomado desde una concepción moderna, ni esto va en desmedro de la Banda Oriental como comunidad. Como tampoco la declaración de Joaquín Suárez, quien siendo gobernador provisorio el 1 de noviembre de 1826 decía «la Provincia Oriental ha pertenecido siempre de derecho a la República Argentina…» y nuevamente el 17 de abril, pero de 1827: «Orientales, jamás desmerecisteis pertenecer a la República que os ha salvado»[56].

Otro tema de orden cronológico. La Revolución se da entre 1811 y 1820, y la independencia uruguaya entre 1828 y 1830. Al momento de la independencia, Artigas estaba en Paraguay, no quiso volver y murió en tierra guaraní. ¿Por qué? Un gran signo de interrogación y muchas hipótesis. Una sobredosis de soledad.

Fueron sus exlugartenientes quienes habrían de marcar los caminos de

la «patria» desde entonces. ¿El artiguismo había triunfado en 1825 y 1830? El ideario artiguista está relacionado con ideas corporativas de unión, confederación, soberanía (dentro de la lógica aglutinadora), comercio interprovincial, más un desarrollo común. ¿Son esas las ideas que triunfan en la revolución del 25, en las negociaciones del 28 o en la constitución del 30? La rotunda respuesta es no. Solo hay que echarles un vistazo a las declaraciones de Fructuoso Rivera, Juan Antonio Lavalleja o Manuel Oribe después de 1820. Son lapidarias para el caudillo, dado que era políticamente incorrecto ser artiguista en 1825. Aquello no era una continuación del proceso gestado en febrero de 1811, era la tapa de su ataúd.

Comencemos por el principio, Manuel Oribe fue el primero de los caudillos que luego hicieron historia en separarse de Artigas. Ya para 1817 justifica su retirada aduciendo no querer «servir a las órdenes de un tirano que, vencedor, reduciría el país a la más feroz barbarie y, vencido, lo abandonaría al extranjero»[57]. Es extremadamente elocuente en sus dichos y vislumbra un futuro de abandono.

Por otro lado, Juan Antonio Lavalleja, quien peleara en filas del artiguismo mucho más tiempo y con más convicción que el primero. Fue este pilar fundamental de la Revolución de 1825. Lavalleja, luego de la derrota de las fuerzas artiguistas, prosiguió con su levantamiento en contra de los invasores. ¿El espíritu artiguista guiaba sus acciones? Esta es una cuestión que ha quitado el sueño a más de un historiador y que ha sido abordada desde varias aristas. Pero podríamos hurgar en el mismo Lavalleja y preguntarle qué pensaba él mismo de tal afirmación. Nos apoya la contestación del caudillo a Carlos María de Alvear, fechada el 18 de julio de 1826. En dicha carta, Lavalleja responde al porteño ante la comparación que hiciera este de su persona con la de Artigas: «El General que suscribe no puede menos que tomar como un agravio personal un parangón que lo degrada». Contundentes las declaraciones del caudillo, quien se encontraba en medio de la guerra contra el Brasil. Es así que uno de los lugartenientes subordinado del artiguismo trata de desligarse de la figura de Artigas.

Por último, uno de los lugartenientes más cercanos al caudillo, Fructuoso Rivera. El segundo en importancia, amén de los resultados que consiguió luego del exilio de Artigas. En los momentos de la derrota del artiguismo en junio de 1820, se refería a él, justamente ante Francisco Ramírez, de esta manera:

> […] para que el restablecimiento del comercio tan deseado no sea turbado en lo sucesivo, es necesario disolver las fuerzas del general Artigas, principio de donde emanarán los bienes generales y particulares de todas las provincias, al mismo tiempo que será salvada la humanidad de su más sanguinario perseguidor. Los monumentos de su ferocidad existen en todo este territorio.[58]

Por último, hablar del mayor anacronismo, el que hace que juremos una bandera con un diseño totalmente diferente a cualquier bandera que tuvo relación con Artigas. En resumen, los anacronismos del 19 de junio como fecha de jura de la bandera rompen los ojos. Desde la misma bandera, las fechas y el desconocimiento de las ideas de Artigas y su relación con el Uruguay.

Ley de Instrucción Militar, 20/7/1940, art. 28:

> Todo ciudadano, natural o legal, está obligado a prestar juramento de fidelidad a la Bandera Nacional [Subrayado nuestro], en acto público y solemne. La Universidad y la Enseñanza Secundaria así como todos los Institutos privados de enseñanza secundaria y profesional, dispondrán que en sus respectivos locales los alumnos presten ese juramento en idénticas condiciones. El Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social no expedirá títulos profesionales o técnicos sin que el interesado acredite en forma el cumplimiento de esa obligación.

No solo es un acto obligatorio (público y solemne) del que nadie puede escapar, sino que el no acatamiento del mismo trabará su posterior desempeño en el sistema educativo y en el mundo laboral. Vale decir

que se obliga a un menor de edad, o sea, a un individuo que tiene la ciudadanía suspendida, que está en cuidado de quien detente su patria potestad. Entonces se le debería preguntar a este mayor sobre lo que jura o deja de jurar el niño. Pero es algo tácito y no se pregunta, solo se lleva a cabo esta práctica. Pero más aún, si ese niño no tiene potestad para firmar un contrato o aparecer como titular de un bien, tampoco puede elegir ni ser elegido, este niño no tiene derechos políticos como persona mayor. Entonces, ¿por qué tiene una obligación política? ¿En nombre de la patria? Buscando las raíces del juramento, nos encontramos con el senador herrerista Eduardo Víctor Haedo, quien agregó al proyecto original esta jura de bandera, pues no estaba en el proyecto inicial. Pero más que elocuentes las palabras del miembro informante del senado, José Williman, quien ante una discusión no muy importante en aquella sesión del 1 de julio de 1940 responde al senador Vázquez Varela, de manera contundente:

> No, señor senador Vázquez Varela. El segundo inciso dice: «que es sus respectivos locales los alumnos presten juramento». ¿Cuál es el juramento? Aquel a que se refiere el primer inciso, que dice: «Todo ciudadano natural o legal está obligado a prestar juramento de fidelidad a la Bandera Nacional en acto público y solemne». De manera que los que no son ciudadanos no están incluidos en el segundo inciso.[59]

Claro y contundente el senador informante en el espíritu de la ley, en la que no estaba el juramento pensado para menores, sino mayores de dieciocho años (reservistas).

Además de esto, se obliga a un menor a jurar algo que no entiende. Una abstracción tan grande como los conceptos de patria o más aún, de nación. Entonces es ilegal hacer jurar a un menor y deja de tener validez cierta este tipo de actos. La ley en sí misma no puede obligar a ese menor a jurar, pero sí puede frenar su desarrollo, dado que este acto es tremendamente vinculante, según la legislación vigente. No podría estudiar, como se referencia en el artículo 28, pero tampoco trabajar: «Artículo 29. Ningún ciudadano será admitido a desempeñar

cargos en la Administración Pública sin haber justificado el cumplimiento de las obligaciones establecidas por esta ley».

Pero volvamos al acto. La jura en sí es un acto de tipo militar. Las filas de jóvenes, las banderas y el grito al unísono son rasgos que bien parecerían un desfile de los fascistas italianos en la época de Mussolini. Cualquier desfile o muestra de poder fascista se llevaba adelante de esta manera. Es más, dicho régimen basa su poder en un sistema de creencias nacionalistas al extremo, que tienen su típico ejemplo en el amor a los símbolos.

Dos temas más, vale plantear. Esta ley nace en 1940, durante la presidencia del general Alfredo Baldomir (había sido presentada en tiempos de Gabriel Terra por el general Alfredo Campos), en medio de la Segunda Guerra Mundial. Entonces la ley de Instrucción Militar Obligatoria nace en medio del hecho bélico más importante del siglo XX. Sería entendible (con salvedades) apelar al nacionalismo en época de guerra, en la que el mundo vive una situación extrema. Pero ¿qué tan entendible es hoy, qué tan eficaz y a qué responde?

Hoy día es muy fácil hablar del nazismo o el fascismo, con la perspectiva del tiempo y los resultados. Pero ¿qué significaba ser fascista en 1938? Esa es una pregunta que quizás nos pueda llevar a entender algunas posturas nacionalistas de aquellos protagonistas. Dicha Ley nace en el Gobierno de Baldomir, quien intentaba diferenciarse de su cuñado Gabriel Terra. Pero la Asamblea General que votó la ley contaba con diputados terristas y herreristas en su mayoría (pensemos en la abstención de batllistas y nacionalistas independientes tras el golpe de Terra); y el Senado bajo el sistema del «medio y medio» estaba compuesto por quince terristas y quince herreristas.

Ahora bien, estos dos personajes, Terra y Herrera, líderes de sus sectores, demuestran un pensamiento especial dentro del mundo de entreguerras. Quizás eso pueda explicar ese tenor nacionalista excesivo de la jura de fidelidad. Primeramente, un hombre como Herrera, nacionalista antiimperialista, con una posición estratégica neutral con respecto a la guerra. Por otro lado, ¿cuál será la relación entre los

terristas y el fascismo? Podemos plantearla en dos vertientes. Su ideología por un lado y su relación de hecho con los regímenes. Para febrero de 1933 Terra apoyó una «Marcha hacia Montevideo», al igual que el Duce la organizó hacia Roma.

En medio de la crisis desatada por la institucionalidad de Uruguay, Herrera proyectó y publicitó una «Marcha hacia Montevideo». La meta era derribar el colegiado desde todos los rincones del país. Se pretendía marchar hacia la ciudad «egoísta», «con armas o sin ellas», con hombres de todos los partidos, «soldados y civiles». Si bien Herrera lo asoció con la marcha que llevó a Getulio Vargas al poder y que comenzó en Livramento (lo cual es para analizar), es claro que algún ciudadano medianamente informado, en aquellos tiempos, podría asociarlo con la «Marcha hacia Roma» que realizó Benito Mussolini. Terra y Herrera se ponían de acuerdo.

Los italianos profascistas, al igual que los falangistas de 1936, sentían en general un ambiente propicio y tolerante en Uruguay. Pensemos que se encontraban en un país en el que el ministro del Interior (principal propulsor del presidente Terra) se referiría al fascismo en estos términos: «Creo que Mussolini tiene razón al decir que la única libertad que pueda ser cosa seria es la libertad del Estado y del individuo en el Estado».

La ruptura de Uruguay con la URSS denota un marco derechista del Gobierno terrista; el Código Penal, basado en el italiano, instituía delitos contra la seguridad del Estado. En 1933 Terra elogió a los camisas negras del Duce, mas los logros económicos de la Italia fascista deslumbraron a un Terra que hablaba de la «…admirable Italia fascista», en su diario *El Pueblo*, el 27 de mayo de 1935.

Sobre el siguiente punto, decir que uno de los pilares fundamentales de la política exterior del terrismo fue la simpatía a los regímenes totalitarios de Alemania e Italia. Primeramente, la recolección de fondos del ministro italiano en el Uruguay, Mazzolini, en la colonia italiana para financiar la invasión a Abisinia. Tras la condena de la Sociedad de Naciones, la actitud del Uruguay fue iracunda y tibia ante la invasión. Por último, los convenios comerciales con la Alemania

nazi en 1933, que favorecieron la construcción de la represa hidroeléctrica del río Negro. Más que claro. En 1938 Adolf Hitler condecoró con el Águila de Oro a los ministros uruguayos de Obras Públicas, Martín Echegoyen, y de Relaciones Exteriores, José Espalter. Pensemos entonces que antes de la guerra e incluso en los primeros tiempos (en los que el eje comenzó triunfando), simpatizar con los regímenes no significaba lo mismo que hoy, con las cartas jugadas y los crímenes bien claros. Además, los éxitos económicos de estos avivaban la llama. Y el nacionalismo y el amor a los símbolos eran moneda corriente en dichos gobiernos. El período entreguerras, como bien lo plantea Eric Hobsbawn, se basaba en el nacionalismo y la casi neurótica apelación a los símbolos. Escribe el historiador británico en su *Historia del siglo XX*: «Agitar una bandera nacional era una forma de adquirir legitimidad y popularidad»[60].

En resumen, los anacronismos de la jura de la bandera rompen los ojos a una sociedad que se ciega en su ideal democrático y tolerante, pero que lleva adelante un acto cuasi fascista, ahistórico y sostenido en parámetros oxidados y anacrónicos.

Desde la fecha, la bandera que se jura en ese día, la ilegalidad de obligar a jurar a un menor, luego obstaculizarle su futuro desarrollo, haber sido promulgada en una instancia extrema de guerra (que hoy ya no existe) y ser una práctica anacrónica, ultranacionalista, de amor a símbolos, a trozos de tela, a los que debemos respetar pero no endiosar.

Básicamente, ¿necesitamos hoy, siglo XXI, jurar un trozo de tela para ser uruguayos? Es una pregunta que debemos hacernos de aquí en adelante para saber quiénes fuimos y, más que nada, quiénes queremos ser.

53 Carlos Real de Azúa: *El Patriciado Uruguayo*, Montevideo: Editorial Asir, 1961.

54 Agustín Beraza: *Los Corsarios de Artigas*, Montevideo: Ministerio de

Educación y Cultura, 1978. p. 22.

55 AA.AA. Tomo XVIII, n.º 154, p. 161

56 Leonardo Borges: *Cual retazo, anacronismos de jurar la bandera*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2005.

57 José Pedro Barran: *Las Brechas de la Historia*, Tomo I, Montevideo: Brecha, p. 24.

58 W. Reyes Abadie, O. Bruschera y T. Melogno: *El ciclo artiguista*, tomo II, Montevideo: Margarita Silverberg, 1978, p. 622 (Documentos).

59 Discusión en Cámara de Senadores, 01/07/1940. Archivo del Senado. Tomo 171, p. 211-212.

60 Eric Hobsbawn: *Historia del siglo XX*, Buenos Aires: Crítica, 1998, p. 120.

EL PRIMER BATLLISMO Y LA NOSTALGIA DEL *ETHOS* PERDIDO

> Se dice con razón que todos los uruguayos somos batllistas y es verdad.
>
> **Carlos MAGGI**

El batllismo es quizás el más complejo mito de la historia vernácula, complejo desde varias aristas, primeramente, porque surge de un sector político determinado —los reformistas liderados por Batlle y Ordóñez—, y en segundo lugar porque en sus tiempos sufrió tremendos ataques no solo de la oposición sino de las entrañas de su propio partido. Si bien se fue gestando en filas políticas, coloradas obviamente, se termina de establecer gracias al aporte de la izquierda, hasta convertirse en parte de la memoria colectiva. Enormes referentes de la intelectualidad vernácula han sostenido que el Uruguay es batllista, en relación con la actitud de los uruguayos ante las empresas públicas y los monopolios del Estado, de la misma forma que en relación con el obrerismo.

Nuestros *twenty* (los años veinte del siglo XX) marcan la culminación del primer batllismo, y esa culminación empieza el día que se dijeron las siguientes palabras:

> No se me oculta que si todo cambio de gobierno provoca en el país una general expectación, esta ha de presentar ahora, ante mi juventud y mi breve vida pública, caracteres de

ansiedad.

Fue el 1 de marzo de 1919. El joven que dice este discurso se llamaba Baltasar Brum y está hablando ante el Parlamento del Uruguay, que acababa de elegirlo presidente de la República. Tenía treinta y cinco años. Representaba al Partido Colorado, y dentro de él a la orientación de José Batlle y Ordóñez, que es quien lo apoya y lo aúpa al poder. Dos meses después de esta ceremonia, el presidente del Consejo Nacional de Administración, don Feliciano Viera, dirá:

> Hasta aquí hemos estado de acuerdo con el señor Batlle. Para el futuro no podemos decir lo mismo, porque no sabemos qué quiere Batlle. El Partido Colorado no es socialista ni va al socialismo.

A esta divergencia de fondo entre, por un lado, el presidente de la República, Baltasar Brum, y el fundador del batllismo, don José Batlle y Ordóñez, y por otro lado el presidente del Consejo Nacional de Administración se le llamó «El alto de Viera». El alto de Viera es literalmente un alto en las reformas, lo que Carlos Real de Azúa denominó un freno, que comenzó en tiempos de la presidencia del mismo Viera. Los sectores denominados conservadores se oponían al reformismo y encontraron en el presidente Viera un interlocutor válido. Tras la elección de representantes para la Asamblea Constituyente, en la que el batllismo fue derrotado, salieron de las sombras los intereses antibatllistas.

El 11 de agosto de 1916 Feliciano Viera habló ante la Convención Nacional del Partido Colorado y fue tajante contra el «reformismo»:

> Bien, señores, no avancemos más en materia de legislación económica y social; conciliemos el capital con el obrero. Hemos marchado bastante a prisa; hagamos un alto en la jornada.

Pero ¿hasta dónde se frenaron los avances sociales y las leyes estatistas? Los hechos dan la espalda en muchos casos a las palabras. Si bien la primera etapa del batllismo se cerró entre 1916 y 1919,

respectivamente, quedaba tiempo para más reformas y para un Batlle y Ordóñez detrás del poder, como dominador de su sector, por cierto, el más votado y debiendo transar constantemente con el resto de los sectores que se hacían cada vez más hostiles, agazapados detrás de los intereses crecientes de sectores dirigentes y del Imperio británico, que veía en Batlle más que un dolor de cabeza. El fin del reformismo (así lo denominaban) marcó el nacimiento del batllismo como el sector más poderoso de todos los partidos y que iría a marcar la agenda política de aquellos años. Lo cierto es que detrás de Batlle y Ordóñez se agazapaban fuerzas muy dispares, pero comprometidas con la política de su líder.

La vastedad del batllismo fue marcada, con la ironía que lo caracterizaba, por Emilio Frugoni el 2 de junio de 1930, unos meses después de la muerte del líder. En sesión de diputados sentenció: «El bolchevismo del señor diputado Grauert en el batllismo resulta neutralizado por el derechismo del doctor Gabriel Terra». A partir de ese momento hubo un freno que procuraba detener los cambios en materia social. Detrás de ese freno obraban los grandes intereses en juego. Se trataba del modo de repartir entre los habitantes el ingreso nacional, la riqueza que producía el país. Cada conquista social tiene un costo, porque lo que se brinda a unos, otros lo deben pagar. La expresión de Viera «esa organización [el batllismo]va camino al soviet» es más que elocuente, relacionándolo con la radicalidad bolchevique, que pocos años antes había triunfado en una revolución comunista. El alto de Viera fue el primer freno que se intentó contra la política social de Batlle, pero no fue fácil detenerlo. Nuestro país se sentía orgulloso de sí mismo y aspiraba a ser un modelo para otros países.

El batllismo cosechó a lo largo de los años una serie de enemigos y contrapesos dentro de su partido, lo que obligó a llevar adelante lo que se denominó «política del compromiso», que llevó a la primera magistratura, por ejemplo, a José Serrato, hombre cercano a Batlle personalmente pero anticolegialista y, por cierto, resistido a la interna del diario *El Día*. Llegó también a esa primera magistratura un hombre distanciado con el batllismo como Juan Campisteguy, quien formaba

parte del grupo riverista de Pedro Manini Ríos. De esta forma, a pesar de ser el sector más poderoso dentro del Partido Colorado, el batllismo debía transar con otros sectores de mucho menor peso electoral. La capacidad *catch all* de los partidos tradicionales fundacionales, en esencia policlasistas, hacía que se dividieran en un gran abanico de sublemas, enfrentados muchos de ellos. Sumado a esto, la paridad entre los partidos Blanco y Colorado hacía peligrar la supremacía colorada, la equivalencia de fuerzas era enorme. En 1922, la diferencia entre blancos y colorados fue tan solo de siete mil votos, mientras que en 1929 (año de la muerte de Batlle) fue de tan solo mil quinientos veintiséis.

La fragmentación se dio en prácticamente todos los sectores, fue común y parte de un proceso, por cierto, democrático a largo plazo. El Partido Colorado se fragmentó entre los batllistas (mayoría estable), los riveristas (liderados por Pedro Manini Ríos, quienes eran conservadores) y los vieristas (liderados por Feliciano Viera, en su mayoría funcionarios públicos). Más tarde las escisiones se multiplicarían. El Partido Blanco también sufrió estas rupturas. El sector con mayor peso electoral era el herrerismo (liderado por Luis Alberto de Herrera), por otra parte, los nacionalistas independientes (quienes utilizaban como medio de difusión de sus ideas el diario *El País*), y estos dos chocaban inexorablemente con el radicalismo de Lorenzo Carnelli. Finalmente, el Partido Socialista, que había llegado en 1910 a colocar un diputado (Emilio Frugoni) en la Cámara de Representantes, también sufrió un profundo cisma que lo partiría en dos.

Tras la victoria bolchevique en Rusia, Lenin convocó a una Tercera Internacional. Aquí comenzaron los conflictos, dado que Frugoni no pretendía participar, mientras que Eugenio Gómez, Julia Arévalo y Celestino Mibelli sostenían lo contrario. Finalmente triunfó la decisión del grupo, por lo que Frugoni acató. Poco tiempo después, la Internacional obligó a llevar adelante las «21 condiciones», una de las cuales era cambiar la denominación del Partido de *socialista* a *comunista*. Frugoni no aceptó estas prerrogativas, por lo que fue expulsado del Partido, que el 17 de abril de 1921 pasó a llamarse

Partido Comunista del Uruguay, cuyo primer secretario fue Celestino Mibelli. De esta forma, Frugoni y los suyos formaron otra agrupación denominada Partido Socialista, enfrentado desde los inicios con el comunista.

A pesar del «freno», la presidencia de Viera llevó adelante, por el peso del reformismo, una serie de adelantos en materia social y material. Podríamos decir a grandes rasgos que los avances siguieron, aunque muchos de ellos matizados por las luchas intestinas. A saber, algunas reformas que traían el sello batllista, la Nacionalización del Servicio de Correos (16 de diciembre de 1916), la creación del Patronato de delincuentes y menores (13 de abril de 1915), el impuesto al ausentismo, impuesto sobre las sucesiones, creación de las facultades de Ingeniera y Arquitectura (1915), creación de la Casa de la Maternidad, el impuesto a la instrucción pública (hoy impuesto de primaria, 1 % del valor de la contribución inmobiliaria), o la proclamación del 1 de mayo como Fiesta del Trabajo.

De 1919 a 1931 son los años que Lincoln Maiztegui Casas denomina «los años felices» (es altamente discutible la expresión). Justamente los ecos de la gran guerra y la consolidación democrática serán su sello. A grandes rasgos, este autor enumera las características:

> […] consolidación del sistema democrático, […] la disminución las distancias electorales entre las dos divisas históricas, […] la aparición de una nueva fuerza política, el partido comunista, […] la consolidación de Luis Alberto de Herrera como el caudillo civil el partido nacional, […] una considerable parálisis del reformismo social batllista (lo que Gerardo Caetano denomina «La República conservadora» en su libro homónimo), […] la modernización de la sociedad, en particular Montevideo, una relativa morigeración del flujo de inmigrantes y un crecimiento lento…

Llega con Brum, en estos «años felices», un segundo aire (no exento de roces y fricciones) para el batllismo, en voz de un joven brillante y apasionado. Dentro de la obra legislativa de la presidencia de Brum y

ese nuevo empuje reformista. Ley de descanso semanal obligatorio, ley de accidentes de trabajo, aumento del salario mínimo rural, ley de préstamos para adquisición de viviendas y la paradigmática Caja de jubilaciones y pensiones de empleados y obreros públicos (10 de diciembre de 1920), entre otras.

El Uruguay se veía a sí mismo como una sociedad moderna y modernizadora, industrial e industriosa y que creía en la educación como base de su destino. En 1932, la *Tribuna Popular*, el diario nacionalista, publicó una entrevista a la aventurera y periodista Rosita Forbes bajo el título «Uruguay, un país gobernado por locos». Allí estaba la referencia a ese reformismo que había generado una identidad nacional. En 1932, poco antes de que cambiara aquella realidad, ya muerto el líder, la visión era halagüeña con el pequeño país al sur de Sudamérica.

> En el Uruguay he encontrado […] un gran optimismo, un increíble optimismo. Todo se construye para el futuro […] En el Uruguay existe la creencia de que la educación es el supremo fin, cuando no deja de ser un medio…

Era un país que festejaba las medallas de oro de Colombes (1924) y Ámsterdam (1928), que programaba para 1930 el primer mundial de fútbol, que inauguraba el flamante y epicúreo Palacio Legislativo (1925), que leía el Libro del Centenario (1925), en fin, que se reflejaba en un espejo más que lisonjero. A pesar de esto, la conflictividad laboral persistía y se acercaba una nube negra desde el norte, la crisis de 1929, que golpeó en plena presidencia de Gabriel Terra. Lo narrado no es más que el mito del batllismo, extremadamente halagüeño y formador de opinión en sí mismo. Tanto Carlos Maggi como José Pedro Barrán han definido en diferentes momentos al pueblo uruguayo en su totalidad como batllista. No es una equivocación la de estos supremos intelectuales, sino que el batllismo se ha convertido en un mito, y ese mito es el que ha permeado a la sociedad uruguaya tanto ayer como hoy. El batllismo ha creado un *ethos* especial que nos define, si nos quitan el batllista, el *ethos* perdido nos convierte en una brújula que ha perdido el norte.

Pero ¿todas eran rosas en aquel Uruguay? Las luchas obreras merecerían un capítulo en sí mismo. Detrás de la idealización (que no es culpa de la época o el personaje sino de la lectura que nosotros hacemos de ella) se esconde una realidad de represión y hasta varias muertes en los primeros treinta años del siglo. Durante la presidencia de Claudio Williman (interregno necesario y ajustado por Batlle), el comisario Jorge West era temido por los manifestantes. Reprimía ferozmente las manifestaciones y las huelgas. En 1908 lisa y llanamente disolvió el sindicato de ferroviarios y, según detallan algunas fuentes, envió rompehuelgas a las manifestaciones.

A pesar de que los obreros extrañan profundamente al expresidente Batlle en el interregno de Williman, eso no fue óbice para que fuera justamente en la segunda presidencia de Batlle que se llevara a cabo la primera huelga general. Una enorme multitud se reunió sobre 18 de Julio y fueron camino a la residencia del presidente en la calle Mercedes (entre Florida y Andes). Eran las siete de la mañana del 23 de mayo de 1911. Batlle salió al balcón mientras el poeta Ángel Falco gritaba la proclama subido a un árbol. Batlle les dijo:

> Organizaos, uníos, y tratad de conquistar el mejoramiento de vuestras condiciones económicas, que podéis estar seguros que en el gobierno no tendréis nunca un enemigo, mientras respetéis el orden y las leyes.

Igualmente, esa actitud del batllismo no fue siempre unánime y llevó a desnudar diferencias intestinas y mucho más a la interna de todo el partido de gobierno. En 1912 pararon los enfermeros funcionarios del Estado de los hospitales públicos y allí se puso en tela de juicio ese derecho, y fue justamente el batllismo quien lo discutió. Discutían lo que hoy denominamos esencialidad. Más adelante fueron los trabajadores picapedreros de Conchillas en Colonia los que protestaron en 1914 y fueron ferozmente reprimidos por la policía. El resultado fueron varios heridos y un obrero muerto. Durante la presidencia de Batlle y Ordóñez murió un obrero por la represión policial.

Esa «Suiza de América» también conocía de conflictos, de huelgas, de manifestaciones por las calles y de represión policial, la «tacita de

plata» también lloraba obreros muertos. Durante su presidencia, Baltasar Brum, claramente delfín de José Batlle y Ordóñez, joven y brillante, presidente con tan solo treinta y seis años, siguió los preceptos del líder del batllismo, aunque también debió lidiar con obreros que luchaban por sus derechos. En 1920 fueron los canillitas los que protestaron, exigiendo su descanso semanal. El diario *El Día* (fundado por Batlle y Ordóñez y Juan Campisteguy en 1886) protestó por el reproche y fue el más efusivo, pues incidía en su peculio. De esta forma los canillitas iniciaron un boicot contra el diario del expresidente. La represión no se hizo esperar y otros gremios se solidarizaron con los repartidores de diarios, que en su mayoría eran menores de edad. Nuevamente se hicieron presentes además de los policías los rompehuelgas. La contienda finalizó con un muerto, un conductor de tranvías de tan solo dieciocho años. Los canillitas no consiguieron su día de descanso. En 1923 fue asesinado otro trabajador en la jornada del 1 de mayo, en la huelga general en recuerdo de los mártires de Chicago (no era todavía feriado). Qué decir del terrismo (1931-1938), que lisa y llanamente criminalizó las huelgas al estilo fascista, que intentaba copiar en lo que a derechos laborales compete.

Es tan solo una pequeña muestra en estas pocas líneas de otra realidad, de otra historia, aquella que matiza muchas veces lo que la memoria colectiva idealiza desmedidamente.

¿Éramos realmente democráticos?

Hechos violentos, en un siglo especialmente violento, en un país de partidos políticos fuertes, a pesar de que solo uno detentaba el poder exclusivamente, y de una democracia autoreferenciada como excelente, pero que carecía de una de las características fundamentales: la rotación del poder. Hasta 1958 los vientos no cambiaron políticamente en el país, aunque las tensiones internas dentro del partido de gobierno eran suficientemente profundas como para deleitar a cualquier politólogo.

A principios del siglo xx los uruguayos nos habíamos acostumbrado a

votar presidente, diputados, senadores, entre otros, aunque siempre terminábamos votando a los mismos. Recordemos igual que la constituyente de 1916 tenía mayorías inéditas hasta ese momento en el Uruguay. Igualmente, el partido de gobierno —el Partido Colorado — mantuvo las mayorías, pero las luchas domésticas lo relegaron a un lugar de minoría. Recordemos que la constituyente de 1916 que generó la Constitución de 1919 tenía como tema más candente la idea de José Batlle y Ordoñez de generar un Gobierno colegiado, idea que había plasmado en sus «apuntes» en el diario *El Día* pocos años antes (1915). De esta forma la clase política se polarizó de tal manera que la elección ya no era entre blancos y colorados sino entre colegialistas y anticolegialistas. Bajo esta realidad, las elecciones del 30 de julio de 1916 culminaron de la siguiente forma: ciento cinco representantes nacionalistas, ochenta y dos colorados colegialistas, veinticinco colorados anticolegialistas y seis de otros partidos. La mayoría seguía estando del lado colorado.

Por tanto, desde el punto de vista político, el siglo XX es también el siglo de los colorados, como lo había sido el XIX en gran medida. De hecho, si nos ponemos exquisitos podemos decir que la supremacía colorada solo fue suspendida por dos colegiados blancos (1958 y 1962) y por la presidencia de Luis Alberto Lacalle (1990). El resto de los presidentes serán más o menos batllistas, más o menos autoritarios, pero todos de ascendencia colorada.

Desde la primera presidencia de José Batlle y Ordóñez en 1903 (recordemos que quien inauguró el siglo fue Juan Lindolfo Cuestas, también de filiación colorada), todos los presidentes fueron colorados. El Dr. Claudio Williman; Batlle y Ordóñez nuevamente; Feliciano Viera (generando un «alto en las reformas», según su discurso, pero colorado al fin); Baltasar Brum (joven y batllista, asumió la presidencia con treinta y cinco años); José Serrato (ingeniero batllista más cercano a los sectores conservadores); Juan Campisteguy (fundó con Batlle *El Día* en 1886, terminó como opositor al batllismo desde adentro); Gabriel Terra (nacido del riñón del batllismo se separó definitivamente de él tras la muerte de su líder en 1929. Fue presidente, dictador y presidente nuevamente tras reformar la Constitución); Gral. Alfredo

Baldomir (cuñado y sostenedor de Terra, se separó finalmente en 1942 generando lo que la historia recuerda como el «golpe bueno»); Juan José de Amézaga (la vuelta del batllismo al poder tras el interregno terrista, marcó la victoria del sector popular y democrático, de hecho su lema junto a Guani era «Amézaga, candidato de la democracia», aunque seguía gobernando el mismo partido); Tomás Berreta (batllista con ascendencia en el campo, fue intendente de Canelones con un 60 % de los sufragios, lo que necesitaba un Partido Colorado desgastado en su costado citadino, cosmopolita y obrerista), muere al poco tiempo y queda librado a otro Batlle, Luis Batlle Berres (padre del neobatllismo); Andrés Martínez Trueba (intendente de Montevideo y padre putativo del sueño de Batlle el colegiado).

Hasta aquí y por un período de catorce años el Uruguay se dará el lujo de tener un Gobierno colegiado, que le abre las puertas a la victoria blanca (o mejor dicho herrero-ruralista) a partir de 1958. El Consejo Nacional de Gobierno, un sistema complejo en el que eran elegidos seis por la mayoría y tres por la minoría, y gobernaba uno por año durante los cuatro años de gobierno. Fueron presidentes bajo estas circunstancias Andrés Martínez Trueba, Luis Batlle Berres, Alberto Fermín Zubiría, Arturo Lezama y Carlos Fischer, todos hombres de la lista 15 de Batlle Berres, quien fue de hecho el líder del proceso.

Tras las elecciones de 1958, cae por primera vez en la historia el coloradismo del sitial del poder y asume una coalición herrero-ruralista liderada por Benito Nardone y Luis Alberto de Herrera, aunque rápidamente se pelearán. Gobiernan Martín Echegoyen, Benito Nardone, Eduardo Víctor Haedo y Faustino Harrison. La elección de 1962 es ganada por otra coalición, pero en este caso del herrerismo (ya con su líder muerto) con la UBD (Unión Blanca Democrática) generando la «ubedoxia». Presidieron el país Daniel Fernández Crespo, Luis Giannattasio, Washington Beltrán (asume en 1965, por muerte de Giannattasio) y Alberto Héber.

1967 fue año de vuelta al coloradismo y de reforma en la Constitución, que volvió al presidencialismo con más fuerza, más tiempo y convicción. El Gral. Oscar Gestido ganó la presidencia, pero murió a

poco de asumir, así que la primera magistratura le quedó a Jorge Pacheco Areco. En 1972 perdió la opción reeleccionista de Pacheco venciendo, no sin discusiones, la dupla Juan María Bordaberry-Jorge Sapelli. Es Bordaberry quien lleva adelante el golpe de Estado que instaura una dictadura cívico militar que va hasta 1984. Más allá de que Bordaberry queda por el camino en 1976. Quedan para completar el siglo dos presidencias de Julio María Sanguinetti y una de Luis Alberto Lacalle.

Por tanto, la afirmación de que el Uruguay era una democracia de punta en el mundo, si bien es cierto desde el punto de vista del sistema de elecciones, el acatamiento de estas y el ambiente general, en los hechos no existió, salvo excepciones, rotación de partidos. El poder quedó en un solo partido, tal y como sucedió en la mayoría de los países de América Latina y ha sido y es criticado desde filas tanto sociales como políticas en el Uruguay.

El batllismo, sus mitos y sus realidades, la memoria colectiva, sostenida en leyes y en una sociedad acostumbrada a votar (no esencialmente democrática), marcaron a fuego una forma de ver y sentir al Uruguay. Una idea de cultura persistente, de sello indeleble en el ser uruguayo, que funcionó eficazmente como látigo para azotarnos persistentemente como sociedad. Existen por ende dos batllismos, el de la memoria y el de la hermenéutica, el del recuerdo romántico y el que se sostiene sobre la crítica, pero también es cierto que esa memoria confeccionó un ser nacional. Por ende, el batllismo es el *ethos* perdido.

OTRO MITO: LA INDEPENDENCIA

> Canning pudo con la Convención de Paz crear un Estado, pero no le alcanzaron las fuerzas para crear también una nación.
>
> **Guillermo Vázquez Franco**

¿Cuál es la fecha exacta del cumpleaños del Uruguay? Es una de las preguntas más complejas de responder por estos lares y que ha sido coloreada de diferentes formas y matices por discursos historiográficos y políticos de todo calibre. Claramente, cuando buscamos fechas y aniversarios estamos tomando una decisión epistemológica en sí misma. La oscilación va desde el 25 de agosto de 1825 hasta el 18 de julio de 1830. Desde la Declaratoria de la Independencia (ese es el nombre legal aunque no «real»), hasta la Jura de la Constitución (fecha por cierto anclada en la letra fría de un documento, aunque no necesariamente «real»). Pero hay una tercera fecha que tal vez entra en escena de una forma intempestiva pero muy sincera. El 4 de octubre de 1828, el canje final de ratificaciones de la Convención Preliminar de Paz. Podría haber sido quizás el 27 y 28 de agosto de ese mismo año, fecha efectiva de la Convención que reunió a los gigantes de Sudamérica, las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil, pero buscando una fecha más cercana a la verdad, emerge aquel 4 de octubre.

Viajemos un poco hacia atrás en el tiempo. Sudamérica aparece a principios del siglo XIX en los primeros planos de la agenda británica, a

la sazón, el Imperio de aquellos tiempos. El ministro de Su Majestad, Lord George Canning, había declarado al respecto en 1824: «La América española es libre; y si no administramos mal nuestros negocios, ella será inglesa». En medio de este Imperio informal británico es que aparece en primer plano la cuestión platense, ligada indefectiblemente a la Banda Oriental. Después del desembarco de los treinta y tres orientales (que ni eran treinta y tres ni eran todos orientales) en 1825, de la Declaración de la Florida y de la guerra, los orientales asumiendo su condición de orientales pidieron ayuda a las hermanas provincias argentinas. No por casualidad la proclama de Lavalleja al tomar Santo Domingo de Soriano, el 24 de abril, comenzaba gritando fuerte: «Argentinos-orientales». Por su parte, la segunda ley fundamental de 1825 (inmediatamente después de la de independencia que todos recordamos) fue la Ley de unión, aquella que versaba que «… su voto general […], es y debe ser por la unión con las demás Provincias Argentinas, a quien siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce».

Poco después, las provincias argentinas salieron en defensa de la hermana perdida; a partir de 1826 comienzan las hostilidades entre los gigantes de Sudamérica. En ese momento, la guerra se leyó como una contienda entre las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil. Aquí entra en escena el Imperio británico, que observaba atónito los efectos perjudiciales para su economía de esta guerra ajena. La llave del comercio estaba en el Río de la Plata, la aorta para llegar al corazón de América.

Las soluciones a la controversia fueros variadas. El embajador plenipotenciario de Su Majestad británica era el recordado Lord John Ponsonby. Ponsonby había arribado a la cuenca del Plata por problemas de polleras. Se cuenta que Ponsonby, un sibarita de origen irlandés, tenía amoríos con una de las favoritas del rey George VI, Lady Conyngham. De modo que el ministro de Relaciones Exteriores, Lord George Canning, debió mandar al diplomático al rincón más lejano del Imperio y así llegó al Río de la Plata.

El embajador llegó con una canasta de bases de negociación en las

que, en un primer momento, no aparecía la independencia de la banda como salida. Las soluciones oscilaban entre la entrega de la Provincia Oriental a las Provincias Unidas a cambio de una indemnización a Brasil, hasta la creación lisa y llanamente de un protectorado británico. Sectores dirigentes ingleses del comercio y la política jugaban con la posibilidad de hacer de la Provincia Oriental directamente una colonia inglesa. El *Foreign Office* rechazó de plano esta propuesta, tal vez serían demasiados los inconvenientes. Muchos de los orientales, protagonistas de estos hechos, intentaron hacer de Montevideo un puerto comercial británico. Tampoco prosperó. Uno de aquellos fue Nicolás Herrera (antiartiguista, militante y apoyado en la oligarquía porteña), quien a la postre se convertirá en un engranaje fundamental de la secesión oriental.

Pero llegado el momento, Ponsonby optó por la opción de la independencia. Le escribió a Canning:

> Parece ser que el único remedio para los males presentes es colocar una barrera entre las partes contendientes, y la idea sugerida en sus instrucciones, esto es, la independencia de la Banda Oriental.

Así fue que, en medio de las negociaciones, se selló la paz, a través de esta fórmula.

La Convención fue firmada el 27 de agosto de 1828 en Río de Janeiro, y se intercambiaron las ratificaciones el 4 de octubre de ese año. Completaban el acuerdo diecinueve artículos y uno adicional. En sus primeros artículos versaba:

> Art. 1. Su majestad el emperador del Brasil, declara la Provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, separada del territorio del Imperio del Brasil, para que pueda constituirse en estado libre e independiente de toda y cualquier Nación, bajo la forma de gobierno que juzgase conveniente a sus intereses, necesidades y recursos.
>
> Art. 2. El Gobierno de la República de las Provincias

> Unidas, concuerda en declarar por su parte, la independencia de la Provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina…

Las palabras son extremadamente cristalinas y demuestran el sitio de la Provincia Oriental en aquella negociación: expectante del lado de afuera de la habitación, detrás de la puerta de la historia.

Un artículo adicional, altamente anglófilo, decretaba la libre navegación del Río de la Plata y el Uruguay. Era la misión de Ponsonby y el único desvelo de los ingleses.

Otra historia la representa la conformación de la Banda Oriental como una realidad diferente al resto de las regiones. La historia oficial ha escondido este episodio, tal como lo ha hecho con el período de la Cisplatina u otros hechos que no entran en la configuración de una historia nacional, profética y necesariamente heroica. Pero aquel 4 de octubre marca —guste o no— la fecha de nacimiento del país, de una negociación encuadrada en la diplomacia inglesa y la necesidad de Londres de generar el libre comercio en medio del proceso industrial del que fueron iniciadores.

La historia no debería ser nunca el intento de apuntalar un discurso nacional y profético (como sí lo fue en tiempos de construcción de la historia nacional netamente romántica), sino de comprensión, y en esa compresión intentar dejar nuestros instintos chauvinistas más básicos. Somos producto de una negociación, bien lo sabían quienes franquearon el monumento a los constituyentes por las calles Canning y Ponsonby, en un guiño histórico anclado en la verdad histórica.

Deberíamos entonces comenzar a analizar la historia desde una óptica más madura. Las naciones deben ser tan resilientes como la suma de sus habitantes, de esa forma nuestro pasado no debería ocultarse, por vergonzoso que este parezca (aunque no lo sea).

Ya lo expresaba meridianamente claro un contemporáneo a los hechos, Bernardo Berro —según Real de Azúa— sostuvo antes que otros que el Tratado Preliminar de Paz de 1828 «tuvo por objeto establecer cierto

equilibrio en esta parte de América con la creación de un Estado independiente, intermediario entre ambos países».[61] De hecho, la Convención es hija de un tiempo y un contratiempo, no es la consecución de una realidad buscada deliberadamente. Y es muy cara a muchos de los orientales que lucharon por la unidad.

61 Carlos Real de Azúa: *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo: Arca, Nuevo Tiempo, 1991, p. 377.

DEL EUROCENTRISMO AL MONTEVIDEOCENTRISMO

> De hecho, como historiadores, debemos iniciar una serie de diálogos con cada uno de los grandes sectores de las ciencias del hombre.
>
> **Fernand Braudel**

Antes de morir en manos de las fuerzas nazis que ocuparon Francia, Marc Bloch —padre de la Escuela de los Annales— escribió un libro revelador sobre el oficio del historiador. Su amigo Lucien Febvre era quien sacaba sigilosamente y ordenaba aquellos papeles que su amigo escribía estando preso. En aquel *Bosquejo Histórico* o *Introducción a la Historia*, Bloch sentaba las bases de la ciencia (o disciplina-discusión epistemológica para otro momento) que cultivó tantos años. La historia es la ciencia de los hombres, sostenía, dejando de lado la recurrente idea de que la historia estudia el pasado; y agregaba: a través del tiempo (pensando pasado y presente como una retroalimentación) y el espacio.

Uno de los historiadores más importantes de la primera mitad del siglo xx, padre de una de las escuelas más significativas hasta nuestros días, colocaba al espacio geográfico en un sitio importante a la hora de comprender las sociedades. Más adelante en el tiempo, uno de los historiadores más originales —también miembro de la Escuela de los

Annales—, Emmanuel Le Roy Ladurie, escribió un libro tan complejo como explicativo, que une como ninguno el tiempo y el espacio. *La historia del clima desde el año mil* analiza los cambios sociales y su relación con el espacio y los componentes físicos de este.

No podemos pensar de otra forma la historia sino como el devenir de las sociedades en un espacio geográfico, y justamente la relación entre la transformación de ese espacio y los cambios sociales. Una historia seria y moderna, compleja y abarcadora debe analizar los fenómenos locales y lograr comprenderlos antes de lanzarse a la caza de *megarelatos* o explicaciones generalizadoras, pero que carecían de veracidad.

La historia nacional en su tremendo derrotero, en su accidentado devenir, se ha enraizado en determinadas ideas, ha abonado terreno fértil y allí ha descansado. La historia nacional es esencialmente historia montevideana, centralista, mezquina con los fenómenos de lo que denomina casi despectivamente interior profundo. La historia vernácula adolece de los mismos problemas y conflictos que le achacamos a la «profética» Historia Universal, que es en definitiva una historia del devenir europeo. De la misma forma que la historia universal no existe, dado que solo estudia el imperialismo europeo (y los sitios que conquistó) y termina invisibilizando al resto del mundo, que le es ajeno, la historia nacional es *montevideocéntrica* en exceso. Dejando de lado por intrascendentes las historias locales o no, las historias mínimas que forman en definitiva el devenir histórico. La historia del Uruguay es la historia de las microregiones pero también de las macroregiones, y sobre todo de las fronteras. Así como la historia universal es únicamente europea, la historia uruguaya es esencialmente montevideana.

No es cuestión de que los historiadores montevideanos visiten y observen la realidad de los campos orientales como un atento científico observa un ratón de laboratorio, sino las historias locales, la microhistoria es la que late en el terreno. Podemos desde la capital analizar la tenencia de la tierra en la frontera norte del Uruguay sin pisar aquellas tierras, pero nunca el resultado se acercará a un

resultado integral. Un gran amigo y maestro, una de esas vacas sagradas que quedan en la intelectualidad uruguaya, el profesor antropólogo Daniel Vidart una vez me aconsejó acercarme a la antropología, pues «a los antropólogos, nada de lo humano nos es ajeno». De esa disciplina uno puede aprender muchas cosas, pero la que más nos distancia es la importancia que le dan ellos al trabajo de campo. Los antropólogos están cara a cara con su universo de estudio. De esa misma forma los historiadores deben comprender el fenómeno desde esos sitios y no quedarse en un análisis centralista de esos fenómenos. La tenencia de la tierra, las lógicas fronterizas, los caudillos en el interior, las relaciones sociales, los estertores del alambramiento y hasta las consecuencias de la escolarización compulsiva, todo debería ser analizado a la luz de la microhistoria (y las macroregiones), de las historias locales, en definitiva, abrir las puertas de la historia a los historiadores del interior.

Por otra parte, las lógicas de esa historia centralista deberían abrir los fenómenos hacia una comprensión cabal y abarcativa en toda su complejidad. La historia y las ciencias sociales deben dialogar en busca de comprender los fenómenos. *La historia y las ciencias sociales* y todas las incursiones de Fernand Braudel en este aspecto siempre fueron de diálogo entre las ciencias sociales. Braudel sostiene en el libro mencionado que «el espacio de las civilizaciones constituye algo muy diferente de un accidente; si supone un reto, es un reto repetido, de larga duración»[62], en definitiva, para Braudel las civilizaciones son espacios. De esta forma se debe trabajar partiendo del fenómeno y abarcándolo de todas las perspectivas, de forma holística.

Por ejemplo, la geografía y el trabajo del espacio geográfico, su impacto y la relación con la comunidad; la cartografía de la zona y el aprendizaje que esto genera; la Historia, en forma de microhistoria local y su relación con el relato tradicional; la sociología en tanto dinámicas particulares que se dan alrededor del fenómeno, y hasta antropología en tanto fenómenos de apropiación por parte de los pueblos circundantes.

De esta forma la Historia debe dejar de lado ese centralismo lindando

la soberbia (ese *montevideocentrismo*, que en algunos casos trasmuta en centralismo citadino) y debe abrir las puertas a las ciencias sociales.

La educación transita los mismos derroteros en medio de este nuevo siglo y las nuevas formas de apropiación del conocimiento. En el mundo del siglo XXI las formas tradicionales de trabajar con los alumnos van quedando caducas por las nuevas formas de apropiación del conocimiento. La red y su océano de conocimiento ha hecho que el docente deje de ser un faro que ilumina, un poseedor de conocimiento para ser un facilitador, un actor que debe hacer que justamente el alumno no se ahogue en ese océano de información. Las técnicas de investigación con los alumnos en todas sus variantes son el futuro en educación. Y mucho más el análisis de un fenómeno cercano a los alumnos desde todas las aristas (obviamente partiendo desde la disciplina del docente). Como decía Marc Bloch antes de morir en manos de los nazis, cada ciencia no es más que un escalón hacia el conocimiento universal que es claramente una utopía, pero que su trabajo es justamente que caminemos.

Historia, ciencias sociales y educación son el desafío de los investigadores sociales en el siglo XXI. ¿Se puede hacer una historia no centralista y abarcativa? ¿Podemos analizar diferentes fenómenos en las diferentes microregiones o macroregiones? ¿Podemos analizar la frontera como un fenómeno diferente y con sus propias lógicas? ¿Podemos abrir la portera a los historiadores del interior de una vez por todas, sin tener que santificarlos desde la capital?

Ese es el mayor desafío.

62 Fernand Braudel: *La Historia y las ciencias sociales*, Libro de Bolsillo, 1970, p. 180.

UNA HISTORIA PATRIARCAL

La realidad social son nuestras relaciones sociales vividas, nuestra construcción política más importante, un mundo cambiante de ficción. Los movimientos internacionales feministas han construido la «experiencia de las mujeres» y, asimismo, han destapado o descubierto este objeto colectivo crucial. Tal experiencia es una ficción y un hecho político de gran importancia. La liberación se basa en la construcción de la conciencia, de la comprensión imaginativa de la opresión y, también, de lo posible. El ciborg es materia de ficción y experiencia viva que cambia lo que importa como experiencia de las mujeres a finales de este siglo.

Donna HARAWAY

¿Qué papel jugaron las mujeres en la historia de este rincón al sur del mundo? Desde ese punto de vista parecerían anularse los mecanismos que generan los cambios sociales, pues la historia no debería diferenciar entre hombres y mujeres a la hora de la compresión de los fenómenos sociales, políticos, económicos o culturales. Pero claramente vivimos en la sociedad que vivimos —marcada por la pretendida supremacía del hombre sobre la mujer—, en la que la historia, así como un constructo social, está herida de muerte por el patriarcado.

El territorio denominado Historia y escrito con *H* mayúscula está contaminado por los preceptos sociales patriarcales, mientras que la memoria es una sobreviviente, en tanto no delimita posibilidades de género a la hora de generar recuerdos. Pero cuando los pasamos por el tamiz de la racionalidad, esta está igualmente contaminada y vencida de antemano. Todo lo que pasemos por su tamiz terminará sostenido por estos preconceptos. Es mucho más profundo que colocar una «historia de mujeres brillantes» o una serie de biografías de mujeres en la historia, de hecho, eso es más humillante que darles vuelta la cara. Pues la historia patriarcal no es exactamente la historia de hombres brillantes, todo lo contrario, en casi todas las ocasiones.

> Según las tradiciones de la ciencia y de la política «occidentales»—tradiciones de un capitalismo racista y dominado por lo masculino, de progreso, de apropiación de la naturaleza como un recurso para las producciones de la cultura, de reproducción de uno mismo a partir de las reflexiones del otro—, la relación entre máquina y organismo ha sido de guerra fronteriza.[63]

Más allá de la sátira de Haraway, en *El Manifiesto Cyborg* (y sus contradicciones internas) ella recalca los dualismos antagónicos que rigen el discurso occidental (patriarcal, colonialista):

> Los más importantes de estos turbadores dualismos son: yo /otro, mente/cuerpo, cultura/naturaleza, hombre/mujer, civilizado/primitivo, realidad/apariencia, todo/parte,

> agente/recurso, constructor/construido, activo/pasivo, bien /mal, verdad/ilusión, total/parcial. Dios/hombre.[64]

Estas contradicciones terminan por crear relaciones paradójicas de dominación. Más allá de que Haraway critica al movimiento feminista tradicional, sienta las bases y nos da algunas pistas de la comprensión de un fenómeno complejo.

Para esclarecer el panorama, tomemos cualquier episodio de nuestra historia y llevémoslo a su mínima expresión, cualquier fenómeno político, económico o social, y tendremos a bien darnos cuenta de la verdad: las mujeres no existen para nuestra historia vernácula. No hablaremos aquí de la historia de la humanidad, que nos podría llevar varios tomos la comprensión del fenómeno, pero nos enfocaremos en la historia oficial, esa creadora de mitos y legitimadora. Tomemos como ejemplo el nomenclátor de la ciudad capital —del que debatiremos con detenimiento más adelante— y busquemos el sitio de las mujeres. De las más de 5.000 calles de Montevideo solo 142 tienen nombres de mujeres, mientras que 2.091 son nombres masculinos. Solo poco más de un 2,5 % son mujeres mientras que los hombres representan poco más del 36 %.[65]

La historia del Uruguay es una historia eminentemente política y por ende extremadamente patriarcal en la que cuando aparecen las mujeres lo hacen como accesorios del varón, Bernardina Fragoso (de Rivera), Ana Monterroso (de Lavalleja) o relacionadas con alguno de ellos como Josefina Contucci Oribe (para muchos la hermana de Oribe). Más allá de la relación evidentemente sostenida en un discurso patriarcal, también está permeado por la relación social. Por tanto, para aparecer en la historia patria siendo mujer, además se debe estar en la clase dominante o relacionada con ella. Pero tal vez (y solo tal vez) el problema no esté en esta crítica, sino en el enfoque de los hechos, en la globalidad del análisis y la compresión del fenómeno. Tomemos un documento e intentemos analizarlo:

> Certifico, que Da Rosalía Dutra, natural de esta República y vecina del Partido de Peñarol, olvidando la delicadeza de su sexo, la timidez anexa a él, el cariño a tres hijos menor

edad que tiene, y demostrando un valor de grado eminente ha prestado relevantes servicios en el año 32 en favor de la causa del orden, practicados por sí sola y sin más auxilio que el de su patriotismo; pues en los días en que se declaró la revolución contra las autoridades legalmente constituidas, y en los que me separé de esta Plaza a reunir los beneméritos vecinos que conmigo coadyuvaron a perseguir y batir los anarquistas, se me presentó por varías veces con municiones de guerra, artículo, que siendo el más necesario, carecíamos absolutamente de él, con la extraordinaria circunstancia que las traía sobre su cuerpo y en la cantidad de treinta y treinta y cinco paquetes de cartuchos a bala en cada vez, pasando con ellos los ríos a nado, salvándolos diestramente de ser mojados y sufriendo vigorosamente toda la malignidad de la estación de invierno; del mismo modo fue la conductora en varias ocasiones de cartas y avisos interesantes, y algunas haciendo el camino de veinte y cinco leguas, exponiéndose a cada momento a ser aprehendida y quizá asesinada por los espías y partidas de los sublevados, pagando de su escaso peculio los gastos que le causaban dichos servidos, ofreciéndose a continuarlos y aumentarlos: Por tanto y a su petición le doy la presente, recomendándola muy particularmente para que sea considerada y premiada, por ser así de rigurosa justicia.

Montevideo, Diciembre 2 de 1854.

Man.l Oribe'

¿Quién era esta mujer, Rosalía Dutra? Y, sobre todo, ¿qué nos dice de su sociedad y de la nuestra? Codo a codo, desde el barrio Peñarol, defendió junto a Manuel Oribe la institucionalidad en tiempos turbulentos. Eran las primeras épocas del Uruguay como país, Fructuoso Rivera era el presidente y Manuel Oribe, ministro de Guerra. El presidente sufría el levantamiento de Juan Antonio

Lavalleja en la campaña, que intentaba derrocarlo. 1832 fue el año en el que Rosalía entró en acción. El mismo Manuel Oribe, flamante ministro de Guerra del Gobierno de Rivera, detalló sus proezas y pidió recompensa por ellas. Rosalía llevó adelante una actividad que, para el ministro y coronel mayor del Ejército, fue vital. Rosalía culminó recibiendo una suma de cien pesos, más veinticinco pesos mensuales, otorgados por la Cámara de Representantes. Pero más allá de esta historia, que puede ser narrada en clave heroica, más allá podemos preguntarnos cuál era el papel de la mujer en aquella sociedad y cuál es la visión que nosotros tenemos de ese papel.

En pocas palabras, la historia de Rosalía, o de Josefina o de Juana, no lava las culpas del patriarcado, ni siquiera lo exime de los cuestionamientos presentes. El nudo gordiano de la cuestión no es cuántas mujeres fueron heroínas de guerra, sino justamente por qué deberían ser heroínas de guerra para estar en la historia. La historia de Rosalía —por ejemplo— no es algo para jactarse, pues lo que hace en definitiva es convertirse en una prueba de la supuesta incapacidad de la mujer, lo esgrime con claridad Oribe al principio de la misiva. Si la historia (así como el devenir de los hechos) ha sido patriarcal, no dejemos que la Historia (el análisis de ese devenir) también lo sea. Es una cuestión epistemológica más que militante.

63 Donna Haraway: «Manifiesto Cyborg» en *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Madrid: Cátedra, 1991, p. 254.
64 Ibídem, p. 304.
65 atunombre.uy

UNA HISTORIA DEL TRABAJO (O DE LOS TRABAJADORES)

> Pretendo rescatar al obrero del punto, al caído ludita, al «anticuado» tejedor a mano, al «utópico» artesano, e incluso al engañado seguidor de Joanna Southcott, de la enorme condescendencia de la posteridad. Sus oficios y tradiciones podían estar muriendo. Su hostilidad hacia el nuevo industrialismo pudo ser añoradiza, un mirar atrás. Sus ideales comunitarios pueden haber sido fantasías. Sus conspiraciones insurreccionales pueden haber sido temerarias. Pero ellos vivieron esos tiempos de aguda perturbación social, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas, en términos de su propia experiencia…
>
> **E.P. Thompson**

La historia del Territorio Oriental del Uruguay no es únicamente una

historia política (eminentemente providencial), no es una historia de glorias, como ya hemos intentado explicitar. Por ejemplo, entre 1817 y 1828 (años más, años menos) este trozo de tierra al norte del Río de la Plata formó parte de Portugal y luego de Brasil. Piénsese en una lista de cinco libros sobre ese tema y seguramente solo dos o tres salgan a la luz antes de ponernos a indagar en la Biblioteca Nacional. Ahora piensen en alguno de los mitos antes propuestos y verán que aparecen en su mente por lo menos diez, si no más publicaciones.

La historia de este territorio pide a gritos renovación, no solo en sus temas, sino en sus enfoques, una historia que ha caído rendida a los pies de los partidos políticos a lo largo de los siglos XIX y XX debería buscar otros horizontes en este siglo XXI. Ver más allá de su ombligo montevideano y abrirse a la búsqueda de nuevos horizontes y nuevos temas e interpretaciones. La historia del trabajo no deja de ser la historia de los patrones, no de los trabajadores. No hablamos de los trabajos académicos circunscriptos en la Universidad, que ha seguido su derrotero y obviamente está generando sus debates y cambios, pero siempre a la interna de un endogrupo y cerrada a la masa.

Una muestra: los oficios

La historia de este territorio es también —en un sentido muy amplio— la historia de sus actividades productivas, de lo que se ha denominado en sentido estricto como Economía. Pero esa sucesión de hechos y procesos es también, en un sentido más reducido, la historia de los trabajadores que forjaron esos procesos a lo largo de los años; en definitiva, economía y sociedad, y en esos intersticios se encuentra el trabajador preindustrial. El que forja con sus manos, quien manufactura la materia prima a través de un oficio. Esos oficios forjaron la historia del Territorio Oriental del Uruguay a través del trabajo y de técnicas que han quedado más o menos en la memoria colectiva. Algunos dirán que pretendemos ingresar en terreno de antropólogo, y es exactamente lo que pretendo hacer. Aunque la pregunta es si estrictamente es terreno antropológico o puede ser un territorio de diálogo entre las dos disciplinas. Los oficios, el trabajo, las técnicas, en resumen, una historia productiva. Las estructuras (algunos

se encuentran incambiados desde los tiempos coloniales) y las coyunturas que han precipitado cambios fundamentales en las técnicas y las formas de intercambio. Pero más profundamente qué papel han jugado las fuerzas productivas y los trabajadores en la historia de este territorio.

Una historia navegando entre la microhistoria y la historia económica y social, los trabajadores, sus oficios y la permanencia de estos en la sociedad uruguaya. Son una inmensidad de trabajos: guasqueros, cuchilleros, esquiladores y ladrilleros son solo algunos de los oficios que forjaron esta historia.

Una historia de esos oficios parte de la base del trabajo como transformador de la sociedad y las manos como vehículo; por tanto, la idea fuerza sería encontrar nuestros más antiguos oficios en el devenir histórico de la Banda, la Provincia y el Estado Oriental del Uruguay a lo largo de más de doscientos años.

Oficios e historia: algunos ejemplos

Según el ensayista Alberto Zum Felde, de 1700 a 1800, tiempo de la colonia, sin abuso de metáfora, la Banda Oriental vive una especie de edad del cuero. El cuero era en ese entonces la materia prima de toda la industria. Todo era hecho de cuero, por tanto, el guasquero (o el trabajador del cuero) ocupaba un lugar preponderante en aquellos tiempos primigenios.

Desde la colonia y durante el siglo XIX, el monte y el río fueron la base de gran parte de la población de la banda, desde los indígenas, los gauchos o los paisanos, lo que José Pedro Barrán denomina con maestría «la barbarie» se explica inicialmente por el medio.«Una primera comprobación: la naturaleza dominaba al hombre», así versa el primer párrafo del libro *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. De esta forma los baqueanos del monte y del río eran los amos de aquellas desoladas tierras. Carboneros, pescadores del río, cazadores, entre otros, habitaban el monte y el río Uruay.

Ese mismo siglo XIX es también el siglo de los cuchillos largos

(utilizando a voluntad una frase de Carlos Real de Azúa). En los tiempos turbulentos de la revolución, recién nacido el siglo XIX, cuando los sables y los cuchillos se convirtieron en los protagonistas, seguramente el cuchillero, artesano del facón, tomó gran importancia en aquellas sociedades alzadas en la forja de la patria.

A mediados del siglo XIX comenzó un proceso de cambios en la economía uruguaya denominado «Revolución del Lanar» por parte de los historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum. Uruguay entra de lleno a la economía mundial, ofreciendo un producto a las economías industriales ansiosas de una fibra que supliera al algodón. De esta forma el esquilador aparece como protagonista de estos tiempos.

Entre fines del siglo XIX y principios del XX, Uruguay experimentó un auge sostenido de la construcción. Se multiplicaron los proyectos en la capital tanto como en el interior. Recordemos emprendedores como Emilio Reus o el mismo Francisco Piria. El ladrillero y el pedrero, oficios por cierto antiguos, tomaron protagonismo en aquellos tiempos.

A principios del siglo XX apareció fugazmente el sueño de la independencia energética de José Battle y Ordóñez y el intento de desarrollar la alconafta a partir de vegetales, lo que hoy se conoce como biocombustibles. El desarrollo de la plantación de caña obedecía a esos sueños. El tiempo y los intereses hicieron naufragar los sueños batllistas de monopolio y biocombustibles, pero dejaron una forma de vida al norte del norte: los cañeros y los peludos, una dialéctica que se complejizó en los años subsiguientes. En los años sesenta la situación de los trabajadores de la caña, los denominados «peludos», eclosionó junto a la situación de un país en plena crisis estructural del modelo ISI. Los peludos liderados por Raúl Sendic llevaron a Montevideo sus peticiones en un hito del sindicalismo y la lucha social hasta hoy recordado.

De esta forma, los oficios también son parte integral de la historia de este territorio, aunque su importancia no es vista con ojos históricos en la mayoría de los casos. La historia es en general la historia de los patrones. El desafío es seguramente abrir la historia a las demás

ciencias sociales y viceversa. ¿Cuáles oficios están desapareciendo, por qué y qué sentido histórico han tenido? Antropología e historia definitivamente deberían charlar.

MACROFÍSICA DEL PODER: LAS ÉLITES Y LAS CAMARILLAS

> […] la clase dirigente del principio de nuestra formación nacional y que se integró con distintos sectores: estanciero, comercial, burocrático, militar, letrado y eclesiástico. Una clase que participó de intereses, ideales y modos de vida religantes y comunes, sin que esto obste a la existencia de acentuadas, de profundas tensiones internas.
>
> **Carlos Real de Azúa**

Hay preguntas (y respuestas) que cambian según transiten a lo largo del tiempo. O sea, si nos preguntamos determinadas cosas en tiempos lejanos e intrascendentes, obtienen una respuesta, mientras que si lo hacemos a la luz del presente o la tan mentada historia reciente, cambia completamente la contestación. También hay una cuestión muchas veces geográfica, si los hechos suceden lejos de nuestra comarca también obtienen respuestas disímiles que si son a nuestro alrededor.

El imperialismo es uno de ellos. Podemos vislumbrar el imperialismo

(sea europeo, norteamericano, soviético, chino, dependiendo la época o el lugar) nítidamente lejos y enquistado en el pasado, pero se nos hace difícil traspalarlo a nuestra cercanía y en este tiempo. Lo mismo sucede con las élites y las camarillas, lo que en otros tiempos se englobó con el paradigmático y también profético nombre de *oligarquías*. Podemos encontrar a lo largo de nuestra historia, más o menos nítidamente, grupos de poder (económico y político) que interfieren en el desarrollo de ese devenir histórico, quitándole definitivamente ese halo romántico de la historia patria. ¿Quién puede dudar del papel ejercido por la ARU (Asociación Rural del Uruguay) en el proceso bautizado como de modernización que se dio en el último cuarto del siglo XIX? ¿Cuál es la importancia de la categoría creada por Carlos Real de Azúa del patriciado uruguayo[66] para comprender nuestra historia?

Pero ¿qué tal en la actualidad? ¿Cómo podemos colocar en perspectiva esas élites? ¿Qué papel jugaron en nuestra historia?

Una de las preguntas más repetidas y de las incógnitas más comentadas en la historia política del mundo tiene que ver con la capacidad de algunos individuos o grupos de poder llegar a la cima en el universo político y la notable incapacidad de otras —pese a su inteligencia o probidad— de alcanzar aquellos sitiales. La historia política contemporánea, en la que la república —aristocrática inicialmente y devenida lentamente en democrática— a partir de la Revolución francesa a finales del siglo XVIII fue ganando terreno en occidente hasta convertirse en el sistema político ideal de las sociedades occidentales, esconde esas incógnitas en lo más íntimo de sus entrañas. Más allá determinó la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica unos años antes, implantando la primera república moderna del mundo.

La cocina, diríamos coloquialmente, es el sitio donde se pueden responder todas esas preguntas en el sistema político más participativo por antonomasia, la democracia. Pero es extremadamente dificultoso poder ingresar a esa cocina política.

La democracia moderna —indirecta, representativa— trae

intrínsecamente un nuevo perfilamiento de las figuras públicas, los representantes, los que en última instancia discutirán y tomarán decisiones de lo público. En definitiva, en sentido griego ampliado de la política, los asuntos de la polis, ya no tratados en el ágora ni en la colina del Pnyx, sino en un cuerpo intermedio. Allí es que toman preponderancia en occidente los políticos, los cada vez más profesionales de la tarea pública, ya sea legislativa o simplemente ejecutiva.

Muchos autores han intentado explicitar el papel de los políticos en las sociedades actuales, desde Max Weber hasta Edgar Morin. Se ha complejizado el tema de los políticos, la política y las élites gobernantes. Weber lo simplifica inicialmente como una persona que aspira al poder. La pregunta seguidamente podría ser para qué pretende ese poder. Las respuestas podrían disparar varios juicios de valor inmediatos en el lector. O sea, vivir de la política o vivir para la política, acceder al poder como medio o acceder como fin, aunque en todas las opciones el poder es la razón. Detrás del político hay sin embargo grandes dosis de ego, entrelazadas con altas inyecciones de altruismo, según algunos autores.

Pero más allá del análisis del qué, debemos también vislumbrar el cómo. La pregunta queda siempre abierta: cómo pueden algunos llegar y otros quedar estoicamente en el camino en las carreras políticas. El instinto, la retórica aplicada, la comunicación y los niveles de popularidad son algunos de los ítems que podemos analizar a la hora de encontrar esas diferencias. Platón en su obra *La República* sindicaba que esos quienes tenían la misión de dirigir debían ser los más sabios. Recordemos que la palabra *gobierno* deviene del griego antiguo «pilotar una nave» o «timonear». Según Platón, aquellos que debían colocar sus manos en ese timón debían ser los más sabios, dado que debían basarse en la observación de la realidad y la puesta en práctica de ideas renovadoras según esa observación. Aristóteles por su parte proponía una óptica científica de la política, en la que los protagonistas analizarían la sociedad tomando en cuenta factores culturales, sociales, psicológicos, para así establecer las políticas más certeras.

La pregunta, tras dos mil quinientos años de evolución política desde que los antiguos atenienses ensayaron su democracia —o isonomía—, radica en el papel de esos hombres y mujeres que forman parte de la política. Los políticos, los protagonistas de esos cambios, los que forman en los tiempos actuales —en mayor o menor medida— una élite política.

¿Qué es pues una élite política? Y, sobre todo, ¿qué papel tienen —y han tenido— esas élites en la historia del país? Palabra devenida del francés, *elegir, elección* o *selección* hasta el siglo XVI, que fue mutando en el siglo siguiente hasta que finalmente en el siglo XVIII toma su forma moderna, sindicando un grupo de personas. Primariamente abrazado a las concepciones de la revolución Francesa, en la que se relacionaba el término con ese grupúsculo que llegaba al poder por sus capacidades y aptitudes y no por su sangre o su familia. El concepto rápidamente se puso en tela de juicio o se teorizó en el siglo XIX. Fueron los sociólogos italianos Vilfredo Pareto (1848-1923) y Gaetano Mosca (1858-1941) los creadores de la teoría de las élites. Mucha agua debajo del puente ha pasado desde aquellos tratados del siglo XIX, y las élites han mutado en la concepción de los cientistas sociales, aunque siempre han sido y serán una preocupación.

Pareto y Mosca

Vilfredo Pareto planteaba que las sociedades estaban divididas entre conductores y conducidos. Los conductores además estaban divididos en dos grupos, dos tipos psicológicos, los zorros y los leones, los primeros prevalecen gracias a sus maquinaciones, y los otros a su fuerza.

Gaetano Mosca, por su parte, analizaba los pormenores de las sociedades, incluso aquellas menos desarrolladas «a los comienzos de la civilización», y llegaba a la conclusión de que existen dos clases de personas, las que gobiernan y las otras. Esas élites pueden legitimarse en diferentes puntos, ya sea la

aristocrática-autocrática o la democrática liberal.

El concepto de élite no es por tanto el de oligarquía, porque no es esencialmente económico —aunque esté extremadamente relacionado. Algunos autores dividen las élites en tres compartimentos, como T. B. Bottomore, el de los intelectuales, el de los industriales y el de los altos funcionarios del Gobierno. Charles Wright Mills, el sociólogo norteamericano, determinó que las élites se dividían en tres sectores, la economía, el ejército y la política.

Según la mayoría de las teorías las élites deberían ser la reunión de los más destacados hombres públicos, más allá de su hermetismo en algunos casos, más allá de egoísmo o sus exclusiones sociales. Pero detrás de las élites descansa otro grupo, que ha sido sindicado por los teóricos y que no se mueve dentro de las lógicas de estas. Las camarillas. Las camarillas no se mueven por las capacidades, el altruismo o la genialidad de sus miembros, sino por las influencias y las complicidades.

La pregunta iniciática vuelve a reflotar. ¿Cómo determinados hombres logran acceder a puestos de poder y otros no? ¿Serán las élites o las camarillas las que los aúpan hacia el poder? ¿Qué papel juegan las camarillas, las élites y sobre todo las oligarquías en la historia vernácula? ¿Los mitos que tragamos a gusto fueron confeccionados por esas élites y esas camarillas? ¿Son esas élites un mito en sí mismo?

66 Carlos Real de Azúa: *El Patriciado Uruguayo*, Montevideo: Editorial Asir, 1961.

UNA HISTORIA PLAGADA DE SECRETOS: LA MASONERÍA

> Los pueblos ya saben quién es usted, saben lo que experimenta usted de esos pícaros francmasones. Conocen la ingratitud de ellos.
>
> **Carta de Felipe Cardoso a Artigas según Clemente Fregeiro**

Los secretos son a la historia nacional lo que la trama a una buena novela, y de la misma forma que una novela se desarrolla gracias a esa tensión dramática, la historia vernácula necesita de forma desesperada de los secretos (así como de los mitos).

La masonería y su papel en la historia del Uruguay han sido esencialmente sublimados por una historiografía filomasónica en muchos casos. Hemos convertido aquellos hechos en mitos indestructibles y necesarios, por ende, intocables. Hoy todos sabemos que los treinta y tres orientales no eran treinta y tres ni eran todos orientales, pero el mito persiste y resiste en el imaginario colectivo. Y detrás de ese número se esconden los tentáculos de la masonería. Tanto Manuel Oribe como Juan Antonio Lavalleja fueron maestros masones y ese número los representa.

> «No tengo como ponderar a usted los pasos que he dado en esta a fin de transar las disensiones de esta Banda Oriental

> a favor de usted, pues no me he quedado amigo que no haya visto, para que se empeñe con este pícaro gobierno, a fin de quitar esa cuadrilla de pillos que le han mandado a esa Banda, solo con el destino de usurpar a usted sus sacrificios a favor de la Patria, y de hacerse dueños de esa Banda, como lo sé de positivo. Amigo, hablo a usted con la ingenuidad que debo hacerlo a un paisano redentor de la América, tal es usted, aunque estos francmasones lo quieran ocultar…». Más adelante le pide al caudillo que «… no se fie de nadie», para finalmente sentenciar, «los pueblos ya saben quién es usted, saben lo que experimenta usted de esos pícaros francmasones. Conocen la ingratitud de ellos».
>
> (Carta de Felipe Cardoso a Artigas según Clemente Fregeiro)[67]

Detrás de las paredes infranqueables de las tesis clásicas en la historia vernácula, despuntan algunos vacíos, algunos olvidos y otros malintencionados mitos que determinan nuestro ser. Detrás de las líneas divisorias de la historia, detrás de un biombo repleto de subjetivaciones amables, encontramos un considerable número de secretos evidentemente sepultados sobre una montaña de alegorías, mitos y ficciones. Estos mitos tragan hechos y vomitan quimeras. De esta forma la influencia de estos grupos ha sido minimizada a lo largo de la historia nacional, amén de que fueron ellos mismos —los masones en este caso— quienes escribieron en mayor o menor medida esa Historia. Hoy en día, quizás creyendo estar vacunados contra esa mitificación, observamos a la masonería como un fenómeno inocuo y hasta simpático. Existe claramente una relación entre esa visión y el poder que este grupo detenta. Masonería y poder parecen dos palabras inseparables o que, con algunos matices, podemos unirlas casi periódicamente. Mejor dicho, la masonería es el grupo secreto (o discreto) que más incidió en nuestra historia de forma directa, pero la Historia ha dejado de lado su significación. ¿Por qué?

Existen en la historia nacional una serie de secretos a voces que se han

enraizado en nuestros mitos y leyendas, son parte integrante de ese monstruo, de ese Leviatán que nos persigue. De hecho, la masonería ha sido uno de los mayores proveedores del monstruo, lo ha alimentado y se ha escondido tras sus fauces. Por tanto, se debe romper ese pacto tácito de silencio para poder comprender cabalmente nuestra historia. Cabe destacar que la masonería no es en ningún caso un bloque monolítico de opiniones, ni un grupo semimesiánico que digita destinos y personas, pero tampoco un grupo inocuo sin intereses. Sostiene Mario Dotta que se debe

> […] desestimar la conseja que ha hecho vox populi sobre los estilos, fines y función de la Masonería, como si sus integrantes fueron unánimes en cuanto a pensamientos sociales y políticos, como si fuera un frente monolítico frente a los cambios y al devenir histórico.[68]

El autor hace esta salvedad después de marcar meticulosamente a los masones orientales y su relación con el poder. Si bien en muchas épocas históricas, como es el ejemplo de una etapa de la Revolución francesa (1789) en la que los masones se dividieron en sus posturas, es claro que las logias influyeron de forma intensa en la historia del Territorio Oriental del Uruguay.

Manuel Claps sostiene que la masonería fue activa en los tiempos en que estalló la Revolución de mayo en 1810. Claramente las revoluciones hispanoamericanas agitaron las fibras de las logias, en tanto sus ideas libertarias iban en consonancia con estos movimientos. El huevo a la gallina. Las ideas masónicas repercutieron en las revoluciones o las generaron. Es claro que las ideas de la masonería se daban de bruces contra el *statu quo*, ya sea la monarquía absoluta como la Iglesia católica y sus preceptos. A lo largo de la historia europea los masones fueron más o menos perseguidos por las monarquías y sobre todo por la Iglesia. Las logias, por ejemplo, fueron reprimidas por Fernando VI y Fernando VII en España. A principios del siglo XIX estallan las revoluciones hispanoamericanas, tras las invasiones napoleónicas a España y la acefalía con respecto al Reino de Indias se desata la lucha contra el poder español, en principio en

defensa del rey Fernando VII, en una lucha por la autonomía juntista que escondía tras una máscara (según algunos autores) las ideas de república e independencia. En estos movimientos es que aparece la masonería y su influencia, a veces como grupo medianamente homogéneo y otras como integrantes de él actuando de forma más o menos caótica. En pocas palabras, la masonería tendrá influencia en estos hechos simplemente porque los protagonistas de estos episodios serán en su mayoría de estas logias.

Claps sostenía, por ejemplo: «Al producirse los acontecimientos de mayo de 1810, la masonería se muestra muy activa. Entre los patriotas figuran varios masones conocidos». Y cita algunos ejemplos, Pablo Zufriategui, Santiago Figueredo, José Rondeau, José Valentín Gómez y agrega a José Benito Monterroso, aunque este último sin demasiadas pruebas. De hecho, Mario Cayota[69] sostiene con contundencia que no existen pruebas definitivas de la inclusión de Monterroso en las logias. Pero más allá de este detalle, podemos encontrar en toda la historia nacional esas influencias directas o indirectas, sepultadas tras un cúmulo enorme de mitos.

Es clave para comprender los inicios de esa influencia concebir una logia paramasónica que lideró los sismos de las sucesivas revoluciones. La logia Lautaro.

Fue iniciada por Francisco de Miranda (1750-1816), un masón iniciado a los misterios de la masonería en Inglaterra y que trajo consigo las ideas de la Ilustración europea. Luchó a las órdenes de George Washington codo a codo con el marqués de Lafayette, fue general junto a Charles François Dumouriez en plena Revolución francesa (su nombre está inscripto en el Arco del Triunfo de París), tuvo cercanía nada menos que con Napoleón Bonaparte, trabó amistad con Sir William Pitt (primer ministro de Jorge III) y hasta se cuenta que fue amante de Catalina la Grande de Rusia. Fue Miranda quien inició el camino que siguieron otros revolucionarios como José de San Martín o Bernardo de O'Higgins. He aquí una pista. Podemos encontrar una relación medianamente directa entre esta logia, las revoluciones y finalmente la independencia de este país. Todo sin

colocar al mito máximo en estas logias. Artigas no era masón, pero estaba completamente rodeado de masones.

Lautaro —líder de los mapuches— da nombre a la logia que fue protagonista de los hechos entre 1810 y 1830. Lautaro fue responsable de las victorias mapuches frente a los españoles en el siglo XVI y fue quien ultimó a Pedro de Valdivia. Esta logia formaba parte de la Logia Gran Reunión Americana o también llamada de los Caballeros Racionales. Miranda fue su fundador y la erigió bajos los preceptos de libertad y república, eminentemente conceptos ilustrados. Cuando hacemos una lista de los miembros de la logia, todas las preguntas se responden al instante.

José de San Martín, Bernardo de O'Higgins, Carlos María de Alvear, Manuel de Sarratea, Manuel Belgrano, Bernardo Monteagudo, Juan Martín Pueyrredón, entre otros, formaban la logia. Más allá de este dato, encontramos también a las logias regulares apoyando las revoluciones y a sus miembros activos en la lucha, ya sea Simón Bolívar al norte o Mariano Moreno al sur. Los morenistas, liderados por el hermano de Mariano, Manuel Moreno, habían creado una asociación política, la Sociedad Patriótica, que tras el asesinato de Moreno (1811) se unió a la Logia Lautaro.

La revolución estalló en estas tierras en la capital del virreinato —Buenos Aires— el 25 de mayo de 1810. Allí se declaró la «Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata a nombre del Señor Don Fernando VII», coloquialmente recordada como la Juan Grande. Aquella primera junta tenía ocho miembros, sin contar al presidente, de los cuales seis eran masones. Es clara la influencia. En léxico masónico, la logia Lautaro era una logia operativa, no en el sentido medieval, así como gremios de la construcción, sino como constructora de la revolución. La masonería como tal deviene de la construcción. La génesis y la simbología de la masonería están justamente encuadradas en la etimología de la palabra *masón*, que significa «albañil». Se explica así la escuadra y el compás, la idea del Gran Arquitecto Universal como representación de la primera causa (puede interpretarse como cualquier deidad dependiendo el aprendiz),

el aplomo (opinión positiva o negativa de un profano presentado en la logia), como referencias inequívocas a la arquitectura.

Surgen en la Edad Media alrededor del siglo XII justamente a través de los gremios de constructores. Por aquellas estaciones en aquella Europa, el trabajo artesanal se organizaba en gremios o asociaciones, grupos más o menos cerrados en los que se defendían sendos oficios y a sus socios. Se trataba el tema de los precios (en el feudalismo como sistema económico no existía la libre competencia), las ventas y sobre todo la aceptación de nuevos aprendices a través de una especie de coopación (especie de iniciación). Buscando un origen de estos gremios podemos adentrarnos en el mundo romano y encontrar a los *Collegia* como origen de estas corporaciones. Había gremios de herreros, de armeros, de panaderos y de carpinteros, entre muchos otros, y su sentimiento de pertenencia era tan poderoso que hasta generaron el surgimiento de apellidos como Baker o Carpenter. Pero el gremio más celoso de sus secretos era el de los constructores, aquellos hombres que poseían el secreto de la construcción de abadías, de catedrales y de iglesias, y que contaban por ese hecho con la anuencia del poder eclesiástico. Pero que en definitiva eran artesanos. A pesar de ese detalle, lograron ciertas prebendas gracias a su trabajo complejo y de largo aliento. Fueron poco a poco haciendo de su oficio un oficio libre, lo que se denominaba un *franc-metier*, eran por tanto *franc-massons*.

En Gran Bretaña se comenzaron a organizar de forma más o menos sistemática, generando la idea de masonería operativa, todavía con un espíritu esencialmente técnico. Con el tiempo esa masonería va dejando lugar a una masonería diferente, más amplia y desembarazada de los conceptos técnicos, una masonería especulativa o filosófica. Nobles y burgueses, y hasta miembros de la Iglesia, comienzan a pedir el ingreso y, mientras son aceptados, va cambiando el sentido de las logias. Ya no se discute cómo construir un arco de medio punto o un contrafuerte, sino cómo construir al ser humano. La libertad, la igualdad, la fraternidad y el librepensamiento aparecen en las reuniones y sobre todo se discute el camino para conseguirlo. De los antiguos constructores toman las reglas, los símbolos, los ritos, el gran

arquitecto y la certeza de que «… es necesario construir este Ser de la misma manera como los antiguos construían las catedrales».

Es en el siglo XVIII que se inicia el camino de la masonería moderna con la unificación de las dos logias más importantes de Gran Bretaña, formando la Gran Logia Unida de Inglaterra y con el advenimiento del Gran Oriente de Francia. He ahí las grandes legitimadoras de las logias regulares del mundo.

Es justamente en el siglo XVIII que entran en escena estas logias en los procesos revolucionarios, despuntando sobre todo los casos de Francia y Norteamérica. Las sociedades (en general secretas), las logias y las tenidas serán una marca distintiva durante los años de las revoluciones. Los principales personajes de estas serán iniciados en los misterios de la masonería; Maximilien de Robespierre, Danton, Lafayette, Thomas Paine, Jefferson, Washington, Franklin, entre muchos otros, fueron timoneles de sus procesos revolucionarios.

Discutir la influencia de la masonería en los hechos históricos parecería una negación de los hechos en sí mismos. No hablamos en este estrado de una influencia definitiva ni mucho menos de conspiraciones, sino de una relación directa entre el poder político y económico y estas logias iniciadas en Europa durante la Edad Media. Un autor que esconde su nombre bajo un seudónimo —Jean Marie Mondine— sostiene que esa relación no es tal:

> […] es muy discutible que la Masonería como tal haya actuado en las Revoluciones norteamericana, francesa y latinoamericana. La Masonería ha creído desde siempre que sus ideales pueden aportar a la construcción evolutiva y a la felicidad de toda colectividad, aunque dicha institución sostiene un gran debate interno sobre cómo podría hacerla realidad.

Este autor anónimo se define como masón del grado 33.º del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, que es el practicado por la Gran Logia de la Masonería del Uruguay e intenta desmontar los supuestos mitos en la relación entre la masonería y la historia nacional. Sostiene más

adelante:

> Sus principios no están en juego, pero no ha llegado a darse con la fórmula para trasmitirlos y afincarlos en otros ámbitos allende la Orden, como en la sociedad civil.

Es interesante que un hombre que se esconde tras un seudónimo, miembro de una logia, maestro de la misma, quite méritos a esa misma logia en su relación con la historia vernácula. Pero más allá de definir estos temas como mitos o leyendas, es claro que esas logias eran formadas por personas con considerable poder económico y su contraparte política, y fueron ellos (y no otros) los que se encaramaron como protagonistas de nuestra historia. He aquí una pista para comprender. La masonería entonces influyó en la historia y en la historiografía, en los hechos y en la interpretación de los mismos.

¿Cuál es el resultado entonces? Una institución, una especie de sociedad de corte secreto o discreto, organizada internacionalmente a través de ciertas jerarquías a nivel interno y una insoslayable idea de fraternidad entre sus miembros. Se agrupan en logias, se reúnen en templos, sus reuniones se denominan tenidas y llevan adelante un rito (puede ser escocés, antiguo y aceptado o francés moderno, entre otros) y poseen una compleja trama de signos y símbolos que los definen, relacionados indistintamente con la historia de la institución.

¿La masonería influyó en la historia de este territorio? Parecería que a primera vista la influencia es tangible, observable a simple vista sin necesidad de una lupa. Pero los mitos, la mitificación de algunos episodios y la solidificación de una historia nacional, amable, romántica y constructora de *ethos* terminan por esconder esas influencias.

Tomemos solo un par de ejemplos muy claros.

¿Acaso la denominación «treinta y tres orientales» no responde a eso? Cualquier lector atento tendrá esa respuesta. No eran treinta y tres en número ni tampoco todos orientales, pero la consecución de un mito llevó a que este episodio —repleto de líneas tiradas hacia la unión y el

artiguismo— se convierta en un hecho iniciático de una independencia no buscada. Mucho más, el número 33 representa una categoría masónica, la de maestro. De hecho, tanto Manuel Oribe como Juan Antonio Lavalleja eran masones y ostentaban ese título. En el grupo que desembarcó en la playa de la Agraciada aquel 19 de abril de 1825 había orientales, paraguayos, mendocinos y hasta cordobeses, y no eran en ningún caso el número que la historia oficial recuerda. ¿De dónde sale el masónico número? Manuel Oribe, el segundo jefe de la cruzada, fue quien cinco años después de la gesta confeccionó una lista de los cruzados, que fue ratificada por Lavalleja. Según Aníbal Barrios Pintos hay nada menos que dieciséis listas de los cruzados, pero solo cuatro se conservan. De esas cuatro podemos encontrar cincuenta y nueva nombres. La lista de Oribe —encontrada por el mismo Barrios Pintos— representa para el *establishment* la más cercana al número original, aunque treinta y tres sigue siendo un número sospechosamente masón. En esa lista despuntaban treinta y tres nombres. La misma utilizada por Juan Manuel Blanes para pintar su obra *El Juramento de los Treinta y Tres*, una pieza pictórica y altamente didáctica, generadora ella de mitificación. Incluso la escena de Blanes transcurre durante el día, mientras que los protagonistas lo relatan de noche o en la madrugada. Testigos como Juan Spikerman, Atanasio Sierra o Luis Sacarello. Para Spikerman y Sierra arribaron a las once de la noche y para Sacarello a las tres de la mañana[70]. Pero solo son detalles.

Volviendo al número en cuestión. Quizás sea una casualidad que Oribe, miembro de la masonería y maestro grado 33 de la misma, haya cerrado la lista justamente en 33, aunque parece improbable.

Casualmente o no, el primer masón —o por lo menos uno de los primeros— fue el abuelo del redactor de la lista de los treinta y tres, Manuel Oribe.

> Los primeros indicios masónicos que se detectan en el Río de la Plata se ubican durante finales del siglo XVIII a través de masones españoles que como Don José Joaquín de Viana, llegaron a estas tierras habiendo sido ya iniciados en

la península ibérica.[71]

Según algunos autores, existieron actividades masónicas durante la colonia en territorio oriental, aunque para otros fueron las invasiones inglesas (1807) las que generaron una logia y al primer iniciado criollo, Miguel Furriol. El cuerpo irlandés de ocupación fundó una logia bautizada como Montevideo n.° 192 y fue responsable de la iniciación de Furriol. Dotta nos acerca su certificado de iniciación archivado en la Gran Logia de Inglaterra.

> Lodge N° 192, Held in Majesty's 47th Regiment of Foot. Principium et Finis. A todos los Verdaderos Noachides iluminados en los misterioso sagrados de la Cábala Divina en que ésta represente, Certificamos de nuestra parte como el portador nuestro Hermano D. Miguel Furriol, introducido y aprobado en nuestra Logia 192 bajo el Registro de Irlanda quién después de un perfecto conocimiento en los dos Grados de la Masonería fue elevado al digno y honrado Grado de Maestro Masón. Por cuyas consideraciones lo recomendamos a todos y en particular a cada uno en nuestra Fraternidad a fin de que en cualquier distrito del mundo que se halle se le reconozca como verdadero Hermano Masón que es, porque en su estado hizo cuanto pudo, siempre sin variación y con los límites en el honor. En testimonio de lo cual sellamos los márgenes de este Certificado con el sello de nuestra Logia. Dado debajo de nuestras firmas en nuestra Logia en Montevideo a 18 de julio de 1807Anno Lucis 5807.[72]

La incidencia de la masonería en la historia del Uruguay tuvo abundantes capítulos. Entre ellos, uno de los más paradigmáticos y por cierto silenciado en la historia oficial es el que tiene que ver con el levantamiento previo a la Cruzada libertadora. Ese movimiento, ese levantamiento será el génesis del otro que estalló dos años después. En 1823 un grupo de orientales en Montevideo se sublevó contra el poder de Carlos Federico Lecor, orientales que formaban parte de una organización secreta denominada los Caballeros Orientales. Lavalleja

fue uno de los que formó parte de este connato revolucionario, pues era el encargado de llevar el movimiento al medio rural. El 7 de setiembre de 1822 los brasileros se independizan de los portugueses con el Grito de Ipiranga. Más allá de románticas explicaciones, el Grito de Ipiranga representó la ruptura de un padre y un hijo, el rey Juan VI y su hijo Pedro. Durante el período napoleónico y ante las invasiones de Bonaparte a la península, los reyes portugueses mudaron su corte a Río de Janeiro. Obviamente generaron a su alrededor una fuerte dependencia de la oligarquía brasileña y su contraparte a través de enormes prebendas. Cuando Napoleón fue derrotado, el rey Juan y su corte volvieron a Lisboa, salvo su hijo Pedro. Esto sucedió en 1821.

Tras varias instancias epistolares con la orden de volver a su tierra, el príncipe —ya fuertemente rodeado por la oligarquía brasileña— decide quedarse. El 9 de enero de 1822 responde a su padre de forma contundente: «Si es para el bien de todos y felicidad general de la Nación, estoy listo, digan al pueblo que me quedo». La última frase quedó en el imaginario colectivo brasileño con altísimo valor simbólico, «eu fico». Ocho meses después Pedro tomaba la determinación de cortar los lazos con la metrópoli, en definitiva, cortaba relaciones con su padre. Se cuenta —en la misma sintonía de historia oficial y romántica— que Pedro, al enterarse de que Portugal pretendía seguir manteniendo los lazos coloniales con Brasil, gritó fuerte con su espada en la mano «independencia o muerte».

Esta situación llegó rápidamente a la Provincia Cisplatina y el desorden se hizo carne en los campos orientales. Portugueses y brasileños se enfrentaron por una cuestión de soberanías. Liberado Brasil, la Provincia Cisplatina quedaba en el limbo administrativo. El enfrentamiento se dio en los hechos entre dos jefes, Carlos Federico Lecor en favor de los brasileños y Álvaro Da Costa de Souza fiel al rey lusitano. Más allá de que los portugueses ansiaban volver a su tierra, el enfrentamiento llevó a Lecor al interior.

De esta forma aparecen en escena los Caballeros Orientales, una logia masónica regular de corte patriótico. Tras el alejamiento de Lecor de la ciudad y el apoyo de Da Costa, un grupo secreto denominado los

Caballeros Orientales entró en escena. El Cabildo suspendió la obediencia a la autoridad de Lecor y convocaron otro Cabildo llamado Cabildo Representante. Todo parecía ir bien para los revolucionarios. Los Caballeros Orientales estaban detrás de la intentona. Era una sociedad secreta de corte masónico, de la que se han perdido las actas, que funcionaba con una fachada de club de hombres, con billar y juegos de mesa, pero que venían tramando la rebelión desde mucho antes de 1822. La parte militar quedaba en manos de Juan Antonio Lavalleja. La actitud de la masonería no fue uniforme ante los hechos acaecidos en Brasil, sino que al contrario, se fracturó tanto allí como aquí. La fractura dio a luz dos masonerías que fueron bautizadas como Roja y Azul. Los imperiales formaban la masonería Azul, que —aunque señalaban en muchas ocasiones su sesgo republicano— habría nominado al emperador Pedro I como Gran Maestre, demostrando las relaciones directas y estables entre la masonería y el poder. Enfrentada estaba la denominada masonería Roja, republicana, patriótica, que estaba instalada en Montevideo e intrigaba contra el poder brasileño. Lecor había fundado tras su llegada dos logias masónicas bajo su control, los Aristócratas y la Imperial, claramente enfrentadas a las logias proporteñas o patrióticas.

Allí, en aquel Montevideo sitiado, en un inofensivo club con billar y copas, se reunían los Caballeros Orientales. ¿Quiénes eran? Sus inicios se remontan a 1814. Mientras se desarrollaba la dominación porteña de la ciudad (1814-1815), Carlos María de Alvear, presidente de la Logia Lautaro por aquellos años, funda una logia masónica de corte independentista, los Caballeros Racionales, luego rebautizada como los Caballeros Orientales. No podemos dejar pasar la magistral movida de Alvear, un revolucionario especialmente antiartiguista que siembra una logia fiel a Buenos Aires en Montevideo. Aunque sus documentos desaparecieron y a pesar de su condición de secreta o discreta, sabemos que estaba formada por más de trescientos miembros, que poseían el rito escocés antiguo y aceptado y los treinta y tres grados de este, y hasta poseían dos medios de prensa, la *Aurora* y el *Pampero*. Algunos nombres que sobrevivieron al olvido, Santiago y Ventura Vásquez, Gabriel Antonio Pereira, José Aguilar, Juan y Pablo Zufriategui, Gregorio y Francisco Lecocq, Pedro Trápani, Juan

Francisco Giró, Solano Antuña, Juan Benito Blanco, Ignacio y Manuel Oribe, Silvestre Blanco, Francisco Aguilar, José Ellauri, Roque Graseras, Atanasio Aguirre, Ramón Masini, Cristóbal Echevarriarza y Antonio Díaz. El papel de Juan Antonio Lavalleja será fundamental en esta, pero ya a partir de 1822. Emparentados con la Logia Lautaro, se definían como patriotas pero claramente apartados de los preceptos de Artigas (quien obviamente no era masón). La respuesta que da un testigo contemporáneo al proceso es poco menos que escandalosa. Un texto anónimo transcripto por Martha Campos de Garabelli en su libro *La Revolución Oriental de 1822-1823* y que cita con tino el historiador Mario Dotta sostiene que dicha logia:

> […] trabajó en el sentido de la pacificación del país, para evitar su desolación en una pequeña guerra inútil y ruinosa que sostenían las partidas de Artigas. En esto estaba perfectamente de acuerdo el Barón de la Laguna que secundaba aquellos trabajos.[73]

Eso explica en parte que la logia fuera soportada por las fuerzas imperiales.

La intentona fracasó y Lecor entró triunfante a Montevideo. Rivera, caudillo eje de la campaña, permaneció fiel al Barón de la Laguna, y de esta manera fracasaron los revolucionarios y Lavalleja terminó exiliado en Buenos Aires.

Las preguntas surgen por sí solas en relación con estos temas, y nada tienen que ver con conspiraciones ni algo parecido, sino simplemente un grupo de personas que actúan unidas por una institución con fuertes lazos ideológicos así como fraternales.

Pensemos en el nacimiento del Uruguay, en la Convención Preliminar de Paz de la que hemos hablado con fruición. La mayoría de los firmantes eran masones, cinco masones a los que podemos sumar al emperador Pedro I y a Rivadavia.

Hasta allí podemos llegar en tiempos de la creación a fórceps de un país, de un Estado (Vázquez Franco lo llamaría un «remedo de

Estado»[74]) o de la absoluta falsación de la idea primigenia y natural a aquellos tiempos. Más allá podemos encontrar las influencias de estas logias en el siglo XX e incluso en el XXI, solo es cuestión de proponérselo. Quitando ese halo, ese manto de silencio que muchos dirán ante esta publicación y otras que no existe, pero que allí está.

67 Mario Cayota: *José Benito Monterroso. El inicuo destierro de un ilustre ciudadano*, Montevideo: Cefradohis, 2011, p. 101 y 102.

68 Mario Dotta: *Caudillos, doctores y masones. Protagonistas en la Gran Comarca Rioplatense (1806-1865)*, Ediciones de la Plaza, 2008, p. 22.

69 Mario Cayota: *José Benito Monterroso. El inicuo destierro de un ilustre ciudadano*, Centro Franciscano de documentación histórica, 2011.

70 Edmundo Narancio: *La independencia de Uruguay*, Ayer, 2000, p. 285-286

71 Humberto Scardino: «Breve esquema con los antecedentes sobre el desenvolvimiento y actuación de la Masonería en el Uruguay siglo XVIII y XIX», en Mario Dotta: *Caudillos, doctores y masones. Protagonistas en la Gran Comarca Rioplatense (1806-1865)*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2008, p. 12.

72 Mario Dotta: *Caudillos, doctores y masones. Protagonistas en la Gran Comarca Rioplatense (1806-1865)*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2008, p. 19.

73 Mario Dotta: *Caudillos, doctores y masones. Protagonistas en la Gran Comarca Rioplatense (1806-1865)*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2008, p. 35.

74 Guillermo Vázquez Franco: *La Historia y sus mitos*, Montevideo: Cal y Canto, 1994, p. 87.

UNA HISTORIA OFICIAL NO ESENCIALMENTE OFICIALISTA

> Parece mentira las cosas que veo… por las calles de Montevideo.
>
> **Jaime Roos**

La historia es la disciplina que estudia a las sociedades a través del tiempo —y del espacio. El pasado por ende no es el ambiente del historiador, más allá de que su materia prima principal —ese cúmulo de documentos— sea vieja y amarillenta, en general por el paso del tiempo. Las preguntas que se hace el historiador son preguntas presentes, en un contexto y con un propósito. Hace más de cien años, nuestros historiadores buscaban en José Artigas a aquella figura que uniera lo que estaba definitivamente desunido por las guerras fratricidas entre blancos y colorados, y encontraron en él un *outsider* de las luchas partidarias, un caudillo sin color, definitivamente un «pacificador». Aunque ese pacificador hacía más de cuarenta años que se encontraba sepultado en Asunción del Paraguay. Ese personaje tan controvertido por las interpretaciones de aquellos años se convirtió por la fuerza de la necesidad en un «héroe patrio». El héroe del Uruguay, un país que nunca soñó, generado por personajes (la inmensa mayoría) que no lo siguieron o lo abandonaron a la primera de cambio.

Aquellos historiadores partieron de una pregunta presente, de una necesidad básica de los Estados nacionales, un héroe unificador.

Aquella Historia nacional que se va gestando, representada fielmente por historiadores como Clemente Fregeiro o indiscutibles escritores como Juan Zorrilla de San Martín, se apuntaló en ese pasado artiguista, que hacía muy poco tiempo era tachado por improcedente. La historia uruguaya por tanto se despega en parte del discurso unitario argentino, de la historia mitrista ya mencionada (Bartolomé Mitre) o del discurso de historiadores como Vicente Fidel López. Y digo en parte porque es Artigas el principal escollo entre ambas historias, mientras los historiadores unitarios lo ven como un simple caudillo más de las pampas, un anárquico, un montaraz, lo uruguayos guardan un sitial de honor para este hijo de su tiempo.

Si uno analiza el resto de la historia rioplatense y litoraleña, podrá notar que los postulados más o menos sostenidos por lo que denominamos «historia oficial» están todos sostenidos sobre el discurso unitario. Si repasamos la Guerra Grande veremos que los unitarios formaban parte del bando riverista, denominados con el tiempo colorados por la divisa que este caudillo (Fructuoso Rivera) utilizaba como distintivo de sus fuerzas. De este modo, si uno repasa la historiografía colorada podrá encontrar una interpretación de los hechos (no hablamos de mentiras, por ahora) del tinte político que nos referimos maridado indefectiblemente con los unitarios.

Allí reside entonces el corte político, aquello que marcaba Jean Chesnaux de «comprender políticamente el pasado e históricamente el presente». El nomenclátor es una de las formas de comprender con qué historia estamos lidiando, los nombres, las ausencias y las explicaciones de esos nombres y ausencias dan la pauta de la interpretación de la misma historia. Memoria y olvido van forjando la historia oficial, aunque no sea esencialmente oficialista.

Desde 1843, en plena Guerra Grande en que Andrés Lamas, jefe político de Montevideo, presentó el nuevo nomenclátor, este estuvo sostenido en una cuestión didáctica para con la población. En pocas palabras, aquello que agrego al nomenclátor y lo que escondo es una forma de volcar mi interpretación de la historia. Esto no es inherentemente negativo, sino que es parte de la historiografía, de esas

necesarias interpretaciones. El Uruguay se ha caracterizado por historiadores que han dejado bien en claro su postura, y a la hora de leerlos uno sabe qué sostienen, y aquello no es para nada una afrenta a la disciplina. La cuestión de que Lincoln Maiztegui era blanco («como hueso de bagual») no le quita un ápice de profesionalismo a sus textos, lo mismo de Marta Canessa (de obvia extracción colorada), o quizás revisionistas como Vivian Trías o Carlos Machado.

Lo interesante es que caminando por las calles de Montevideo uno puede creer que no han pasado veinticinco años de administración izquierdista de ninguna manera. Uno creería que veinticinco años de gobierno del Frente Amplio en Montevideo y otros tantos años a nivel nacional hubiesen generado un proceso de reflexión de nuestra historia, y por lo menos se hubieran repensado algunas calles y sus explicaciones. Lo mismo sucedería tras tres gobiernos blancos, sea 1958, 1962 o el cercano 1990.

Es momento de explicitar por qué tomamos la ciudad capital para este análisis, y tiene que ver con una cuestión pragmática y no paradigmática. Es lo que tenemos a mano. Cometemos ese error esencial que marcamos algunas páginas atrás. Pecamos de montevideocéntricos una vez más, pero con plena conciencia de este error, podemos seguir adelante.

Hablo de las interpretaciones del siglo XIX, un siglo fundamental para sentar las bases del Uruguay del siglo XX. Si uno se toma el trabajo de leer autores revisionistas como Machado o Trías, o los marxistas Lucía Sala, Nelson de la Torre y Julio Rodríguez, o quizás autores más noveles, encontrará indefectiblemente una visión del siglo XIX que no es la oficial. Igualmente es claro, y lo hemos marcado páginas atrás, que la izquierda se adueña en general de postulados y de la épica blanca en el siglo XIX y de las políticas sociales del batllismo en el XX. O sea, no corta ese cordón umbilical que deviene justamente de su nacimiento, el Frente Amplio como partido político diferente y diferenciado del resto nace de un encuentro de algunos partidos de izquierda y de referentes de los partidos fundacionales. Igualmente, la historia revisionista aporta una mirada fresca (y responde muchas

preguntas sin respuesta) en aquellos años, colocando sobre la mesa los temas económicos, sociales, culturales y de lógicas de poder, abandonados por la persistente idea positivista de que la historia es historia solo si es política. Pero allí se quedaron con el nomenclátor montevideano varado en el tiempo. Parecería un detalle menor (¡las calles a quién le interesan!), pero en definitiva no lo es, pues hablamos de una interpretación histórica, hablamos de la épica que descansa sobre los partidos tradicionales actuales que se han adueñado de ese pasado.

Pero ¿en qué sitio queda entonces esa historia oficial? ¿Existe una historia oficial del siglo XIX, otra del XX y otra de lo que podemos denominar «historia reciente»?

La izquierda por lo pronto hizo suya la denominada «historia reciente», dejando de lado la otra, pero colocándola en un sitio casi sagrado y exclusivo. Generando en muchos casos discursos demasiado unitonales en los que la memoria vence a la disciplina histórica. Centenares de libros han abonado y abonan esa historia reciente, que ha sido permeada por la memoria, que en todo caso debería ser la herramienta para el historiador, no la verdad absoluta. La memoria no es historia. De esta forma y acodados a la barra de las certezas, la derecha amortiza ese discurso, dejando de lado la historia reciente (por lo menos hasta ahora) para los nichos intelectuales *revisionistas*. Cuando uno se para en las calles de Montevideo se respira unitarismo, coloradismo por todas partes —historia oficial, en definitiva— más allá de reparaciones de personajes del siglo XX, muchas veces con una plazoleta o un espacio abierto (la tumba de la renovación). La izquierda gobernante en el departamento ha dejado al abandono el siglo XIX y parte del XX para construir su propio relato oficial e intocable de la historia reciente. La historia reciente es oficial y oficialista, además de intocable y santificada, amortiza la épica de izquierda en la lucha contra la dictadura. Mientras que la historia restante la deja al abandono, no solo en los libros o relatos o en el mismo sistema educativo, sino que en el nomenclátor. Nótese nuevamente que tomo la microregión capitalina como prueba, y eso prueba al mismo tiempo mi incapacidad para testear mis ideas a lo

largo de otras microregiones del país. Algo así como cometer el pecado capital que uno ha marcado en otros. Tal vez con más tiempo y polvo en las suelas de los zapatos se pueda encontrar ese sentido a la historia.

Parece mentira las cosas que veo

Me encuentro cara a cara con la calle César Díaz y me pregunto hasta qué punto este personaje merece una calle más que el general Anacleto Medina, quien no la tiene. Cuando uno accede al nomenclátor de Montevideo, se encontrará con una explicación somera y breve de cada calle. Hoy, accediendo a la página web de la Intendencia de Montevideo, se puede con solo digitar la calle encontrar esa explicación. Allí encontramos el *Nomenclátor*, un libro escrito por Alfredo Castellanos y revisado por Mena Segarra.[75]

Pero allí comienza la sorpresa, o prosigue, tras la constatación de los nombres y las ausencias. Muchos historiadores podrán discutir largo y tendido si la definición de héroe que se hace de Díaz es aceptable, pero allí está en el nomenclátor. No menciona tampoco esta minibio la Hecatombe de Quinteros (1858) en la que perdió la vida este personaje, y cientos más, un monumento a la violencia y la barbarie partidaria.

GRAL. CÉSAR DÍAZ

Recuerda al héroe de batalla de Caseros. Según Castellanos: militar uruguayo (1812-1858). En 1838 ingresó al Ejército con el grado de teniente coronel. Declarada la guerra contra Rosas (1838), sirvió durante dentro y fuera de Montevideo. Al término de la Guerra Grande partió al frente de la división oriental en la expedición del ejército aliado argentino-oriental, al mando del general Urquiza, contra Rosas. Ministro de Guerra y Marina (1852) del presidente Giró, se pasó

> luego al bando enemigo del gobierno, contribuyendo a su caída en 1853. En 1857, fue desterrado por conspirar contra el gobierno de Pereira. Llevando a cabo su plan, desembarcó en las afueras de nuestra ciudad, perseguido y derrotado por las fuerzas gubernistas.
>
> Nomenclátor de Montevideo. www.montevideo.gub.uy

No existe una calle denominada Juan Manuel de Rosas, uno de los más influyentes personajes en la historia del Uruguay. A favor o en contra, en el acierto o el error, Rosas supone un jalón en nuestra historia. Un silencio de esquinas y plazas. Quizás cuando buscamos la explicación de Cagancha podemos tener algún indicio. La Batalla de Cagancha se dio el 29 de diciembre de 1839 entre las fuerzas federales lideradas por Pascual Echague y Juan Antonio Lavalleja y las tropas de Rivera. En los inicios de la Guerra Grande, cuando las alianzas iban gestándose, esta batalla marca la victoria unitario-colorada. Según algunos autores, no faltaron las matanzas de prisioneros. Sentencia nada menos que Eduardo Acevedo sobre los resultados de la contienda: «Prueba inequívoca de que la victoria había sido manchada con actos de matanza». El nomenclátor de Montevideo dice al respecto:

> Nombre adoptado por la Dirección de Obras Municipales a fines del año 1885. Recuerda la batalla del mismo nombre. Según Castellanos: arroyo del departamento de San José en cuyas inmediaciones el 29 de diciembre de 1839, librose una sangrienta batalla, en la cual el entonces presidente Rivera venció a las fuerzas comandadas por el general argentino Pascual Echagüe, que habían invadido la República por orden del tirano de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas.[76]

Allí tenemos una explicación de esa ausencia.

Concomitantemente a la ausencia de Rosas tenemos la aparición de Juan Galo de Lavalle, su más grande archienemigo, un unitario, quien

tiene una calle con su nombre. Cuando buscamos la explicación en el nomenclátor es escueta pero reveladora:

> JUAN LAVALLE, Recuerda al héroe de la independencia americana, prototipo del valor militar, una de las figuras más bizarras de la historia argentina; nació de Buenos Aires el 20 de octubre de 1797, murió en Jujuy el 8 de octubre de 1841.[77]

Lo tipifica como un héroe y prototipo del valor militar, este es el mismo Lavalle que asesinó al federal Manuel Dorrego para acceder al poder. La utilización del término *bizarro* denota «valentía» y no sus acepciones más modernas.

Pero más allá llega la calle que recuerda su derrota final, la batalla de Monte Caseros:

> En recordación de la batalla del mismo nombre. Según Castellanos: localidad situada a tres leguas de Buenos Aires, donde el 3 de febrero de 1852 un numeroso ejército al mando del gobernador de Entre Ríos, general Urquiza, integrado por argentinos, una división brasileña y otra oriental, derrotó al ejército de Juan Manuel de Rosas, poniendo así término a su tiránico gobierno en la provincia de Buenos Aires (1835-52).[78]

Si hay una figura que la historiografía revisionista ha revisitado en clave crítica —pero desembarazada de esos prejuicios unitarios— ha sido la de Juan Manuel de Rosas. Pero más allá de cualquier disputa o discusión historiográfica, o quizás hasta epistemológica, definir a un personaje como un tirano es claramente marcar la cancha antes de jugar. ¿Qué personaje a principios del siglo XIX, ya no solo en Uruguay sino en el mundo entero, podría definirse como democrático en términos absolutos? Joaquín Suárez gobernó ocho años de facto la «defensa» de Montevideo en plena Guerra Grande y tildaba de tirano a Rosas. Tampoco es cuestión de juzgar a Suárez o a Fructuoso Rivera, líder de su partido, sino de comprender que ese tipo de definiciones son presentes y maniqueas. Esencialmente parte de un discurso, de ese

Leviatán del que venimos hablando desde las primeras páginas de este libro.

El general Mariano de Acha (1799-1841) tiene su propia calle, quien era justamente un enemigo de Rosas no de primera línea en lo político, quizás de tercera o cuarta línea.

Está en el nomenclátor Marcos Avellaneda (1813-1841), «opositor a la tiranía de Rosas», según la edición impresa del nomenclátor, y «mártir argentino» según la aplicación de la IMM. Aparece en las calles que van y vienen Domingo Faustino Sarmiento (enemigo declarado de los caudillos federales), de la misma forma que lo hace Bartolomé Mitre. Pero nunca Juan Manuel.

De esta forma, la historia sigue allí, oficial pero no oficialista, la historia de los mitos, de la épica tan necesaria para los partidos políticos. Esta es solo una muestra. Y no es cuestión de colocar el nombre de la calle de quien yo creo «bueno» y quitar el que yo creo «malo». Es mucho más profundo que eso, quizás en realidad los personajes deben ser colocados en su real incidencia e importancia. Andrés Lamas[79] es al mismo tiempo el político excepcional y analista de la situación en el Manifiesto de 1855, como el terrible negociador y «entregador» en los Tratados de 1851 firmados con Brasil. Santiago Vázquez[80] es al mismo tiempo el impecable constituyente fundacional como el pretendidamente «traidor» y casi magnicida de José Artigas.

Justamente y en ese sentido, si el nomenclátor debe ser didáctico como lo pretendía Lamas, no podemos colocar en los carteles de las paradas de ómnibus que Rosas era un «tirano», el adjetivo no se sostiene por sí solo, más que en la historia oficial y unitaria.

¿Cómo se explica entonces que coloquemos la cabeza en la tierra, al estilo del avestruz, con hechos de nuestra historia por dolorosos que estos sean? El 30 de abril de 1877 se denominó como «Salsipuedes» a la actual calle Juan Paullier. Luego se volvió atrás con aquella decisión. ¿Por qué? ¿Y qué dice esa historia oficial, ese nomenclátor de Bernabé Rivera?

La edición impresa del texto escrito por Alfredo Castellanos y actualizado por Mena Segarra sostiene al final:

> […] En mayo de 1832 subleváronse los colonos charrúas de la localidad de Bella Unión (en el actual departamento de Artigas), recibiendo Bernabé Rivera de su hermano [en realidad era su sobrino] el presidente, la orden de someterlos. Derrotados los rebeldes en varios encuentros, un grupo de indios fugitivos volvió cara a sus perseguidores en el potrero de Yacaré Cururú (Ver **Yacaré**), dando muerte al coronel Rivera junto con el comandante Bazán (Ver **Bazán**, Pedro), el alférez Viera [Ver **Viera**, Roque] y nueve soldados de la compañía.

Las palabras sobran ante estas definiciones. Los indígenas son definidos como rebeldes, y más allá de que ese término puede ser discutido a la luz de aquellos tiempos y amén de la comprensión del pasado, también es cierto que el suceso representó una matanza aquel día o en estos días. Más allá de que gran parte de la población y sobre todo los estancieros apoyaban las decisiones del presidente, no deja de ser una matanza, y parte de un plan iniciado en los tiempos de la colonia.

La ciudad de Montevideo cuenta con poco más de cinco mil nombres en su nomenclátor, ya sea de calles, avenidas, plazas o plazoletas, caminos o bulevares, espacios o plazuelas. Una cantidad considerable que recorren los poco menos de un millón y medio de habitantes en sus casi doscientos kilómetros cuadrados. Allí descansa el nomenclátor montevideano, agazapado tras una larga historia de debates que han ido apagándose con el tiempo. Historia oficial, no oficialista, campea en las calles de Montevideo, en los nombres, en los olvidos y en las explicaciones de aquellos nombres.

¿Cuánto tiempo hace que no nos preguntamos por nuestra historia? ¿Cuánto tiempo hace que no reflexionamos sobre la misma con base en las preguntas presentes? No es cuestión de pontificar o crucificar personajes, la historia no es un juicio sumario en el que sentenciamos a los que consideramos «malos», el historiador no debe ser juez nunca,

ni debe ocupar ese lugar. El historiador debe comprender aquello que sucedió en otro tiempo bajo el peso de otra atmósfera mental, sin caer en juicios anacrónicos. El historiador no debe rebajarse a luchar con un personaje de otra época dotándolo de características presentes solo para tenerlo cerca y golpearlo a voluntad. No es tampoco un *laissez faire, laissez passer*, sino un intento de comprensión en ese camino de responder las preguntas presentes.

Algunas preguntas bastan en esa búsqueda. ¿Por qué un hecho tan importante en nuestra historia como la matanza de Salsipuedes no está en nuestro nomenclátor? La respuesta sorprende.

Se abre inmediatamente un debate que lleva varios años, que tiene como protagonistas a la historia oficial y a relatos más o menos relacionados con organizaciones y movimientos sociales. Una danza maniquea entre los buenos y los malos, dependiendo del lado de la mecha que te pares. Y al igual que dos signos iguales en las ecuaciones, las dos interpretaciones se terminan anulando.

Las posturas se han vuelto cada vez más maniqueas y se han enfrentado hasta perder sentido. La palabra *genocidio* ronda los estrados de las organizaciones sociales, mientras que hipótesis casi infantiles que le quitan toda responsabilidad a Fructuoso Rivera y hasta a su sobrino Bernabé, historias de epidemias de gripe, también pululan en los estrados opuestos.

Este silencio de calles y esquinas tuvo un momento de lucidez, hace ya más de cien años. En aquel Montevideo de 1877, en aquellos barrios que crecían tras la impronta de Francisco Piria, Florencio Escardó y otros oportunistas, se bautizaba una calle con el nombre de Salsipuedes. Una calle que atraviesa nada menos que 18 de Julio, en el centro mismo de la ciudad. La calle Salsipuedes estaba en un tramo de la actual calle Juan Paullier. El 30 de abril de aquel año la calle fue bautizada con ese nombre, en recuerdo de aquellos hechos fatídicos que se inician el 11 de abril de 1831.

Fue hasta 1919 que se transitó por última vez por la calle Salsipuedes, cuando la comuna decidió, en medio de un proceso de racionalización

del nomenclátor, hacerla desaparecer. El proceso de nombramiento de las calles fue bastante desordenado y caótico y trajo aparejadas varias repeticiones. Hasta hoy en día podríamos agregar: calle Los Ceibos, Ceibal, Camino del Ceibo, Flor de Ceibo, calle De los Ceibos, Camino Los Ceibos.

De esta forma se votaron dos decretos en la comuna, uno de ellos por unanimidad, en el que se cambiaban nombres repetidos, mientras que el segundo decreto no contó con la mayoría. Ese segundo decreto era el que renombraba Salsipuedes como Juan Paullier. Ya desde aquellos años, en pleno apogeo del primer batllismo, durante los inicios de la presidencia de Baltasar Brum, un grupo de montevideanos no comulgaba con aquella idea de barrer con el pasado.

Igualmente fueron cuarenta años de Salsipuedes en Montevideo. Cuarenta años de niños a los que seguramente aquel nombre les generaría un interés particular, «sal si puedes» ¿de dónde? Y allí estaría ese efecto didáctico que mencionaba Andrés Lamas, cuando se le pregunte a algún mayor referente. Y la historia cobraría vida.

Fue recién en 1998 cuando un grupo de ediles presentó una iniciativa para renombrar por lo menos un tramo de aquella vieja calle. Pero según consta en actas, un mar de papeleos, una burocracia inclaudicable (gobierne quien gobierne) cayó sobre la iniciativa con un mármol que la planchó para siempre.

¿Por qué una calle debería denominarse Salsipuedes? ¿Por qué no? ¿Por qué existen tres calles por lo menos que recuerdan a tres muertos en manos de los indios en el episodio de Yacaré Cururú, respuesta a lo de Salsipuedes? ¿Quiénes fueron Pedro Bazán (posee una calle y un pasaje peatonal) y Roque Viera? Fueron estos los dos militares que perecieron junto a Bernabé Rivera el ajusticiamiento por parte de los sobrevivientes de Salsipuedes. La historia los recuerda. En la explicación de tales calles se puede leer indistintamente «charrúas fugitivos» e «indios sublevados». La realidad es un poco más compleja seguramente.

PEDRO BAZÁN

Recuerda el patriota del mismo nombre. Según Castellanos: militar de nacionalidad española, incorporado a nuestro ejército como Mayor, en 1829. Edecán del gobierno de Rivera, acompañó al hermano de este, Bernabé, en su sangrienta campaña contra los indios sublevados de la colonia Bella Unión (Artigas), en la que halló la muerte, junto a su jefe, en el encuentro de Yacarí Cururú, a manos de charrúas fugitivos.

Nomenclátor de Montevideo

ROQUE VIERA

En recordación del ciudadano del mismo nombre. Según Castellanos: militar uruguayo, muerto en 1832 en un combate en Yacaré Cururú, contra indios charrúas sublevados. Con él perecieron también su jefe, el coronel Bernabé Rivera, y el comandante Bazán.

Nomenclátor de Montevideo

Detrás de estos hechos existe definitivamente una historia que contar, una reflexión que hacer, no esa mezquina búsqueda de culpables, ni una hagiografía patriótica y somnífera. Hace falta comprender nuestra propia historia, por cruda y dolorosa que sea. ¿O acaso los seres humanos debemos sepultar nuestro pasado, por terrible que sea? ¿O quizás debemos afrontarlo y aprender de él? ¿Serán resilientes las naciones?

Caminando por la ciudad me paro en el camino Alianza y parece ser un nombre efectivo. ¿Qué alianza? Y allí el nomenclátor me explica que recuerda la Triple Alianza. Hablando de resiliencia.

Según el nomenclátor, Alianza se refiere al Tratado de la Triple

Alianza, firmado por Brasil, Argentina y Uruguay, que poco después prendió fuego al Paraguay de Francisco Solano López.

> Según Castellanos: refiérese al tratado de la Triple Alianza celebrado el 1 de mayo de 1865 en Buenos Aires, entre Argentina, Brasil y Uruguay, para combatir al gobernante paraguayo Francisco Solano López. La guerra del Paraguay abarcó los años 1865 al 70.[81]

El 1 de mayo de 1865 se firma el acuerdo, los firmantes fueron Carlos de Castro por Uruguay, Rufino de Elizalde por la Confederación Argentina y Octaviano de Almeida Rosa por el Brasil. Representaban los intereses de Pedro II, Bartolomé Mitre y el general Venancio Flores. En esencia, el tratado debía ser secreto, pero la historia lo hizo público casi de inmediato. El encargado de negocios de Inglaterra en Montevideo, Lettson, logró que Carlos de Castro le entregase una copia de este en confianza. Cuenta Pivel Devoto que presuroso Lettson le envió la copia al ministro inglés Russel, que lo hizo público en el Parlamento. Era demasiado importante para el Imperio, un tratado que pronto, muy pronto, prendería fuego la cuenca del Plata. Una guerra en la que fuimos villanos, en la que formamos parte de una guerra ajena, pero nuestro nomenclátor capitalino no recuerda como una guerra, sino solo como un tratado. Según algunas fuentes, Paraguay perdió en aquella guerra mucho más de la mitad de su población. Sería vergonzoso si no fuera vomitivo.

Tampoco encuentro la calle en conmemoración al coronel Lorenzo Latorre, y allí entro en otro conflicto, cuando la historia oficial se implanta por la fuerza. ¿Será momento de repensar?

Detrás de las calles, las esquinas, las plazas y los caminos se esconde una interpretación de la historia misma y allí descansa su relación con un masivo auditorio. Olvidos ominosos y recuerdos altamente discutibles no han logrado hacer del nomenclátor montevideano un tema importante. De hecho, la Intendencia capitalina seguramente tenga temas más importantes que tratar, aunque no es menor tal interpretación de la historia. Recordemos cuántos regímenes a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo han tomado muy en serio esas

interpretaciones y las han llevado a límites inconfesables. Quién soy es una pregunta existencial que se puede responder en la soledad del ser o se puede ampliar a quiénes somos, y allí radica la importancia de la disciplina histórica.

De esta forma la memoria y el olvido juegan un partido muy importante en las calles y los espacios públicos, allí se desnuda la historia oficial y la oficialista. Por esto es eminentemente esencial tratar estos temas como preludio a una nueva historia nacional.

¿Por qué Justino Muniz no tiene una calle con su nombre? ¿Quién fue aquel hombre protagonista de la historia de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, de aquel Uruguay bárbaro y violento, caudillo de Melo y enemigo de los Saravia? Odiado por los colorados por su filiación blanca y odiado por los blancos por luchar tras las líneas coloradas. Abuelo de Justino Zavala Muniz (quien sí tiene su calle), fue justamente un episodio en el que su hija (la madre del dramaturgo), la Manca, fue protagonista el que lo termina de enemistar con Aparicio Saravia y lo empuja a la rebelión. Cuando se estaba preparando la Revolución en 1896, Antonio Floricio *Chiquito* Saravia tenía la misión de juntar gente y, junto con ella, caudillos para dirigirla. Los Muniz y los Saravia tenían una larga historia de enemistad. Las dos familias de Cerro Largo, blancas y con importantes liderazgos cada una, chocaron indefectiblemente. Aparicio igualmente sabía de la importancia de incorporar a este caudillo a su causa. Al frente de doscientos hombres llegó Chiquito a la casa de Ramón Mundo, donde funcionaba una pulpería perteneciente a José Zavala, esposo de Eugenia Secundina, la Manca. Chiquito aquilató la situación y pensó que lo mejor era mandar a un subalterno, y así fue que lo hizo. Quienes se hicieron presentes en la pulpería fueron el capitán Juan Sosa y sus hombres. El temido Juan Garra.

Los tres hijos de Muniz estaban presentes, la Manca, Alberto, de veinte años, y Segundo, el más pequeño de apenas dieciséis años, pero no estaba Justino. Los hombres de Sosa avanzaban a la voz de «no cierren las puertas, somos gente de paz», pero aquellos hombres armados, enviados por los Saravia, generaron una escaramuza en la pulpería.

Eugenia fue quien disparó la primera bala y allí mismo estalló el infierno. Los hombres de Sosa atacaron, saquearon y culminaron prendiendo fuego el establecimiento, y se desbandaron. Tras los gritos, los disparos y el humo que se disipaba notaron que Segundo no estaba. Alberto visiblemente herido viviría, pero Segundo fue encontrado muerto. En la desesperación el joven se escondió en un tonel. Eso selló su suerte. El fuego y el humo terminaron con su vida. Justino arribó poco después al establecimiento. Persiguió a los perpetradores, que se refugiaron en Brasil. De allí en más, el blanco Justino Muniz pasó a formar parte de las filas coloradas. Fue designado inmediatamente, cuando el fuego no se había apagado todavía, comandante en jefe del Ejército.

De allí en más serviría a las órdenes del Gobierno contra aquellos caudillos que habían asesinado a su hijo. La historia y sus bronces, los mármoles de los ideales estoicos caen indefectiblemente ante las miserias del ser humano. Muniz se enfrentó con Saravia en la tristemente célebre Batalla de Arbolito, el 19 de marzo de 1897, en la que Chiquito cayó en batalla. Dio la carga a la antigua, con pocos hombres que lo seguían y así quedó prácticamente solo entre las filas coloradas; y allí, tras caer de su caballo un moreno, según Luis Alberto de Herrera, protagonista de aquel hecho, el mulato Toranzo le abrió la cabeza de un hachazo. Aquello fue devastador para Aparicio. Sangre por sangre. Más tarde se volvieron a encontrar en la Batalla de Aceguá, el 8 de julio. Culminó en tablas. Muchos muertos de un bando y del otro.

Tras la paz sellada con el Pacto de la Cruz (1897), Muniz volvió a su vida familiar, y las tragedias lo signaron toda su vida. Entre 1897 y 1904 (nueva Revolución de Aparicio) murieron casi todos sus hijos, la desgracia los marcó, ajustes de cuenta familiares, accidentes y hasta conflictos fronterizos marcaron la soledad de este general. En 1904, cuando estalló la Revolución blanca de Aparicio, fue nada menos que José Batlle y Ordóñez quien lo fue a buscar. Ya casi nadie confiaba en él. Los blancos por traidor y los colorados por poco confiable. A pesar de eso, el presidente Batlle le otorga la comandancia del Ejército Sur. En el mismo combatió a su enemigo en varias oportunidades, lo

venció, fue vencido y hasta engañado por el astuto caudillo. Finalmente, tras algunas decisiones discutidas en la época, fue sustituido por Pablo Galarza. La historia de Muniz une al Partido Blanco, al Colorado y al ser en su máxima expresión humana. No hay lugar para Muniz en el nomenclátor pues los blancos lo olvidaron y los colorados no lo quieren recordar. Sí existe, obviamente, una calle para el caudillo blanco Chiquito Saravia[82]. ¿Cómo entra esta historia, estas historias, en la historia nacional? ¿Qué papel deberían jugar los que no tienen papel?

¿Muniz merece un sitio en el panteón de la patria? Pero en contraparte a la trágica historia de los Muniz, existe sin mayores conflictos una calle que recuerda a Gregorio Suárez, el *Goyo jeta*, por sus labios prominentes, o el *Goyo sangre*, según lo bautizara su secretario Carlos María Ramírez, claramente por su bestialidad. Allí radica su celebridad. Según el nomenclátor oficial:

> Según Castellanos: militar (1813-1879). Ministro de Guerra y Marina (1868-69) del presidente general Batlle, éste le dio luego el mando del Ejército gubernista contra las fuerzas revolucionarias del coronel Aparicio a quien, luego de varios encuentros, derrotó el 25 de diciembre de 1870 en la Batalla del Sauce, una de las más sangrientas de nuestras guerras civiles. A su iniciativa se debe el pueblo de San Gregorio de Polanco, en la margen derecha del río Negro en el departamento de Tacuarembó.[83]

Uno de los hombres más violentos de aquel siglo violento tiene su calle en Punta Carretas, entreverado con hombres que poco tienen que ver con este caudillo. Qué decir del Goyo jeta que no sea un monumento a la barbarie.

No es cuestión de quitar nombres, pero sí de colocarlos en su debido sitio. No es por ser parte del nomenclátor que debemos edulcorar las palabras u obviar partes trascendentales de la vida de un personaje histórico. ¿Alguien acaso puede negar que Suárez fuera quien ajustició a Leandro Gómez y sus hombres tras la toma de Paysandú? ¿Por qué entonces la copla de 1864 todavía resuena en la ciudad sanducera?:

Cielito de Paysandú
cielo de agua y galleta,
adiós, vida y hasta siempre,
si te agarra el goyo jeta

¿Acaso alguien pone en tela de juicio las matanzas llevadas a cabo en la Revolución de las Lanzas contra los ejércitos de Timoteo Aparicio, exactamente el 25 de diciembre de 1870 en la Batalla del Sauce? Se cuenta que prendieron fuego los juncos por donde escapaban los hombres de Aparicio. Ardieron en retirada.

Se cuenta que mandó asesinar a los miembros de una banda musical porque, según él, desafinaban. Este monumento a la barbarie, hijo de su época, pero muy aprendido de la misma, fue ministro de Guerra del Gobierno de Lorenzo Batlle y hasta estuvo a un voto de ser presidente tras la muerte de Venancio Flores, su caudillo. Muerte de Flores que casi sin discusión se les atribuye a los conservadores liderados por el Goyo jeta, quien había intentado asesinarlo previamente con una bomba. Plan que fue descubierto por Flores y desactivado.

Pero hablamos de miserias del ser, de tragedias, de seres humanos que no son más que «hoja enloquecida en el turbión», como describiera de forma magistral Enrique Santos Discépolo en *Canción desesperada*. Gregorio decía que odiaba a los blancos y no les daba cuartel por lo vivido en su infancia. Suárez cuenta que su madre, Demesia Moreira, cuando era solo un niño, fue asesinada por los blancos federales en el contexto de la Guerra Grande. La estancia donde vivían fue atacada por una partida, que no solo la ataron con meneadores y le hicieron dios sabe qué otras cosas, sino que la prendieron fuego delante de su hijo. Allí residía su satisfacción tras asesinar blancos, seguramente en su mente su madre seguía ardiendo todos los días, y él no podía hacer nada, solo observar.

Igualmente, algunos historiadores ven en esa historia solo una excusa para llevar adelante las más grandes atrocidades. Cuentan que la historia de la madre cambiaba cada vez que la narraba. Esa también es

la historia uruguaya, la de niños huérfanos con sed de venganza, la de padres enterrando a sus hijos por hechos que la historia oficial recuerda como muestras de heroicidad de un pueblo.

Tantas historias y tan pocas calles. Detrás de esas elecciones y esas explicaciones debería estar la importancia del nomenclátor. ¿No será momento quizás de repensar si Lorenzo Latorre no merece una calle con su nombre? La historia reciente ha sido y es para el Uruguay una enorme piedra en el zapato. ¿Cómo leer aquellos infaustos tiempos sin tomar posición? En una sociedad polarizada, cualquier intento de reflexión cae en saco roto y se convierte en un ataque para unos y para otros. ¿Existe una historia oficial del pasado reciente? La respuesta es simple y compleja a la vez. Existe una historia oficial del pasado reciente y posee los mismos problemas y conflictos de la historia del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX. Edulcorada, romántica y generadora de presupuestos morales, esa historia oficial en este caso sí es oficialista. La épica de la izquierda se baña, se tiñe de heroicidad en los años sesenta, setenta y ochenta, y ese discurso embreta a los historiadores del período. El MLN-T y la lucha armada son leídos en general con romanticismo y cierta simpatía, mientras que las lecturas en clave de los dos demonios generan una grieta, una ruptura en los discursos que enlodan cualquier análisis serio. La historia secreta (o la otra historia) busca ingresar en los intersticios, en los recovecos del discurso de unos y otros y lograr encontrar algo que se asemeje a la verdad, desembarazado de discursos oscuros y necesitados. Quizás la historia reciente oficial y oficialista santificada por la academia sea la que más problemas historiográficos tenga, sostenidos sobre un mesianismo extraordinario. Ese relato además tiene una contracara moral que influencia la elección de los temas y los enfoques.

Lorenzo Latorre, a pesar de ser un personaje del siglo XIX, cae indefectiblemente en esa trampa. Las dictaduras buscan en general legitimarse y la historia es la base de legitimación más seductora. La última dictadura uruguaya intentó legitimarse, en el proceso que el politólogo Luis Eduardo González denominó «ensayo fundacional»[84], a través de dos figuras, José Artigas y Lorenzo Latorre. Artigas sobrevivió estoico al uso indiscriminado, incluso —como ya hemos

mencionado— apareció en 1975 un libro denominado *Artigas y la seguridad nacional*, donde se planteaba la temeraria hipótesis de que las Fuerzas Armadas basaban su doctrina de aquellos años en Artigas. Pero el caudillo de Las Piedras es casi de teflón, todas las utilizaciones le resbalan. Blancos, colorados, comunistas, socialistas, militares, frenteamplistas, todos lo legitiman y cargan su mochila de significados. Pero Lorenzo Latorre no logró sobrevivir y allí quedó en el olvido. Durante el período del 2 de mayo de 1975 al 18 de marzo de 1985 se denominó coronel Lorenzo Latorre a la calle Convención. Latorre vivió gran parte de su vida en la casa de su esposa en la calle Convención. La democracia barrió con el nombre de aquella calle, intentado casi mágicamente barrer con el pasado. Y es entendible. Pero quizás hoy podamos analizar la figura de Latorre sin el peso de la última dictadura. La legitimación no es culpa del personaje sino de la lectura que intentaron hacer de él los regímenes. ¿Quién fue Lorenzo Latorre entonces? Quedan páginas y tiempo para descifrarlo.

La historia de la academia y la historia popular

Como final de este capítulo, vale destacar esa historia oficial que se replica muchas veces en la escuela y allí reposa con tranquilidad en la sociedad o más proféticamente en el pueblo. La ausencia de interés por ella no es más que la pírrica victoria de esa historia oficial (a veces oficialista a veces no) agazapada en el relato de los hechos que se dan por sentado. Uno podría preguntarse qué distancia existe entre los relatos repetidos en las escuelas de nuestro país y las investigaciones y los nuevos encares de la Historia académica, y encontraríamos una grieta profunda. La realidad es que muchas veces esos conocimientos de esa academia están pero no están, se esconden tras el Himalaya de la Universidad, un reducto inexpugnable del conociendo, allí donde ese endogrupo lo comparte y lo reparte, pero no llega a la gente. En definitiva, la pregunta persiste, para qué hacemos historia. Por tanto, se genera una bipolaridad en los relatos, por un lado la historia académica y por otro una especie de historia popular. Detrás de la primera encontramos debates, nuevas investigaciones, nuevas miradas; detrás de la segunda encontramos un relato o unos cuantos, que se

replican muchos de ellos incambiados desde los tiempos de los clásicos de nuestra historia.

La forma de encarar el artiguismo es más que elocuente. Mientras esa historia académica (lejana al vulgo) debate sobre la regionalidad del artiguismo y la imposibilidad de comprenderlo en el contexto nacional, la historia popular lo coloca en ese sitial nacional y patriótico inexpugnable, donde cualquier atisbo de reflexión cae en saco roto. Aunque más allá de todo, seguimos sosteniendo nuestra identidad en un solo hombre, Carlyle estaría orgulloso.

Es como decir que en la Batalla de las Piedras las fuerzas artiguistas lucharon contra los españoles. Eso es un reduccionismo barato que ningún favor le hace al debate histórico, más que convertirlo en una especie de partido de fútbol. Los ejércitos artiguistas llevaban la bandera blanca de los Borbones en la batalla. Quizás sea más complejo ese inicio de la Revolución, en tanto todos estaban a favor de Fernando VII, mas la forma de organización era la gran diferencia entre unos y otros, Consejo de regencia o juntas. No todo es tan simple como nos dicen, ni tan complicado como creemos.

Por tanto, esa historia popular, que se hace oficial con gusto, es la que muchos reproducimos en las esquinas, los bares, las escuelas, sin cuestionarlo. Nuestro nomenclátor es la punta de lanza de esa historia, y la reflexión sobre él es también una reflexión sobre nuestra historia. ¿Qué seriamos sin una historia? ¿Qué sería de los Estados nacionales sin una explicación (siempre extremadamente providencial) de su origen? ¿Qué seriamos sin la épica?

Los romanos, un pueblo escaso en épica en la historia de su origen, les pidieron prestada la épica a los troyanos y a los griegos. El origen de Roma según Virgilio se remonta a la antigua Troya, tras los saqueos, escapó un hombre y su padre, últimos portadores de Troya. Aquel era Eneas, y la Eneida cuenta su historia. La verdadera historia es mucho más mundana. Hurtaron épica y reprodujeron mitos.

Nuestro viaje por las calles ha estado plagado de ausencias, muchas de ellas explicables por esa historia oficial, no oficialista. Pero rascando

un poco más el nomenclátor, encontramos algunas ausencias fruto de hechos muy cercanos y dolorosos que han hecho ir marcha atrás a decisiones tomadas en tiempos oscuros.

Durante el período de la dictadura cívico militar, el Uruguay transitó por tres etapas más o menos marcadas, según el politólogo Luis Eduardo González. La etapa de la dictadura «comisarial», entre 1973 y 1976; la etapa del «ensayo fundacional», entre 1976 y 1980, y la etapa de la dictadura «transaccional», entre 1980 y 1985. Cada una de las etapas está permeada por las otras, o sea que la dictadura comisarial no culminó de hecho en 1976, pero la periodización nos da una somera idea de lo que representó y lo que buscó la dictadura en cada etapa.

El ensayo fundacional comienza tras una crisis política de envergadura del régimen, en la que Juan María Bordaberry es destituido por los militares y se suspenden las elecciones previstas para noviembre. Llega Aparicio Méndez al poder, tras un breve paso de Alberto Demicheli, y se inicia una etapa de intentos de construcción. González, citando a Philippe Schmitter, lo denomina «Democradura».

En esos intentos de fundación de algo que específicamente no estaba bien claro es que aparece la Historia como legitimadora. El sesquicentenario de los hechos de 1825 generó un fervor patriótico (a la interna), y eso se desplegó a la población en forma de festejos, libros, actos, desfiles, desfiles y desfiles. La dictadura también blandió sus historiadores, les financió sus libros y sus charlas y así fue construyendo su legitimación. José Artigas y Lorenzo Latorre fueron sus estandartes.

Tras la vuelta a la democracia, Artigas se mantuvo incólume ante la utilización que hicieron de él, claramente la población comprendió que fue utilizado y manipulado. Otra historia sucedió con Lorenzo Latorre. Los militares vieron en Latorre una legitimación simple y hasta lógica. Latorre dio un golpe de Estado en 1876, tras el cual se inició (ya se había iniciado en gran medida) el proceso de modernización en el Uruguay. Reformas en las comunicaciones, reformas del Estado (del Ejército y la administración), reformas en el

campo y, la más importante por su alcance, la reforma escolar, llevada adelante por José Pedro Varela. Por tanto, los militares quisieron amortizar su poder en aquel hombre de fines del siglo XIX.

Durante el período del 2 de mayo de 1975 al 18 de marzo de 1985 se denominó «coronel Lorenzo Latorre» a la calle Convención. Latorre vivió gran parte de su vida en la casa de su esposa en la calle Convención casi Soriano, allí lo fueron a buscar unos cinco mil vecinos para pedirle que tome el poder. La democracia barrió con el nombre de aquella calle, intentado casi mágicamente barrer con el pasado. Y es entendible. Pero quizás hoy podamos analizar la figura de Latorre sin el peso de la última dictadura. La legitimación no es culpa del personaje sino de la lectura que intentaron hacer de él los regímenes.

¿Quién fue entonces Lorenzo Latorre? Es imposible reseñar el Gobierno de este militar en pocos párrafos. Lorenzo Antonio Inocencio Latorre Jampen, nacido en 1844, desde muy joven ingresó a las fuerzas y formó parte del mítico Batallón Florida de León de Palleja en la Guerra del Paraguay. Allí recibió un balazo profundo en la ingle, lo que lo sacó completamente de la guerra. Muy joven se ganó el respeto de propios y ajenos, como militar, sofocando levantamientos y trifulcas (10 de enero de 1875, principistas contra candomberos), así como servidor público, denunciando y renunciando a su cargo de ministro por los manejos corruptos del presidente Pedro Varela con José Evangelista de Souza, el barón de Mauá. Los estancieros nucleados en la ARU confiaban en él para llevar adelante su plan de modernización y «limpieza» de los campos en pro de su producción y exportación. El Uruguay por otra parte se encontraba en una etapa de descontrol en la que ni caudillos ni doctores, ni blancos ni colorados podían sostener ningún gobierno.

Los ciudadanos reunidos en el Cabildo le exigieron que tomara el poder. A las tres de la tarde fueron hasta la casa de Latorre, en Convención y Soriano, donde lo convencieron (si eso era necesario). Fueron todos juntos hacia el Fuerte y juró como gobernador provisorio. Ya no había parlamento, era pues una dictadura, técnicamente un golpe de Estado. Un golpe militar. El 10 de marzo de

1876 finalizaba el proceso que había comenzado en enero de 1875. Los militares finalmente tomaban el poder.

Asumía el nuevo presidente con un discurso sincero y principalmente apartidario, que presagiaba un futuro de orden y progreso, palabras tan ansiadas por los estancieros y los comerciantes del puerto. El papel de las élites en este proceso parecería innegable.

Su discurso desde el principio se concilió con las élites, pero también dio respuesta a determinadas situaciones tanto en el campo como en la ciudad.

> —Mi gobierno prescindirá de nuestras discordias anteriores y de todo favoritismo de partido. Voy a inaugurar en mi país el gran partido de la moral pública, de la honradez administrativa, de la libertad en el orden, del respeto a las leyes y a todos los derechos garantidos por nuestra Constitución…

Alejándose de las luchas partidarias y del caudillismo, pero también del excesivo dogmatismo de los doctores extremadamente doctrinarios:

> —No puedo ni me propongo hacer un gobierno ilustrado, pero haré un gobierno honrado y decente.

A mediados del siglo XIX es el punto de partida de lo que la historiografía económica denomina Modernización. Este proceso —parcialmente análogo en el resto de Latinoamérica— coloca a estas economías en la economía mundial como exportadoras de materias primas y alimentos y, por ende, en la periferia del sistema. Pero esa modernización económica se derrama también hacia la política. La modernización es económica y es política, se genera por ende la consolidación del Estado por primera vez desde la creación del país.

Fue el Gobierno del Cnel. Lorenzo Latorre el que sublimaba a la clase alta rural y traducía sus pedidos en leyes, reglamentos, decretos y códigos. Gobierno provisorio era claramente un eufemismo para dictadura. Aunque, pensándolo bien, la palabra *democracia* pierde sentido en aquellos años y con aquellos personajes. Quienes más

sufrieron ese Gobierno de facto fueron los intelectuales que eran perseguidos por sus opiniones disidentes. Pensemos cuántas personas votaban por aquellos años las elecciones que indirectamente elegirían presidente. La lejanía de la población con respeto al presidente era clara. Pero más allá de estos datos, el Gobierno de Latorre no cometió algunos de los errores esenciales de sus antecesores. Fue austero, organizado y pagó peso por peso las deudas del país.

Siguiendo esta lógica, llevó adelante reformas trascendentales para la anexión de nuestra economía al mundo y sobre todo para sentar las bases del Estado moderno. Siguió en definitiva las prerrogativas de la institución que apostó todo por él, la Asociación Rural del Uruguay (ARU). Se logró perseguir al gaucho y su forma de vida, a los caudillos y sus persistentes rebeliones, se alambró los campos (con sus enormes consecuencias negativas) y sobre todo se consiguió poco a poco (esto fue un inicio) lo que Max Weber denominaba «monopolio de la coacción física» por parte del Estado.

En pocas líneas podemos hablar de reformas en el campo, en las comunicaciones, concernientes al Estado (y el Ejército) y, tal vez la más importante, la reforma escolar. Habíamos dicho que sentó a su derecha a la ARU, pues las primeras reformas vinieron por ese lado, desde el alambramiento de los campos, la policía rural, hasta leyes discutibles como la de medianería forzosa. ¿Cómo observar en perspectiva el Gobierno de Latorre sin hacer juicios anacrónicos o no estar salpicado por la última dictadura y su intento de legitimación?

Complejo proceso en el que debemos desembarazarnos de determinados preconceptos para comprender un período y cómo ese período nos marca hasta hoy. Es comprensible que la Junta departamental de aquella época quitara el nombre de Latorre del nomenclátor, pero hoy quizás sea tiempo de repensar si no hay un sitio para este y para otros personajes y conceptos. Por ejemplo, no existe una calle «Derechos Humanos», apenas un pasaje, pero nos llenamos la boca con discursos altisonantes sobre el tema. Quizás sea tiempo de reflexionar al respecto de calles, de esquinas, de plazas y rincones, pero sobre todo, de quiénes somos.

75 www.montevideo.gub.uy

76 Nomenclátor de Montevideo. www.montevideo.gub.uy

77 Nomenclátor de Montevideo. www.montevideo.gub.uy

78 Nomenclátor de Montevideo. www.montevideo.gub.uy (subrayado nuestro).

79 Recuerda al escritor y estadista uruguayo. Según Castellanos: *político, diplomático, escritor, periodista e historiador (1817-1891). Jefe político de Montevideo, autor del proyecto de la nueva nomenclatura para las calles y plazas de la ciudad aprobado en 1843, que cambió las denominaciones coloniales españolas por las de carácter nacional y americano que aún subsisten casi íntegramente. Ministro de Hacienda (1844) del Gobierno de la Defensa, fue luego designado ministro plenipotenciario ante la corte de Río de Janeiro; ajustó la alianza entre Brasil y el gobierno de Entre Ríos. Permaneció en Río de Janeiro hasta 1863. En 1838 fundó, junto con Cané el periódico* El Iniciador*, brillante tribuna del pensamiento romántico rioplatense.*

80 Según Castellanos*: político y diplomático uruguayo (1787-1847). Miembro de la primera Asamblea General Constituyente de 1828-30, redactor de la Constitución de 1830. Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores (1830-1833) durante la primera y segunda presidencia del general Rivera y luego entre 1843-1846 bajo el Gobierno de la Defensa. Fue partícipe de la creación del Instituto Histórico y Geográfico, Catastro Nacional, Comisión Topográfica, organización de las primeras carreras de postas para la circulación de correspondencia con el interior del país; las leyes sobre tierras públicas; la creación de las aulas de Latinidad, Filosofía, Matemáticas, Jurisprudencia, Medicina, Ciencias Sagradas y Economía Política.*

81 Nomenclátor de Montevideo. www.montevideo.gub.uy

82 *Antonio F. Saravia: Coronel Antonio Floricio Saravia (Chiquito, 1854-1897). Hermano del caudillo nacionalista general Aparicio Saravia. Lo acompañó en las campañas revolucionarias de Río Grande y en nuestro país. Se distinguió por su carácter impetuoso y por un coraje sin límites. Participó en la Cruzada del 96 contra el fraude electoral, en la Cuchilla de Arbolito se libró una feroz batalla contra el ejército gubernista del general Muniz. En una de las cargas atraviesa las líneas enemigas que logran matar a su caballo dejándolo a pie, se retira defendiendo su vida lanza en mano. En momentos que llegan a rescatarlo recibe un feroz golpe en la cabeza, cayendo ultimado.* Nomenclátor de Montevideo. www.montevideo.gub.uy

83 www.montevideo.gub.uy

84 Luis Eduardo González: «La dictadura se dividió en tres etapas. Una etapa comisarial, otra de ensayos fundacionales y una última etapa transicional», en G. Caetano y J. Rilla: *Breve Historia de la Dictadura*, Montevideo: Ediciones

de la Banda Oriental, 2006.

FERIADOS DE ORO Y MÁRMOL

> Acaso lo que hoy se requiera con más urgencia sea el contrastar estas eficaces puestas en punto de una historiografía energuménica con las evidencias que puedan emerger de un más vasto cotejo con otros procesos de implantación y construcción nacional, muy susceptibles de aclarar bastante el nuestro y de conformar para nuestra altura histórica una versión que, con todos los bemoles con que hay que tomar en la ciencia el término, se acerque a la condición de definitiva.
>
> Carlos **Real de azúa**

El Uruguay posee cinco fechas patrias que conmemoramos o festejamos (o *sangucheamos*) a lo largo del año. A saber, 19 de junio de 1764, 18 de mayo de 1811, 19 de abril de 1825, 25 de agosto de 1825 y 18 de julio de 1830.

Cinco feriados que exaltan el fervor patriótico, o por lo menos

representan un trozo, un retazo de la Historia del Uruguay. Aunque si somos un poco estrictos, cuatro de las cinco fechas no se enmarcan estrictamente en la Historia del Uruguay. El Estado Oriental del Uruguay, mucho después República Oriental del Uruguay, nace al mundo a partir de 1828 o 1830 y no era en las mentes de los protagonistas una realidad en sí misma. Casualidad o causalidad. Ni siquiera luchaban por una utopía parecida. Podríamos decir, siendo un poco provocadores, que ninguno de estos hombres que dieron significado a estas fechas, que dejaron sangre en los campos de batalla, que pasaron días navegando bajo terribles tormentas, que declararon tres leyes o que simplemente nacieron soñaba en las noches de vigilia con un Estado como el Uruguay. Por lo tanto, las fechas que los uruguayos escogimos y santificamos después de un proceso de selección y eliminación nos son a todas luces representativas del Uruguay *per se*.

Además de estas cinco fechas, existen muchas otras que ni siquiera se consideran como válidas o como posibles, y muchas otras que formaban parte de nuestros calendarios hace ciento cincuenta años pero que hoy son historia. Por ejemplo, de 1834 hasta 1860 se conmemoró como fecha patria la ratificación de la Convención Preliminar de Paz, inicio oficial y jurídico del Uruguay para muchos historiadores e investigadores. La fecha de nacimiento del Uruguay para este autor, ya sea el 28 de agosto la Convención en sí misma, o el intercambio de ratificaciones justamente el 4 de octubre de 1828. Cabe destacar que en el Uruguay, entrado el siglo XX, todavía el 14 de julio era una fecha patria, conmemorando la Toma de la Bastilla en París en 1789.

Julio María Sanguinetti presentó un proyecto en 2005 para renombrar el 25 de agosto, pasando a denominarse «Día de la Florida» y no de la independencia. Este proyecto trae consigo una connotación estrictamente político-partidaria, el 25 de agosto es una fecha blanca, o por lo menos reivindicada por el Partido Blanco en su esencia histórica[85]. Por su parte, Sanguinetti pretendía colocar en este calendario el 5 de abril de 1813, fecha del Congreso de Abril convocado por Artigas. Aquel congreso de la oración inaugural y en el

que presentaron las Instrucciones de 1813. «Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana» fue una de las frases más destacadas de aquella reunión. El expresidente lo bautizó como «Día de la nacionalidad». Discusión aparte sería justamente ese término, las naciones o nacionalidades no existían en aquellos tiempos, tampoco existían todavía los Estados nacionales.

Carlos Maggi planteaba por su parte la necesidad de revalorizar el «éxodo» o «redota» del pueblo oriental, colocando una fecha patria el 23 de octubre de 1811. Aquello para Maggi (*El País*, 01/10/2006) es el comienzo de la nación oriental. Capítulo aparte, otra vez, ese término. Acaso debamos definir la diferencia entre orientales y uruguayos, y acaso debamos definir el término *nación* y la anacrónica necesidad de algunas personas de utilizarlo como catapulta histórico-política.

Tal vez existen otras fechas, en las que nosotros no reparamos, que fueron básicas para el desarrollo del Uruguay —eso sí, del Uruguay. Pensemos que no se conmemora ninguna fecha luego de 1830. Podría explicarse por ser fechas fundacionales, o sea, momentos claves para la formación del Uruguay. Aunque muchas de ellas ni siquiera forman parte de la historia del Uruguay sino de la Banda Oriental. Eso sí, son momentos gloriosos, en general belicosos, violentos… léase gloriosos. Pero cómo discutir la importancia de José Pedro Varela en el desarrollo del Uruguay, de la sociedad uruguaya y su pasaje de la barbarie al disciplinamiento, de las luchas fratricidas a la lucha electoral, en definitiva, de los sables a las urnas. Eso sucedió, si queremos símbolos, un 24 de agosto de 1877, cuando se promulgó por decreto la reforma escolar.

O el 24 de setiembre de 1904, la fecha en que culminó la guerra civil, tras la muerte de Aparicio Saravia, y se abrió un nuevo tiempo para el Uruguay.

¿Hasta dónde llenamos de significados las fechas o las vaciamos de este constantemente? Por ejemplo, ¿hasta dónde los treinta y tres orientales son un símbolo, en tanto no eran treinta y tres ni eran todos orientales? ¿Hasta dónde forzamos la realidad colocando la independencia el 25 de agosto, cuando en realidad se decretó la

anexión a la Argentina? ¿Hasta qué punto conmemorar una batalla, como la de Las Piedras, en la que Artigas luchaba en nombre del Rey Fernando VII? ¿Hasta qué punto jurar la bandera uruguaya el día que nació un hombre que no luchó por esto, sino por el contrario, luchó por otra realidad, las Provincias Unidas? O ¿por qué agregarle una conmemoración tan dolorosa como el «nunca más», el día que nació Artigas, lejanísimo de estos problemas contemporáneos?

Pero más atrás aparece una interrogante mucho más profunda y tiene que ver con la relación entre la historia y el poder. Tal vez muchos lectores se hayan sorprendido por la cantidad de feriados que podríamos tener pero que no tenemos o tal vez se sorprendan por la sencilla idea de que los feriados se construyen. ¿Y quién los construye? El poder político, justamente. Ese poder político, a sabiendas de la historia oficial, la sublima. Pasemos a recordar la definitiva santificación de la historia oficial.

Debatir es uno de los más sanos deportes ciudadanos. Así fue que debatieron los diputados y senadores en 1923 por la fecha del centenario. Los senadores optaron por el 18 de julio de 1830 y los diputados por el 25 de agosto de 1825. No hubo acuerdo, pero hubo debate, «tablas», en la jerga de los ajedrecistas y del historiador Pablo Blanco Acevedo, santificando aquella historia. Vayamos a aquel debate.

Vayamos un poco hacia atrás, a la cocina de los feriados, donde se condimentan con intereses y se cocinan al fuego de los prejuicios. Quién escribe y quién suscribe cuáles son o deben ser las fechas patrias de un país, esa es la pregunta correcta.

El primer presidente del Uruguay decretó el 17 de mayo de 1834 que «el aniversario de la Jura de la Constitución es la única Gran Fiesta Cívica de la República». He ahí el primer intento de generar mitos a través de los feriados o las fechas patrias. Se sumaba a esta festividad el 25 de mayo, en conmemoración de los episodios de la Junta Grande de 1810.

Otras dos festividades completaban el calendario patrio como medias

fiestas, a celebrarse cada cuatro años. El 20 de febrero por la Batalla de Ituzaingó. Aquella batalla —llevada a cabo en 1827— forma parte de la guerra entre las Provincias Unidas (con la Provincia Oriental integrada) y el Imperio del Brasil. Esta victoria precipitó la consecución —según muchos autores— de la Convención Preliminar de Paz en 1828 y la secesión de la Provincia Oriental (que no era específicamente buscada). Justamente, la fecha del intercambio de ratificaciones entre el Imperio del Brasil y el Gobierno de las PP.UU., 4 de octubre de 1828, también fue declarada fiesta patria. Se le daba en aquellos años una importante acogida a una fecha actualmente olvidada de plano, el artículo 2 de la mencionada ley versaba:

> Art. 2. Se celebrará cada cuatro años que empezarán a contarse desde el año de 1830 con demostraciones solemnes desde el día 4 al 12 de Octubre, que se costearán de los fondos públicos, sin perjuicio de las voluntarias del vecindario.[86]

Ese fue el inicio de una pugna que enfrascará a otros gobiernos, aunque ya quitaba el sueño a intelectuales e historiadores.

Más adelante, a partir de 1860, en un Uruguay completamente diferente al de aquel de los primeros años, con partidos políticos, una Guerra Grande en las espaldas y muchas más dudas que certezas, se deroga lo promulgado por el Gobierno de Rivera y se sustituye por el 25 de agosto. En ley del 10 de mayo de ese año el Gobierno de Berro, un Gobierno de corte nacionalista que por aquellos años intentaba olvidar las divisas, asciende el 25 de agosto a la cúspide de las fechas patrias. Una generación después de los hechos se volvió a revisar y revisitar estos episodios y se llegó a la conclusión de que las fechas patrias serían 25 de agosto, 25 de mayo y 18 de julio. Pero se asciende el 25 de agosto, «el aniversario del 25 de agosto de 1825 es la gran fiesta de la República».

Las fechas claramente se convirtieron en una pugna de tipo estrictamente político-partidario, maridado por una historia oficial que iba ganando espacio. En pocas palabras, la idea de independencia se iba gestando de espaldas a los hechos y los documentos. Mientras más

se ensalzaban las fechas del 25 de agosto y del 18 de julio, más se olvidaban la del 27 y 28 de agosto de 1828 (Convención Preliminar de Paz) y la del 4 de octubre (intercambio de ratificaciones de dicha Convención).

Más allá de los feriados que iban sumándose o restándose al calendario (Uruguay conmemoró hasta el siglo xx la fecha de la Revolución francesa, el 14 de julio), el escenario de las contiendas historiográficas encontró un *ring* más que definitivo, el Parlamento nacional.

Fue en la década del 20 en que comenzó el debate, tanto en los escritorios de los historiadores como en las salas del Parlamento.

El 6 de mayo de 1920 el diputado de filas batllistas por Treinta y Tres, Luis Hierro, presentó un proyecto para crear una comisión para tratar el tema. En particular, la propuesta tenía nada menos que este cometido: «Comisión compuesta de seis diputados y tres senadores con el objeto de fijar la fecha del Centenario de la República». Fijar la fecha del centenario de la República parece una declaración histórica y no debería pasar desapercibido. Carlos Demasi analiza la «breve» exposición de motivos del diputado:

> […] el autor (Hierro) encuentra espacio para denominar —con sugestiva vaguedad— de tres maneras diferentes al aniversario que quiere fijar: además de la expresión «Centenario de la República»—que parece definir mejor su intención—, la instancia aparece mencionada como «centenario nacional» y también como «cien años de vida independiente». Nada dice en cuanto a la fecha concreta de los festejos, aunque aparece una velada referencia cuando adelanta que sería necesario dedicarse a «… proyectar con amplitud los homenajes que el Parlamento nacional ha de realizar en honor de cien años de vida independiente, siempre que la fecha designada coincida en el ejercicio de la próxima legislatura».[87]

El proyecto se hizo ley y la ley creó una comisión designada el 9 de setiembre de 1921, siguiendo expresamente la representación

partidaria del Consejo Nacional de Administración. La Comisión parlamentaria del centenario estaba compuesta por Santiago Rivas (senador, presidente de la misma), Eduardo Rodríguez Larreta (diputado, secretario), Carlos Roxlo (senador, vocal), Atilio Narancio (senador, vocal), Antonio Bachini (diputado, vocal), Julio María Sosa (diputado, vocal), Ismael Cortinas (diputado, vocal), Pablo Blanco Acevedo (diputado, vocal) y Félix Polleri (diputado, vocal).[88]

El Parlamento se convirtió entonces en el ámbito de la santificación de la historia patria, mucho más cuando el 15 de enero de 1922 se expidió la Comisión de forma intempestiva en favor del 25 de agosto, tomando como referencia la opinión de Pablo Blanco Acevedo. El historiador había desarrollado su postura en la *Revista Histórica* (número 29) en 1922, bajo el título «Centenario de la independencia». Al zambullirse en este tema, Carlos Real de Azúa marca primeramente la contraparte de la tesis en algunos representantes e historiadores.

> En su hora, a lo que sabemos, sólo Edmundo Castillo en el mismo debate, Ariosto D. González, en su briosa y polémica juventud y Ernesto Quesada, desde Buenos Aires, en carta dirigida al último se permitieron desentonar del coro de alabanzas. Hacia nuestro tiempo Alfredo Traversoni y Oscar H. Bruschera le han planteado reservas corteses y muy distantes al frontal rechazo.[89]

Guillermo Vázquez Franco va más allá y tipifica la obra de Blanco Acevedo con durísimos adjetivos: «… la suya es la obra de un embustero que indujo a error al soberano…»[90].

Pero, más allá de las voces discordantes y, sobre todo, de sus concepciones y análisis, la línea historiográfica fue gestándose alrededor de Blanco Acevedo, ya sea en favor o en acérrima contra. Demasi sostiene que «… cualquier obra sobre el período establece fatalmente un diálogo con Blanco Acevedo»[91]. Pero Real de Azúa es extremadamente ácido cuando debe definir aquel informe y no sabe «de qué asombrarse más»:

> […] no sabe si dirigir su atención, digamos, al nivel de

> cultura —incultura— histórica que prohijó tal dictamen o a la fuerza de un espíritu local, estrecho, receloso, que consintió y aplaudió, tal vez a sabiendas, la desprolijidad y tendenciosidad de una obra como la de Blanco.[92]

Ariosto González es demoledor con el historiador, informante de aquella comisión:

> Pero a las primeras páginas recibí una gran desilusión: el doctor Blanco Acevedo no sólo no presenta pruebas definitivas, sino que ofrece el espectáculo doloroso de un hombre que, a toda costa, quiere sacar a flote su tesis, sin reparar en medios, sin calcular peligros, sin detenerse ante ninguna barrera. Adultera documentos, tergiversa el sentido de palabras e intenciones, y escribe páginas, muchas páginas, que sólo sirven para presentarlo al servicio de una causa que él mismo parece considerar perdida ante el tribunal de la Historia. Oprime el corazón contemplar tanto esfuerzo inútil en favor· de una tesis que centenares de documentos demuestran ser falsa. Y no le queda al doctor Blanco Acevedo ni el consuelo de poder repetir con Montaigne: «C'est icy un liv1·e de bonne foy, lecteur»; porque se descubre, en toda su obra, un deseo preconcebido de desviar el recto sentido, del lector confiado, hacia la idea generadora de su estudio.[93]

El debate no se hizo esperar y tampoco los sendos proyectos de ley, tanto de Aureliano Rodríguez Larreta como de Justino Jiménez de Aréchaga, el primero del 26 de junio de 1923 optaba por el 25 de agosto, mientras que el segundo, fechado el 12 de setiembre, prefería el 18 de julio. Las posturas rápidamente fueron tomando un cariz definitivamente político partidario, tiñendo de blanco o colorado el tapiz de la historia.

Despuntaron los discursos de Gustavo Gallinal, a favor de la tesis blancoacevediana, con calificativos como «verdaderamente luminoso» o, el más discutible, «lleno de documentación y conocimiento histórico». Gallinal intenta imponer (es misión de todos) un discurso,

una declamación histórica para luego implantar una fecha.

> El reconocimiento que hicieron más tarde la Argentina y el Brasil, de nuestra independencia, fue una transacción y una solución traída por la mediación inglesa, pero fue también un resultado de la afirmación nuestra impuesta por la empresa de los Treinta y Tres y en la campaña de las Misiones. (307: 326)[94]

Quien hizo las veces de contraparte fue el diputado colorado Edmundo Castillo, asesorado nada menos que por Eduardo Acevedo, quien delimitó la postura propiamente colorada. Relacionaba los hechos del 25 con el provincialismo (lo que hoy denominaríamos regionalismo), mientras que los episodios entre el 28 y el 30 como generadores de la independencia, por tanto, el 25 quedaría excluido de la misma.

> De haberse cumplido la voluntad de los patriotas del año '25 no hubiéramos constituido un Estado independiente, habríamos sido sí enteramente libres y ahí está la heroicidad de esta declaración y de la guerra sostenida para hacer respetar la voluntad de la Asamblea; pero no hubiéramos constituido un Estado independiente, porque habríamos quedado incorporados y ligados a las Provincias Unidas del Río de la Plata. […] No podemos festejar la independencia que obtuvimos en octubre del 28 con un aniversario del año 25.[95]

Las posiciones encontradas desnudaban, empero, posiciones político-partidarias en un país esencialmente maniqueo o con tendencia hacia el maniqueísmo político. Los historiadores escribieron, corrieron ríos de tinta colina abajo, los políticos hablaron y gritaron, pero finalmente todo quedó igual. O quizás ya nada sería igual. Tras las riñas intelectuales, la Cámara de diputados se expidió a favor de lo zanjado por la Comisión (el 25 de agosto), mientras que el Senado consideró al 18 de julio de 1830.

De 1925 a 1930 hubo festejos en mayor o menor medida, el *Libro del Centenario* fue editado en 1925 y el Estadio Centenario inaugurado en

1930.

Carlos Real de Azúa lo marca de forma explícita en *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, en el que desmonta capa por capa el discurso de Blanco Acevedo, llegando a criticarlo duramente en algunos aspectos. Además de sostener una cierta debilidad en sus argumentos, arguye también cierta debilidad en su sintaxis o cierta «torpeza sintáctica».

Hasta qué punto resignificamos aquel pasado y lo pasamos por el tamiz de la nación, de la necesidad de construir esa nación a como dé lugar. Es claro que, mientras los «nn» (no todos) orientales esperaban los caballos, ansiosos, sucios y harapientos, con frío y miedo, no pensaban en el feriado que estaban generando. La significación la da cada generación que le pregunta diferentes cosas al pasado. Por tanto, es bueno preguntarse hasta dónde estas fechas siguen siendo necesarias para la formación de una nacionalidad que está formada por demás y hasta qué punto tenemos la capacidad de repreguntarnos estas cosas.

85 Julio María Sanguinetti: *El cronista y la historia*, Montevideo, Ed. Taurus, 2017.

86 «Orientales y Argentinos» en *Cuadernos de Marcha*, Marcha, n.° 19, noviembre de 1968, p. 83.

87 Carlos Demasi: *La lucha por el pasado: historia y nación en Uruguay. 1920-1930*, Montevideo: Ed. Trilce, 2004, p. 85.

88 Ibídem, p. 86.

89 Carlos Real de Azúa: *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Ed. Arca, Instituto Nacional del Libro, Nuevo Mundo, 1991, p. 193.

90 Guillermo Vázquez Franco: *La Historia y sus mitos*, Montevideo: Cal y Canto, 1988, p. 19.

91 Carlos Demasi: *La lucha por el pasado: historia y nación en Uruguay. 1920-1930*, Montevideo: Ed. Trilce, 2004, p. 90.

92 Carlos Real de Azúa: *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Ed. Arca, Instituto Nacional del Libro, Nuevo Mundo, 1991, p. 193.

93 «Orientales y Argentinos» en *Cuadernos de Marcha*, Marcha, n.° 19,

noviembre de 1968, p. 67.

94 Carlos Demasi: *La lucha por el pasado: historia y nación en Uruguay. 1920-1930*, Montevideo: Ed. Trilce, 2004, p. 112.

95 «Orientales y Argentinos» en *Cuadernos de Marcha*, Marcha, n.° 19, noviembre de 1968, p. 13.

UNA HISTORIA EMINENTEMENTE ROMÁNTICA

> No es posible contemplar a un gran hombre sin que nos reporte beneficio, por imperfecta que fuere nuestra consideración. Es fuente de viva luz, cuyo contacto es bueno y placentero, la luz que ilumina, que ha iluminado la tiniebla del mundo; no lámpara encendida, sino luminaria natural que brilla por el don de los Cielos; manantial refulgente que irradia discernimiento natural y original, de hombría y de nobleza heroica, en cuyo resplandor se regocijan todas las almas.
>
> **Thomas Carlyle, *El culto de los Héroes***

La historia vernácula más acá o más allá en el tiempo ha padecido uno de los flagelos típicos de las historias nacionales: el culto al héroe. Detrás de los análisis más concienzudos y críticos, detrás de las concepciones más economicistas o estructuralistas encontramos

estoicos a nuestros héroes, resistiendo el paso del tiempo y el avance de las ciencias sociales.

A fines del siglo XVIII surge el Romanticismo como un fenómeno amplio, abarcando varias ramas del conociendo y el arte, una forma de ver el mundo y pintarlo, una reacción contra la Ilustración. El Romanticismo es hijo de la aparente derrota de la Revolución francesa y esa reacción. La historiografía no estuvo ajena a este cambio de paradigma y desarrolló su propia lógica romántica. Comenzaron a quedar de lado las concepciones historiográficas ilustradas —esencialmente universalistas— y emergieron las historias nacionales basadas en las premisas de revivir el pasado. Una especie de retorno emocional, sentimental al pasado, que por cierto es recreado y revisitado bajo las bases de comprensión del espíritu del pueblo. La idea básica era la de encontrar la explicación de quienes somos en ese pasado y revivirlo en clave emocional. Esa clave justamente también remitía a la forma y no solo al contenido. La historiografía romántica pretende reconstruir los ambientes históricos, los paisajes, los personajes, apelando a los sentimientos. La historia por tanto debe indagar en esa búsqueda de conceptos absolutos y por cierto inmutables, el pueblo, la nación, o más particularmente aquellos grandes hombres que configuran ese pueblo o esa nación. En pocas y coloquiales palabras, buscar entender quiénes somos y cuáles son las diferencias que tenemos con el resto, los otros, lo que no somos nosotros. Más allá del juego de palabras, esa es la esencia de las historias nacionales. Concepciones tan complejas como fáciles de encontrar a simple vista en nuestra historia.

> «El trabajo del historiador —dirá Fregeiro— consiste, ante todo, en revivir por el espíritu estados que fueron de la sociedad (la fórmula —repetida más tarde por Groussac— no está muy lejos del pensamiento de Taine), coordinando al efecto inmenso y complejo material, fragmentario casi siempre, por intermedio de la erudición que acopia y de la crítica que depura y ordena». Y la raíz típicamente germánica y filológica surge de su inmediata aclaración sobre la misión de la crítica: «... no basta extraer un papel

> de un archivo oficial o privado, es indispensable estudiarlo en sí, en su procedencia, en su concordancia ó contradicción, con otros documentos igualmente auténticos é igualmente autorizados». Y concluye: «... el material científico es indispensable, pero la crítica lo es tanto como éste».[96]

Los grandes procesos históricos deben ser conducidos por grandes hombres, héroes, personajes altisonantes que representan en sí mismos las características de la comunidad, por fuera de lo sagrado, aunque muchas veces santificadas por las religiones. Thomas Carlyle debe ser el historiador romántico que más trabajó el concepto del héroe y su importancia en la historia. Un conductor de masas, del pueblo, de las naciones, alma mater de los cambios. En su libro *El culto de los héroes* define con minuciosidad así como con gracia los distintos héroes a lo largo de la historia, y los tipifica. Y aunque nos parezcan lejanos y desconocidos su relato y su interpretación de la historia, quizás demodé hasta en sus palabras, nuestra historia ha aprehendido la lección del Romanticismo y sobre todo la de Carlyle.

Hasta Jules Michelet, historiador romántico inclinado al estudio del pueblo como fenómeno particular, intentó a su manera no solo controlar el tiempo a través de un calendario, sino también darle al individuo y sus valores —supuestamente inalterables— la importancia dada al héroe.

> En cuanto a libretos, el almanaque sería un excelente medio de educación. Bastaría sustituir el viejo calendario, lo que tiene de confuso y a menudo absurdo, por el calendario que diera los verdaderos santos, especialmente los de la Patria. Una página para cada uno, no sería ni larga ni difícil de recordar. Quisiera que la mayor parte de estas vidas fuese escrita por plumas jóvenes, de ánimos ingenuos, dotados de esa simplicidad que sólo permite hablar al pueblo. Si yo hiciese este almanaque, entre los santos cristianos tomaría sólo aquellos que han tenido un rol positivo en la historia de la humanidad, que han servido a

> la causa del progreso. Continuaría así a través de las edades, sin interrupción, la serie de patrones que cada uno, a su elección, podría imitar. ¡Imitar! Jamás esta palabra habría sido más apropiada y más fecunda de resultados inmensos, durables, desde el punto de vista de la educación religiosa y cívica del pueblo, y de todos. Pero, ¿en qué orden disponer estos santos del deber, del heroísmo, de la devoción? ¿En qué mes, por ejemplo, situar a Marco Aurelio, para la antigüedad? ¿Y a Turgot, para los tiempos modernos? […] ¿Elegiría por siglos, por naciones? Puesto que este nuevo almanaque, el primero verdaderamente educativo, podría convenir al mundo entero.[97]

La historia en esencia tiene una función moral excluyente.

Artigas se ha convertido en nuestro gran hombre, en nuestro conductor. Algún lector atento recordará las concepciones acuñadas por José Pedro Barrán sobre un Artigas «conductor y conducido»[98]. Pero sinceramente, ¿hasta qué punto esta concepción logró calar hondo en nuestro imaginario? ¿Artigas conducido? ¿Por quién? ¿Qué rastros nos han quedado del ejército artiguista, de ese ejército nuevo del que nos contaba maravillado Agustín Beraza? Ninguno. De hecho, una de las preguntas que no hemos podido responder, o lo hemos hecho en forma fragmentaria, es dónde quedaron los artiguistas después de Artigas. El discurso oficial coloca a Artigas en un sitio semisagrado repleto de significados, en el que sus ideas son suyas y de nadie más, y las decisiones que toma le pertenecen solo a él y a nadie más. Los documentos del denominado ideario artiguista en mayor o menor medida son tomados como suyos en exclusividad, aunque tuviera una plétora de secretarios de enorme capacidad y estudios (Monterroso, Barreiro, Larrañaga, Solano García). Cualquiera de los secretarios que Artigas tuvo por aquellos años poseía un cúmulo de conocimientos y herramientas mucho más elevado que el del caudillo. Recordemos que el caudillo solamente había estudiado en la escuela de los hermanos franciscanos de las primeras letras hasta poco menos que los catorce años, fecha en la que desaparece de los lugares que frecuentaba. De esta forma, si bien poseía los rudimentos básicos,

lectura, escritura, aritmética, no había podido profundizar en esos conocimientos en el sistema formal. Sus secretarios, quienes escribían todo lo que el caudillo dictaba, eran sacerdotes y teólogos. José Benito Monterroso había estudiado en la paradigmática universidad de Córdoba, por ejemplo.

El Romanticismo como corriente filosófica, artística y por condición esencial también literaria surge en el siglo XIX. Nace de las cenizas de la Revolución francesa derrotada, con la convicción de que es el final. El movimiento alemán que precipitó el Romanticismo en Alemania fue bautizado con el título de una obra de Maximiliano Klinger. El 1 de abril de 1777, Friedrich Maximilian Klinger estrenaba en Leipzig una obra teatral titulada *Sturm und Drang*, «tormenta e ímpetu». Esta obra será a la postre la que bautizará todo un movimiento que a su vez parirá nada menos que el Romanticismo. En dicha obra, el joven escritor apelará a lo emocional frente a la razón fría que la Ilustración sublimó. Otro de los representantes de ese movimiento prerromántico fue nada menos que Johann Wolfgang von Goethe. El poeta alemán formó parte de la Revolución como soldado, o seguramente acompañante observador, en la memorable Batalla de Valmy en 1792, que resultaría en victoria para los revolucionarios. En medio del fragor de la batalla, el poeta cuenta que «la favorable posición francesa estaba dispuesta en semicírculo con gran calma y serenidad. Kellerman, en el ala izquierda, era el más fácil de alcanzar». Allí estaba uno de los padres del Romanticismo siendo protagonista de la historia. No pasó desapercibido aquel hecho y marcó a fuego al futuro autor del *Fausto*. Aquella noche en Valmy en una reunión de oficiales declaró: «Aquí y en el día de hoy, comienza una nueva época de la Historia Universal, y podréis siempre decir que estuvisteis presentes». Al día siguiente de la batalla o cañoneo de Valmy se declaraba la República Francesa. Pero las simpatías de Goethe y del movimiento que se estaba gestando estaban del lado de las fuerzas conservadoras.

Son esas fuerzas las que contribuyen a la creación del Romanticismo como un movimiento artístico, literario y obviamente con su contraparte en la historia. Tradicionalista, eminentemente providencial, colocando al pueblo (y a los héroes en alguna medida)

como protagonista de la historia. La nación ocupa el lugar de Estado y sobre todo da la espalda parcialmente a las concepciones esencialmente ilustradas de la historia universal. La historia para los románticos debía emocionar, por tanto, el relato será fundamental. Pero más allá de esto, encontramos también una concepción filosófica sobre el pasado. Justamente, la explicación y la reflexión sobre el presente tienen un pie en ese pasado. He ahí el providencialismo.

El Romanticismo estaba encontrado con la Ilustración, pero al mismo tiempo la complementaba en algún aspecto:

> Así como los iluministas relacionaron la historia política con la historia del comercio y la economía, los románticos prefirieron fundar los sucesos históricos en una mística denominada genio del pueblo. Solo esta fuerza mística tenía fuerzas vitales, solo ella podía crear, dar origen al arte, la literatura, el derecho, las leyes y las constituciones.[99]

Nuestra historia está repleta de guiños y firuletes románticos que aun hoy seguimos persistentemente sosteniendo como si estuviéramos en el siglo XIX y principios del XX. Obviamente, no es una acusación a los brillantes historiadores que construyeron la historiografía vernácula a través del Romanticismo y enquistaron los clichés más arcaicos, sino una crítica a los continuadores de estos gigantes, que no supieron en muchísimos casos dar un paso y desembarazarse de esa historia romántica, en sus temas y muchas veces en su tratamiento. Es nuestro deber en pleno siglo XXI deconstruir esa historia e intentar avanzar.

No parece algo muy serio —puesto de esta forma— creer que nuestro pueblo es especial y que sus orígenes se remontan a tiempos inmemoriales en que esa nación estaba pronta a nacer, y podemos hasta reconocerla y al mismo tiempo fueron los héroes los que generaron esos cambios, especialmente Artigas. Pero si lo analizamos a la luz de nuestra historia, aparece más nítido y patético que nunca. Tomemos cualquier libro editado en los últimos 30 años sobre el artiguismo y tendremos a bien darnos cuenta de que —como mencionó José Pedro Barrán alguna vez y ya citamos— «la revolución es

Artigas». O sea, más allá del tratamiento que el libro haga sobre el tema, el tema en sí mismo es Artigas, su pensamiento, sus batallas, quizás algún estudio de caso de algún pueblo, su «filosofía», su derrotero en la revolución («su» derrotero), entre otros temas. Este tratamiento no es otra cosa más que el de un héroe. Justamente ese cariz romántico sostenido en el héroe fue trabajado en detenimiento por un autor británico romántico, Thomas Carlyle.

> Nuestro modelo de Héroe literato sería Goethe, siéndome agradabilísimo relataros su heroísmo, porque lo considero Héroe legítimo, heroico en cuanto dijo e hizo, quizá más aun en lo que silenciara o dejara de hacer, ofreciendo el noble espectáculo del héroe clásico, hablando y guardando silencio como los antiguos, personificado en el más moderno, fino y culto Literato, sin que haya otro caso durante los últimos ciento cincuenta años.
>
> Las simpatías de Goethe están totalmente del lado de las fuerzas conservadoras.
>
> Thomas CARLYLE, *El culto de los héroes*

Carlyle teorizó justamente sobre el héroe a lo largo de la historia, su concepción esencialmente planteaba que son estos los «grandes hombres», los que hacían la historia. Carlyle nació en Escocia en 1795 y se ocupó de los asuntos históricos de su tiempo, comprender la Revolución francesa era por aquellos años el desvelo de los historiadores y los filósofos. Justamente escribió su *Historia de la Revolución Francesa* en 1837 y prosiguió su trabajo con los héroes. Esencialmente Carlyle sostenía que el devenir de la historia se da gracias a los individuos excepcionales, los «grandes hombres», en definitiva, los héroes y no el pueblo *per se*. Llegó a sostener en 1843 que «la democracia es la desesperación de no encontrar héroes que nos dirijan»[100]. Para este autor los hombres son los que generan la historia, de este modo estudia y analiza a esos hombres para comprender su tiempo.

Sostiene al iniciar su estudio:

> Me he propuesto deciros algo sobre los Grandes Hombres; cómo surgieron en el tráfago del mundo; cómo moldearon la historia del mundo; qué ideas tuvieron de ellos los hombres; qué hicieron. Vamos a tratar de los Héroes, de su acogida y de sus obras; lo que llamo Culto de los Héroes y lo Heroico en la Historia. Es imposible reflexionar en este momento sobre tan importante y extenso tema con el detenimiento que merece, por ser ilimitado y tan amplio como la Historia Universal. Ésta, el relato de lo que ha hecho el hombre en el mundo, es en el fondo la Historia de los Grandes Hombres que aquí trabajaron. Fueron los jefes de los hombres; los forjadores, los moldes y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha ejecutado o logrado la humanidad. Todo lo que vemos en la tierra es resultado material, realización práctica, encarnación de Pensamientos surgidos en los Grandes Hombres. El alma universal puede ser considerada su historia. Evidentemente, es una materia que supera nuestra potencia de juicio.[101]

Carlyle tipifica seis tipos de héroe a lo largo de la historia y los analiza, siempre asido del relato, fuente máxima de acercamiento a los hechos.

El héroe como divinidad (ejemplificando con la cultura nórdica y con Odín), el héroe como profeta (Mahoma), el héroe como poeta (Dante, Shakespeare), el héroe como sacerdote (Martín Lutero), el héroe como literato (Rousseau y otros) y el héroe como rey (Oliver Cromwell). Solo como un juego podemos encontrar en nuestro héroe máximo, nuestro prócer, el general de Las Piedras, el estadista de las Instrucciones, el caudillo de la Federación, las características del héroe según Carlyle. Los historiadores vernáculos, salvo algunas excepciones (que se sostienen en la misma lógica, pero buscando el efecto contrario, intentando desacreditarlo), subliman al prócer como una regla general e inmutable. De hecho, el Uruguay ha construido su historia bajo estas premisas más o menos organizadamente, más allá de un personaje completamente abarcador como lo es José Artigas. El mito es parte integral de nuestro discurso histórico, ese mito

santificador que siempre está protagonizado por un héroe o conjunto de héroes. Estos héroes seculares forman nuestro panteón vernáculo, más o menos discutido por las generaciones más críticas, pero siempre referencia de las conversaciones. Personajes esencialmente europeos o europeizantes, dejando de lado el legado nativo obviamente por bárbaro y lejano. Una serie de héroes —más o menos discutidos— conforma nuestra línea de tiempo clásica de la historia del Territorio Oriental del Uruguay.

Juan Díaz de Solís (1470-1516) debe ser quizás el héroe más lejano, sufriente representante de la conquista, muerto por los nativos, según las crónicas engullido por los guaraníes en territorio oriental. Representa en el discurso dominante la causa pertinente de la conquista. Tendremos tiempo de desmontar algunos de estos mitos, otros quedarán para próximos tomos.

Hernando Arias de Saavedra (1564-1634) —más conocido como Hernandarias— representa el padre de nuestro destino productivo. Además, se le suma su condición de criollo en medio de una fuerte estratificación pigmentocrática en la que los hijos de españoles nacidos en el Reino de Indias tenían menos derechos que los peninsulares. Aquel gobernador criollo fue quien trajo aquellas cabezas de ganado que marcaron a fuego el destino productivo del Uruguay. Aunque hoy tenemos la certeza de que no fue así —que los jesuitas tuvieron mucho que ver en este proceso—, seguimos colocando al asunceño en el pedestal de los héroes.

Por otra parte, la Banda Oriental nace a la luz de la historia cuando se la relaciona con la ciudad puerto. Es un hecho que Montevideo marca el compás de la memoria —cuántos jóvenes estudian Santo Domingo Soriano o las reducciones charrúas, tan fugaces como importantes— y cuando se da la fundación de la ciudad se inicia el relato propiamente (e interesadamente) oriental. Bruno Mauricio de Zabala, el militar enviado por el rey como gobernador de las Provincias del sur, con las órdenes expresas de fundar una ciudad. Las órdenes eran claras:

> Por lo que mira a fortificar los puestos de Maldonado y Montevideo os encargo a sí mismo deis la providencia que

> juzguéis pueda ser más efectiva a su logro, para que ni los Portugueses ni otra nación alguna se apodere ni fortifique en esos parajes, y que solicitéis poblarlos vos en la forma y con la brevedad que pudieres, dándome quenta de lo que sobre esto obrareis. (13 de noviembre de 1717)

Finalmente, Zabala (puede ser Zavala) terminó por fundar la ciudad y la historia lo recuerda como un héroe. Hoy se erige un impresionante monumento ecuestre de Zabala donde alguna vez estuvo situado el Fuerte de la ciudad. En tiempos de gobierno del coronel Lorenzo Latorre, alrededor de 1878, se demuele el viejo Fuerte y, después de muchos años de un terreno baldío, en 1890 se inauguró la plaza y recién en 1931 la escultura del manco, que no es manco. Zabala había perdido un brazo en batalla en 1707 en el marco de las Guerras de Sucesión españolas. Pero más allá de este detalle menor, sería bueno destacar que no fue Zabala el fundador. Fueron los portugueses quienes pusieron a marchar el mecanismo que a la postre culminó con la fundación. Tras las constantes negativas de Zabala para fundar una ciudad y después de un cruce epistolar con la corona, fueron los portugueses los que se apostaron en la bahía con toda la intención de fundar una ciudad. Hubo hasta una amenaza para el vasco:

> […] que en el caso de no estar ejecutadas ya las ordenes anteriores mías sobre la construcción de las referidas fortalezas, o no hallarse principiadas estas, paseis desde luego sin malograr tiempo alguno a ejecutarlas y perfeccionarlas según os tengo mandado, en inteligencia que de lo contrario me daré por deservido de vos; y se os hará gravísimo cargo…

El 22 de noviembre de 1723 los portugueses fondearon en la bahía, y el 1 de diciembre Pedro Gronardo, el práctico del río, llevó la noticia a Zabala. El gobernador enlistó todas las fuerzas y partió decidido a recuperar el territorio perdido. Los portugueses se retiraron antes de cualquier batalla y así se inició la fundación. Pero para la historia Zabala se erigió como el héroe fundador.

Más adelante en el tiempo encontramos al primer gobernador de la

ciudad, José Joaquín de Viana (1718-1773), el gobernador Viana. Allí encontramos además al iniciador de una línea de sangre que formó parte integrante de la historia de este territorio. Viana inició en estos lares una progenie que tiene a Manuel Oribe como representante más destacado. Viana nació en España y llegó a estas tierras como funcionario real, colocado por el rey Fernando VI. No es casualidad entonces cómo bautizó a la ciudad que fundó en 1755 en honor a su rey, San Fernando de Maldonado. Pero más allá de este dato o la supuesta fundación de Salto (1756), Viana fue protagonista directo de la lucha contra los indígenas. Se cuenta que fue él quien ajustició a Sepé con su pistola después de haber dado muerte al sacerdote jesuita Tadeu, todo esto en el contexto de la Guerra Guaranítica entre 1754 y 1756. El primer episodio que relaciona a Viana y los indígenas data de 1751, recién llegado al cargo, cuando se enfrentó a los charrúas.

No es cuestión de juzgar a los personajes desde la actualidad, sino de comprender a los mismos en su completa dimensión, siempre buscando cumplir la máxima utópica del historiador griego Tucídides, *sin filio ni fobia.* La construcción de héroes y su necesaria mitificación genera que la memoria se reconstruya a merced del mito. La historia romántica traga hechos y vomita mitos todo el tiempo.

Tras la consecución de Montevideo y el lento pero paulatino poblamiento de la campaña a través de fundaciones, en su mayoría del lado sur del río Negro, fueron estructurando un territorio más o menos organizado por la corona. Allí, en ese contexto, es que algunos historiadores comenzaron a vislumbrar las supuestas diferencias que a la postre crearan una especie de sentimiento nacional. Pablo Blanco Acevedo encontrará en la lucha de puertos un concepto lo suficientemente explicativo para el Uruguay en el que él vivía. No es obviamente una crítica a Blanco Acevedo, uno de los gigantes de la historia vernácula, sino una crítica a la paralización de ese mito en nuestra historia. Para Blanco Acevedo y para muchos otros historiadores existe una relación entre esa lucha comercial y el deseo autonomista que decanta en la independencia.

Esta tesis clásica se ata con la lucha entre José Artigas y la capital

virreinal, que se suele simplificar como federalismo versus centralismo porteño. Aquí aparece Artigas como el más completo, complejo y sacrosanto héroe. Un héroe que llena todos los requerimientos y da sentido a toda la historia uruguaya, más allá de que nada tuvo que ver con la consecución de un país con ese nombre y de que ese mismo país es la falsación de sus ideas.

Durante la Revolución oriental (este término es altamente amable con el episodio, dado que no llena dichos requerimientos) aparece una larga lista de personajes, aunque pocos fueron elevados al pedestal del héroe. Quizás Dámaso Antonio Larrañaga y su persistente idea de fundar una biblioteca pública o su sitio como primer naturalista, o secretario de Artigas, lograron calar levemente en la memoria colectiva. Aunque fue uno de los promotores del Congreso Cisplatino.

Juan Antonio Lavalleja debe ser quizás el último héroe que une la patria vieja y el Uruguay como una realidad dicotómica entre dos bandos que ascenderán prontamente en dos partidos políticos. Los treinta y tres orientales elevaron este proceso al nivel de mito absoluto. No eran treinta y tres ni eran todos orientales, ni tampoco fueron ellos exclusivamente los que llevaron a cabo esa lucha. Recordemos que fue fundamental la adhesión de Fructuoso Rivera a la causa, en extrañas circunstancias que la historia mitificó como «El abrazo del Monzón». Lo único real de esa frase es el sitio, ya que fue a orillas del arroyo Monzón. Un 29 de abril de 1825 Lavalleja capturó a Rivera y a seis de sus hombres, según consta en las cartas de Lavalleja a su esposa, y después de una reunión obviamente tensa, Rivera se unió a la lucha. Lavalleja y Rivera estaban enconadamente enfrentados desde sus tiempos junto a Artigas, y Rivera había perseguido a Lavalleja en varias oportunidades. Pero el mito le ganó a los hechos y las interpretaciones subrepticias e intencionadas vencieron en la memoria colectiva. Más allá de que Juan Antonio formó parte de las intrigas intestinas del país y los enfrentamientos partidarios, la historiografía clásica suele limpiarlo de esos intereses y alzarlo al título de libertador.

En la historia del Uruguay propiamente dicha, tras la Convención

Preliminar de Paz (1828) y mucho más tras la jura de la Constitución, la mitificación y el panteón heroico van gestándose a través del conflicto y la polarización. Cada partido va generando su panteón de héroes en contraposición del otro en una esencial dialéctica histórico-épica. Fructuoso Rivera-Manuel Oribe, Venancio Flores-Bernardo Berro, Lorenzo Batlle-Timoteo Aparicio, José Batlle y Ordóñez-Aparicio Saravia son solo muestras de una lista mucho más larga.

Además de la entronización de otros personajes por fuera de la política (en realidad paralelos a la misma), especies de héroes poetas, héroes literatos, héroes profetas, entre otros (tomando la clasificación de Carlyle). Allí van a aparecer Bartolomé Hidalgo, Francisco Acuña de Figueroa, José Pedro Varela, Juan Zorrilla de San Martín, Juana de Ibarbourou, entre otros.

La historia del Uruguay de corte piveliano (todavía santificada por la academia en general) tiene como eje principal a los partidos políticos. Bajo esta lógica, la aparición del Frente Amplio en 1971 y su crecimiento sostenido hasta llegar al poder en 2005 ha ido cambiando algunos ejes por la fuerza de los hechos, mas no esencialmente por las interpretaciones. Desde la elección de 1972, en la que la coalición de partidos de izquierda lograba nada menos que el 18,5 % de los votos, bajo la egida del general Líber Seregni, esa izquierda fue consolidándose como un partido con las características que tanto criticó en otros tiempos. Como partido tradicional comenzó a compartir no solamente sus conductas electorales, sino también la sublimación de un pasado heroico: nace así la épica de izquierda. También la izquierda posee su propia épica plagada de héroes y heroínas, pétreos y homéricos muchos de ellos, sobre todo intocables. La izquierda también reinterpretó la historia a su real saber y entender. Si bien el revisionismo comenzó con el siglo XIX, mientras corrían los años hicieron lo propio con el siglo XX. Es solo cuestión de acercarse a los textos de Vivian Trías o de Carlos Machado, así como a los autores marxistas (mucho más dogmáticos, pero en general abrazados a la misma lógica). De esta forma, en la relectura de la izquierda del siglo XIX toman partido por el panteón blanco, mientras que en el siglo XX optan por el batllismo. Pero al buscar una épica

propia debieron echar manos al denominado pasado reciente. Los años previos a la dictadura y los años de la dictadura cívico-militar van a ser leídos en clave heroica. Si bien no hay unanimidad en el pensamiento de izquierda y encontramos por cierto contradicciones internas, es claro que los años sesenta, setenta y ochenta representan en medidas diferentes —pero abrazadas a la misma lógica— un jalón fundamental en la izquierda. La memoria épica que se impone. Claramente los partidos que forman la coalición tienen un pasado diferente, lo que genera a la postre posturas diferentes, pero las dos abrazadas a la misma lógica.

La memoria es un sitio de conflicto y de negociación en algunos casos, la memoria es la parte fundamental de la construcción del presente. De esta forma los años setenta y ochenta han sido harto caros para nuestro presente.

> Hay una lucha política activa acerca del sentido de lo ocurrido, pero también acerca del sentido de la memoria misma. El espacio de la memoria es entonces un espacio de lucha política, y no pocas veces esta lucha es concebida en términos de la lucha «contra el olvido»: recordar para no repetir. Las consignas pueden en este punto ser algo tramposas. La «memoria contra el olvido» o «contra el silencio» esconde lo que en realidad es una oposición entre distintas memorias rivales (cada una de ellas con sus propios olvidos). Es en verdad «memoria contra memoria».[102]

Tras una imposición de la memoria por parte del poder —por ejemplo, el decretar el olvido a través de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado y la parálisis de los Gobiernos a la hora de investigar— se impuso otra memoria sobre esta. Este fue terreno ganado a los intentos de olvido, pero sin dejar de ser otra memoria. Pero esta, al encontrar un terreno fértil en sucesivos gobiernos, se convirtió de repente en lo que tanto criticó, un relato único, imperecedero y sobre todo sin lugar a fisuras. Muchas veces, los intentos de ampliar la visión y comprender quedan relegados y

sometidos al escarnio público por improcedentes, pero sobre todo por (pretendidamente) filofascistas. La delgada línea roja en la que la memoria de un pueblo muta en memoria oficial y oficiosa, he ahí una contradicción.

Existe pues una leyenda rosa del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, colocándolos en un sitio semimesiánico y elevando al pedestal de los héroes a Raúl Sendic, por ejemplo. De la misma forma, los años de la dictadura desde el punto de vista historiográfico (estamos describiendo eso esencialmente) fueron monopolizados por la izquierda política y amortizados con creces. De esta forma los mitos y los héroes también van a vestir los discursos políticos de la izquierda, así como los de los partidos fundacionales. La izquierda no tiene, empero, un discurso uniforme y sostenido, dado que algunos grupos de izquierda se corren de esta concepción romántica del MLN, pero generan su propia épica intocable, obviamente abrazada a la lucha por los derechos humanos. Más allá de que los derechos humanos no le interesaron en general y en demasía a la izquierda antes de la dictadura. El Leviatán no descansa, la enfermedad contagia y la historia sigue reproduciendo los vicios del pasado. Pasado secuestrado, presente digitado y futuro inadecuado.

96 Juan Antonio Oddone: *La historiografía uruguaya en el siglo XIX. Apuntes para su estudio*, p.31. En www.autoresdeluruguay.uy

97 Jacques Le Goff: *El orden de la memoria*, México: Paidós, 1991, p. 225.

98 J. P. Barrán: *Las Brechas de la Historia*, Tomo I, Montevideo: Brecha, 1996, p. 33.

99 Josefina Zoraida Vázquez: *Historia de la historiografía*, Ciudad de México, Ed. Ateneo, 1978, p. 105.

100 Carlos Franz: «Contra los Héroes» en revista *Letras Libres*, febrero 2002, p. 24.

101 Thomas Carlyle: *El culto a los Héroes*, 2006, p. 6. En www.antorcha.net

102 Elizabeth Jelin: *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI, 2002, p. 6.

¿Es Artigas la construcción de un mito colectivo? ¿Hay un Artigas para cada poder de turno? ¿Es el himno nacional compuesto por Acuña de Figueroa un canto denigrante contra nuestro prócer? ¿Qué son y qué representan los símbolos patrios? ¿Qué papel tuvo la masonería en la construcción de nuestra historia? ¿Por qué juramos la bandera y perpetuamos otros anacronismos? ¿Qué hay detrás de nuestras fechas patrias? ¿Son las mujeres las grandes olvidadas de nuestra historia? Y finalmente, ¿quién escribió y escribe nuestra historia oficial?

«Nuestra historia está enferma y el diagnóstico es “Historia oficial” » nos plantea el profesor Leonardo Borges en las páginas de este libro sincero y descarnado. Un texto que analiza la historia de nuestra historia, retazos de un relato amarillento y repleto de lugares comunes, pero también deja espacio para lo anecdótico en una obra amena y al mismo tiempo compleja.

La historia escondida del Uruguay es un libro removedor que hunde sus raíces en la crítica histórica para abrir las puertas de la disciplina a la ciudadanía. Nuestra historia está construida sobre una montaña de

mitos, colocados uno sobre otro construyendo una pared infranqueable, una enfermedad que termina por hacer metástasis en el presente. Una historia a martillazos que invita a la reflexión, una reflexión que invita a martillar.

LEONARDO BORGES

Montevideo, 1981. Profesor de Historia, historiador y escritor.

Ha trabajado como periodista y columnista en medios gráficos y portales web (revista Caras y Caretas, revista *Mundo Uruguayo*, revista *Freeway*); como panelista en el programa *Esta boca es mía* (canal 12) y asesor de historia y guionista en *El Gran uruguayo* (canal 10). Actualmente es panelista en el programa *Buen Día Uruguay* (canal 4) y columnista en *Caras y Caretas*.

Primer premio en el Concurso Nacional «150 años del fallecimiento del prócer José Artigas» en 2000. Bartolomé Hidalgo revelación en 2006. Premio Quijote en 2009.

Publicó: *Cual Retazo. Anacronismo de jurar la bandera*, Ediciones de la Plaza (2005); en coautoría con Carlos Maggi, *Desde Artigas a nuestros días*, Rosgal (2006); *La historia secreta de Montevideo*, Ediciones de la Plaza (2007); en coautoría con Carlos Maggi, *Desde Colón a la revolución de la independencia*, Rosgal (2008); *Artigas revelado*, Ediciones de la Plaza (2009); *Sangre y Barro*, Ediciones de la Plaza (2010); *La Poesía está muerta*, Ediciones de la Plaza (2014); *El Enigma de Purificación*, Fin de Siglo (2015) y *La Historia impertinente. Apuntes para un debate de actualidad*, Ediciones de la Plaza (2017).

Foto: © Luisina Ríos

Primera edición: junio de 2019
Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Leonardo Borges
© 2019, Ediciones B Uruguay S.A.
Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN 978-9974-895-13-3

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La historia escondida del Uruguay
Epígrafe
Las entrañas del monstruo
Nuestra historia está enferma
Leviatán
Los buenos, los malos y los feos
¿Por qué una historia del Uruguay?
¿Qué es el Uruguay?
Memorias del olvido
El padre nuestro Artigas
Los símbolos patrios y la extrema solemnidad
El primer batllismo y la nostalgia del ethos perdido
Otro mito: la independencia
Del eurocentrismo al montevideocentrismo
Una historia patriarcal
Una historia del trabajo (o de los trabajadores)
Macrofísica del poder: las élites y las camarillas
Una historia plagada de secretos: la masonería
Una historia oficial no esencialmente oficialista
Feriados de oro y mármol
Una historia eminentemente romántica
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos